Mundo Argentino

"— Conocí allá una muchacha hermosísima, y, según ella, servía de modelo al célebre modisto Patou. Para mí, esto no tenía importancia: se trataba de una mujer hermosa y admirablemente vestida, motivo suficiente para inspirar una tela moderna."

De la novela de ambiente nacional

"La Muñeca Vestida por Patou"

De

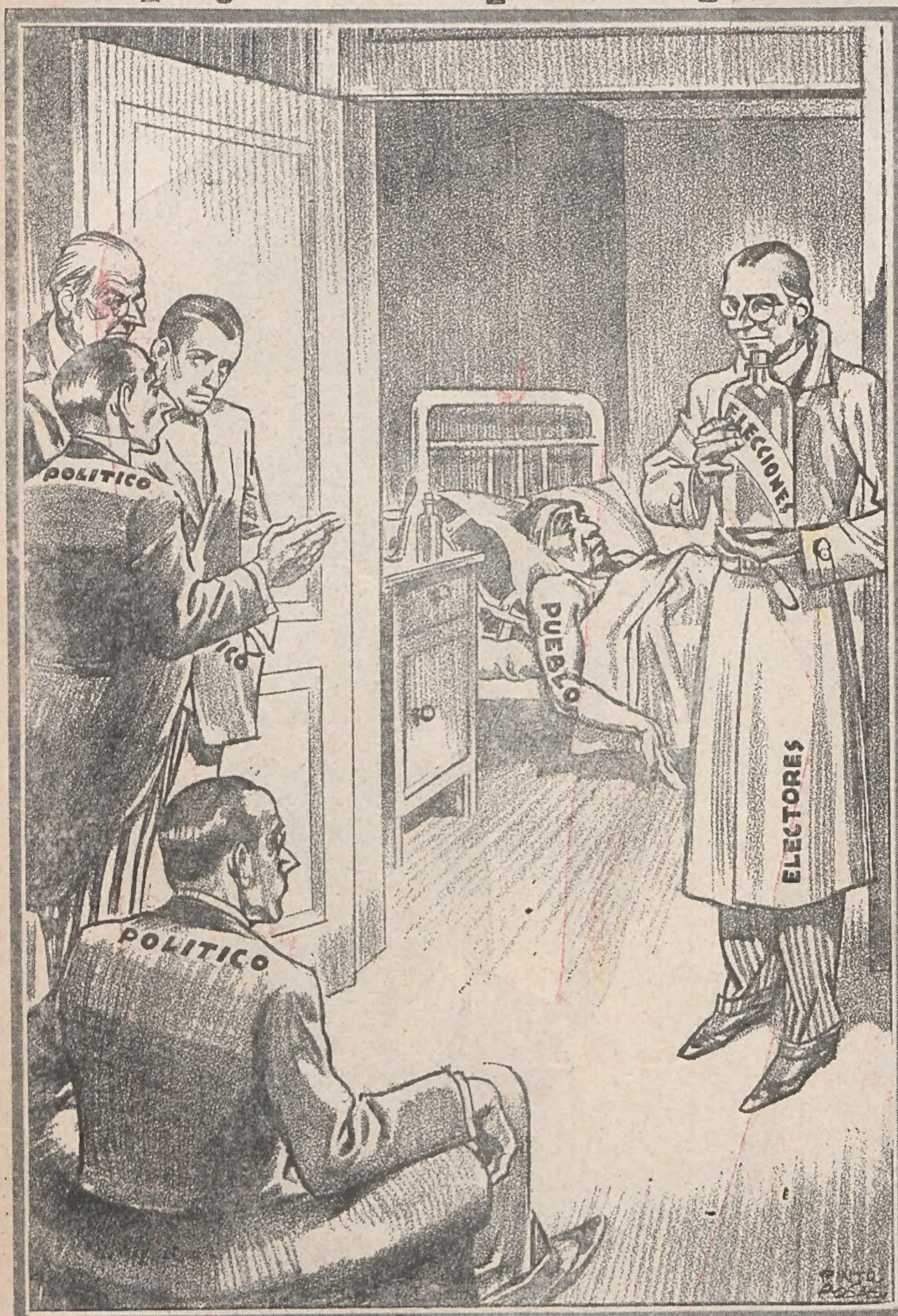
MARGOT GUEZURAGA

En este número:

Al fin los hombres feos dominan a los buenos mozos

20 centavos en toda la República

El espejo de la opinión pública en el país y en el extranjero



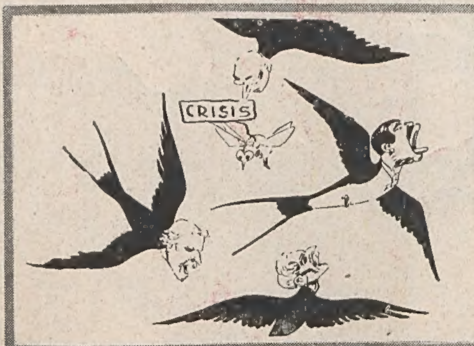
1 EL GRAN ALIVIO
— ¿Cree usted, doctor, que el enfermo se halla mejor?
— Sí, señores. Con el remedio que le acabamos de dar ha experimentado una gran mejoría.



2 ESTADOS UNIDOS
El guardián. — ¡A trabajar! ¡Bastante has haraganeado, holgazán!
(De "Daily News", Chicago)



3 ALEMANIA
¿Quién se decidirá a empuñar la escoba de Hitler? (De "Notenkraker",)



4 LA CRISIS MUNDIAL
Las golondrinas políticas no logran atrapar e el insecto dañino.
(De "Kladderadatsch" Berlín)



5 LA DESOCUPACION
La sombra que puede ser un peligro para el parlamentarismo mundial.
(De "The Evening Times", Glascow)



6 RUSIA
Stalin introduce a su majestad, pero por la puerta del servicio doméstico.
(De "Simplissimus", Munich)

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

La realización de las elecciones ha traído una sensación de alivio (1) y ojalá sea ella el comienzo de una nueva era política en nuestro país, tan maltratado por los logreros de la politiquería que han invocado el nombre de la patria para esquilmarla.

El presidente de los Estados Unidos, Mr Hoover (2), **ha tenido una feliz idea para hacer circular el "oro haragán"**, esto es, el oro que no trabaja: ha propuesto la creación de un gran banco de créditos, cuyo fondo es suministrado por un núcleo de hombres de fortuna.

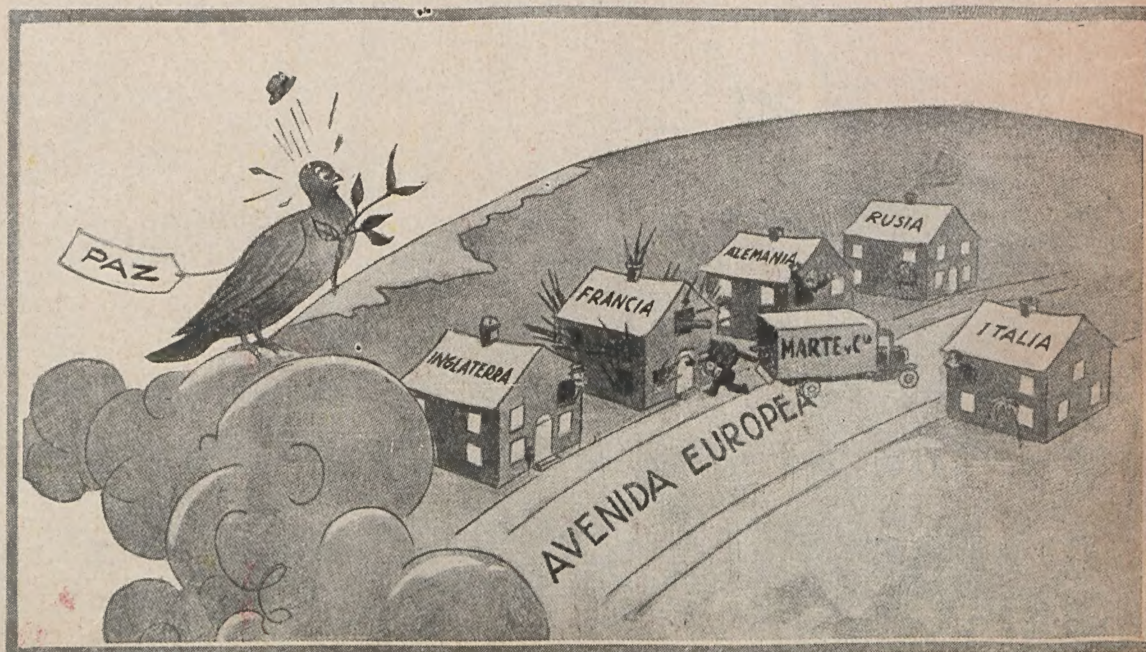
¿Quién se decidirá a empuñar la escoba de Hitler (3), el jefe nacionalista alemán, cuyas ideas no son nada pacifistas por cierto? ¿Surgirá otro hombre en Alemania capaz de sustentar las mismas ideas que su compatriota?

Por más que **los grandes estadistas** (4) **se esfuerzan en encontrar la solución a la crisis económica reinante**, es lo cierto que la situación se mantiene invariable todavía.

La sombra de la desocupación se cierne sobre el mundo (5) **y puede ser un grave peligro para todos los parlamentos.** Este es uno de los problemas que más urge resolver.

Stalin, el hombre de Rusia (6), viendo, al parecer, el fracaso del régimen comunista, **trata de introducir el capital en forma disimulada**, sin confesar su inteligencia con el que fué su enemigo.

Mientras en la Liga de las Naciones (7) se habla de la paz mundial, **Francia prosigue la provisión de armamentos**, como si con ello pretendiera asegurar la paz.



7 LA PAZ MUNDIAL
Preparándose para dar alojamiento a la paloma.
(De "The Saturday Evening Post". Nueva York)



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES



AÑO XXI — BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 18 DE 1931 — NÚM. 1087

Hablemos serenamente

EL pueblo de la república está viviendo días de fervor. No se habla, no se piensa, no se hace otra cosa que comentar los resultados que, lentamente, van comunicando las urnas. Todas las noticias del mundo y del país han sido desplazadas de pronto hasta el fondo del paisaje espiritual de nuestro pueblo, con la misma vertiginosa velocidad con que se precipitaría un ascensor desde el último piso, cortadas sus amarras. Pueden ocurrir ahora los sucesos más graves en el resto de la tierra, que caerán fatalmente fuera de la órbita de lo que preocupa en estos momentos al pueblo argentino. No en vano vivimos en una república. Tan identificada está nuestra realidad de pueblo con el régimen democrático que nos gobierna, que las expresiones más legítimas y unánimes son, por fuerza, de orden cívico. Es, por lo mismo, confortador este espectáculo, porque supone latentes idénticas vivencias espirituales que aquellas que conformaran nuestra nacionalidad en horas pretéritas. M. Glotz, el reconstructor literario de la ciudad griega, registra a través de sus "croniqueurs" contemporáneos, instantes de idéntico entusiasmo popular en los días gloriosos de aquella civilización. Y los mismos hechos acaecen en Roma, durante las horas de la república. Todo esto viene, por supuesto, a llenarnos de satisfacción porque revela — repetimos — unidad de sentimientos y de ideales, que algunos demagogos exasperados creían desaparecidos ya para nosotros. Debemos ser, por lo tanto, optimistas y francamente confiados: nada ha perdido el pueblo argentino, o, por mejor decir, ningún residuo negativo se ha depositado en el fondo de la conciencia nacional por los fracasos de los últimos gobiernos. Una experiencia política de valor nos ha fortificado en nuestras convicciones republicanas atemperando nuestro carácter. Somos personas mayores — podríamos decir — para las cuales los golpes de la vida no dan sobre hueco. En esto lleva su razón "Martín Fierro", documento fidedigno de la continuidad de nuestro carácter desde sus orígenes legendarios. Y es esta continuidad, esta unidad primorosa que subrayamos, la que nos mueve a hacer hoy algunos comentarios que consideramos oportunos, sin duda alguna.

El misterio de las urnas se va develando, voto a voto. Dejemos correr los días; ya tendremos perfectamente delineadas las situaciones en un plazo corto. Ya sabremos para entonces quién es el candidato que lleva mayores probabilidades de triunfo al Colegio Electoral. Bien: el entusiasmo popular debe detenerse allí mismo. En el umbral del Colegio de Electores deben deponerse todas las rencillas, todas las disputas acollararse, confundirse todas las esperanzas.

El presidente electo lo será de los argentinos. El país ha sufrido mucho en su médula económica y en sus sentimientos civiles para que pueda distraerse todavía más. La lucha de partidos no cabe sino en los actos preparatorios y es, más que cualquier otra cosa, una posición espiritual, una orientación de conciencia, frente a los problemas de la nación. Resuelta una elección por el triunfo de la mayoría, no cabe sino aceptar esa decisión y colaborar en la obra común. Nuestro país necesita desarrollar sus fuerzas dormidas, bajo una presidencia de trabajo y de orden. El mundo entero gime hoy a consecuencia de la desorientada política seguida en materia económica, de la imprevisión de los gobiernos, de la equivocada actitud de los hombres que no quieren ver en su indiferencia hacia los problemas esenciales del país una catástrofe dentro de la cual serán también envueltos. Triunfe cualquiera de las fórmulas que se disputaran el gobierno de la república sólo cabe después esa posición frente a ella: la de colaborar en lo que debe tener de más constructivo su acción gubernativa. Cada una de las plataformas que sustancian la ambición partidaria encierra problemas medulares para el progreso y el desarrollo de nuestra potencialidad económica y de nuestra categoría espiritual. Tratar de realizar algunos de ellos debe ser la directriz que guíe los pasos de todos los hombres que lleguen a la Legislatura; no entorpecer su acción deliberativa, la prudencia de todo ciudadano. El Congreso pasado demostró hasta dónde se torna infecunda la obra de un Parlamento entretenido por cuestiones ajenas a los grandes intereses de la nación. Recojamos esa enseñanza, que tanto ha costado al país, y preparémonos a aplicar sus consecuencias críticas. El caos económico es un resultado del caos social: el orden de la sociedad repercute de inmediato positivamente sobre el comercio, las industrias, la vida de un estado, en fin. Esta situación enojosa por que atravesamos se aligerará en seguida con un gobierno laborioso, al que concurran todas las fuerzas ciudadanas, dispersas ahora en la disputa de los cargos públicos. No debemos desconocerlo, más aún si se piensa que todos, íntimamente, no deseamos sino entrar a un período de normalidad, en donde la vida del país pueda desenvolverse para el bienestar de todos, con la frescura y la holganza con que se resuelve la vida en el hogar campesino después que hubo arreciado la tormenta.

ENRIQUE GOMEZ MATHEU



Es de esperar que en la realidad suceda lo contrario de lo que se ve en este grabado. El pueblo ha ido a los comicios de buena fe para dar su voto por los hombres que cree serán sus dignos mandatarios, y esos hombres no deben defraudar sus esperanzas.



—...Trabajo y hago tu fortuna. Esto debería bastarte. Si no es así, me parece que no voy a tener más remedio que hundirte la nariz...

EL CAMPEÓN DE PESO PESADO

Según Marcos Míguez, el gran promotor de box, las mujeres suelen tener la culpa de los fracasos de las grandes figuras del ring. Aunque ello no deja de ser una gran verdad, en este cuento se demuestra que no siempre ellas son las responsables de la caída de esos ídolos populares que se ganan tan fácilmente el corazón de las multitudes.

MARCOS Míguez era un gran promotor de box; pero no tenía ninguna simpatía por las mujeres.

—Ellas han llevado al fracaso a muchos buenos peleadores. Las temo más que a la bebida o al tabaco; —así decía mientras movía nerviosamente el cigarro que apretaban sus labios delgados y dejaba caer la ceniza sobre sus relucientes zapatos de charol.

—Y no me refiero únicamente a las muchachas alegres — agregaba. — Una esposa es igualmente mala. Un pugilista se pone blando cuando tiene una mujer que lo alimenta con tortas caseras y le dice con zalamería, después de una pelea, que desea besarlo precisamente en los lugares donde recibió los peores golpes. Las campanadas que anuncian alegremente el matrimonio, son para el boxeador ni más ni menos que el "gong" que señala el último y definitivo "round".

Y lo gracioso es que Marcos sentía así a pesar de su experiencia con K. O. Landín; experiencia que hubiera bastado a otro menos testarudo que él para revolucionarle todas las ideas.

Fué en un viejo gimnasio, situado en las afueras de la ciudad, en donde empezó para Marcos este nuevo curso de feminología. Se hallaba conversando con Santos en la pequeña oficina de éste, cuando un muchacho apareció en la puerta. Por la turbación con que miraba, Marcos comprendió que era un extraño. Grande, bien formado, anchas espaldas y una agradable cara afeitada en la que brillaban un par de hermosos ojos azules.

—Discúlpeme—dijo el joven en una forma y un tono tan comedidos que denunciaban a lo lejos su educación.—¿Hay aquí algún promotor?

Santos saltó.

—¿Si hay promotores aquí?

Ese muchacho debía ser un ignorante. Marcos lo miró de arriba abajo y movió nerviosamente su cigarro.

—Buscaba al señor Míguez. Uno de los entrenadores me dijo que preguntase por él — agregó el muchacho.

Otros lo hubieran despedido, pero Marcos tenía la rara virtud entre los del gremio de escuchar a todo el mundo aunque sólo fuera una vez. Y en esta oportunidad, para el bien de ambos, escuchó también.

Poco tiempo después el muchacho rubio salió del cuarto de armarios calzando los guantes de pelea. Estaba en el gimnasio Terencio Clarás, uno de esos marineros grandes y toscos que siempre están dispuestos a golpearse con cualquiera. Era un payaso en el ring, pero tenía una fuerza brutal. Al rato Clarás y el recién llegado estaban en el ring haciendo "sparring".

Los demás concurrentes al gimnasio abandonaron sus trabajos y rodearon el cuadrado dispuestos a burlarse del novicio. Pero éste demostró casi en seguida que no era la primera vez que se encontraba entre las cuerdas. Tenía esa destreza para moverse que hace que los golpes que se le tiran fallen por la distancia estrictamente necesaria. En los primeros tres "rounds" Clarás no había logrado ni siquiera rozarle la nariz. Todos pensaron que, en definitiva, eso nada significaba. Clarás, por otra parte, no era más que un paquete.

Al empezar el quinto, Marcos los detuvo por un instante para decirles:

—Vamos a ver cómo se comportan ahora. Esto debe ir en serio.

Era el deseo de Clarás también, pues durante varias semanas había tratado por todos los medios de atraer sobre él la atención del promotor.

Dieron un paso atrás, y... en ese mismo instante ocurrió algo extraordinario. Fué tan rápido que nadie se dió cuenta de ello. No habían tenido tiempo ni de figurárselo siquiera. De todas maneras, lo real era que Clarás estaba tendido en el suelo tan largo cual era y tan frío como la nariz de un perro. El debutante no parecía preocuparse de su hazaña. Marcos mordió la colilla de su cigarro cuando vió a Clarás revolverse en el suelo, pues si bien lo creía un paquete, era indudable que se necesitaba mucha garra para voltearlo. Además, él había visto luchar al nuevo en la misma forma que los buenos lo hacían en sus mejores tiempos.

—Hecho — dijo.

En siete segundos más o menos el contrato estuvo listo y no había tenido aún la tinta tiempo para secarse, cuando Marcos insistió en su tema favorito:

—Y nada de mujeres. Absolutamente ninguna. El contrato queda rescindido si te casas, como así mismo si llegas a hacerte de una novia. ¿De acuerdo?

—Comprendo — dijo más bien complacido el joven. — No acostumbro a andar tras de mujeres alegres y tampoco tengo la intención de casarme.

—¿Tienes dónde vivir? — preguntó Míguez, mirando el traje un tanto gastado del muchacho.

—Sí — contestó éste, mientras en su cara se dibujaba una extraña sonrisa.

—¿Y nombre de ring?

—No; nunca he peleado como profesional. Tengo alguna experiencia solamente como amateur. Pero podría llamarme K. O. Landín.

No era un nombre de agallas, sin duda, pero sonaba bien. Fué adoptado. Míguez lo dirigió con mucho tino. Dos meses de gimnasio le impuso antes de dejarlo pisar un "ring".

Un día, Marcos llamó aparte a su entrenador y le dijo:

—Mira, Silvio, estoy seguro de que no podré hacer nada con ese muchacho...

—Me parece que vas a sacar de él el futuro campeón de peso pesado — contestó Silvio San Juan, que no era nada tonto.

—No me refiero a eso — insistió Marcos Míguez. — Quiero decir que no lo comprendo. Ignoro su nombre; no sé dónde vive; ni con quién anda. Y yo quiero conocer a mis pupilos. Ellos son incapaces de cuidarse. Son como niños. Por eso hice que Miguel Donlay lo siguiese una noche. Pero él se dió cuenta, y, enfrentándolo, le dijo que si no se iba derecho a su casa le rompería las narices. Al día siguiente se ofreció a romperme las mías si algo semejante volvía a ocurrírseme. ¿Cuáles son sus proyectos?

—Vaya uno a saberlo. Pero lo indudable es que él se cuida y que es formal y muy axacto. A la hora justa llega al gimnasio. Y esto es lo que a mí me importa. Mi consejo es este: "no inquietar el sueño del perro".

Y así lo hizo Marcos.

Landín había salido bien de sus tres primeras peleas. Es claro que fueron paquetes sus adversarios; pero no lograron siquiera acercarle el guante a la cara, cuando ya estaban en el suelo. Demostró todo lo necesario para ser un campeón, pero lo demostró jugando casi, y como si no necesitara de todo ello. Y así llegó a clasificarse semifinalista.

En su próxima pelea debía afrontar a "Kid Café", uno de los pesos pesados más rápidos que había en ese entonces. Landín empezó a trabajar en el gimnasio con toda conciencia para dicho match. Realizaba toda clase de ejercicios sin perder esa elegancia natural que lo caracterizaba, y desaparecía no bien el trabajo había terminado.

Pero Marcos no podía olvidar sus preocupaciones:

—Un muchacho tan bien parecido como éste, tarde o temprano caerá en las manos de alguna sirena...

Sin embargo, Landín se reía de las cartas amorosas que recibía, y hacía caso omiso de todas las tentativas femeninas para atraerlo.

— Parece reacio, pero caerá seguramente, y entonces, ¡adiós campeonato!... El amor significa meter un cisne para polvos en los guantes de combate.

Y el día de la pelea llegó. "Kid Café", desde el ring dirigió una mirada de plena confianza a la multitud que llenaba el estadio. Landín no se mostraba nervioso, lo que resultaba extraño en un principiante. Su contrario no era un paquete, ni mucho menos. Los primeros tres "rounds" constituyeron la exhibición más bonita de box que hasta entonces se había visto, pero la multitud gritaba enardecida porque no se veía sangre. El cuarto fué más movido, y "Kid Café" llegó al cuerpo con una izquierda, ese mismo golpe que antes bastó para voltear a otros adversarios. Al finalizar el séptimo "round", el cuerpo de Landín estaba rojo desde la cintura hasta los hombros y Marcos pensaba que si había podido resistir semejante castigo sin caer, nada podría voltearlo ya. Pero la multitud no veía, en su ansia de sangre. . . Clamaba por ella. Cuando sonó el "gong" para el octavo, Landín saltó de su asiento y se posesionó del centro del "ring". Como una tormenta cayó sobre "Kid Café" y lo golpeó a su placer. Pero el "gong" salvó a éste.

En el noveno, su trabajo se pareció al que había realizado con Clarás el día de su debut en el gimnasio. Una izquierda y una derecha a la mandíbula, pero tan rápidas, que sonaron como un solo golpe.

Este triunfo colocó a Landín entre los boxeadores de primera línea y sólo una pelea le faltaba para ser considerado como "challenger" del campeonato.

Marcos Míguez continuaba ignorando todo lo que a la vida de su pupilo se refería. Fotografías en las páginas deportivas de los diarios y miles de referencias respecto a su carrera, pero ni un dato que hiciera luz sobre su verdadera personalidad. Simpático para todo el mundo, pero absolutamente reservado.

Su promotor siempre sospechaba líos femeninos, si bien no encontraba ni un solo indicio para confirmarlos.

Su siguiente adversario era Carlos Muri, al que los diarios llamaban "El asesino del ring". Y era en realidad un asesino. No sólo había interrumpido la carrera de muchos aspirantes, sino que había enviado a dos o tres muchachos al hospital. Nada de esto le importó un comino a Landín. En ese entonces Marcos lo consideraba su mejor pupilo; había encargado a Silvio de su exclusivo entrenamiento y lo había designado como su "segundo" principal. De algo, sin embargo, se dieron cuenta. Landín cuidaba excesivamente su cara. No hacía "sparring" sin protegerla, y nunca había sido lastimado en ella. Ni aun cuando "Kid Café" lo castigó tan brutalmente en el cuerpo. Él parecía sólo preocuparse de evitar que se la marcaran.

Marcos, dudoso siempre, lo enfrentó al respecto en una oportunidad

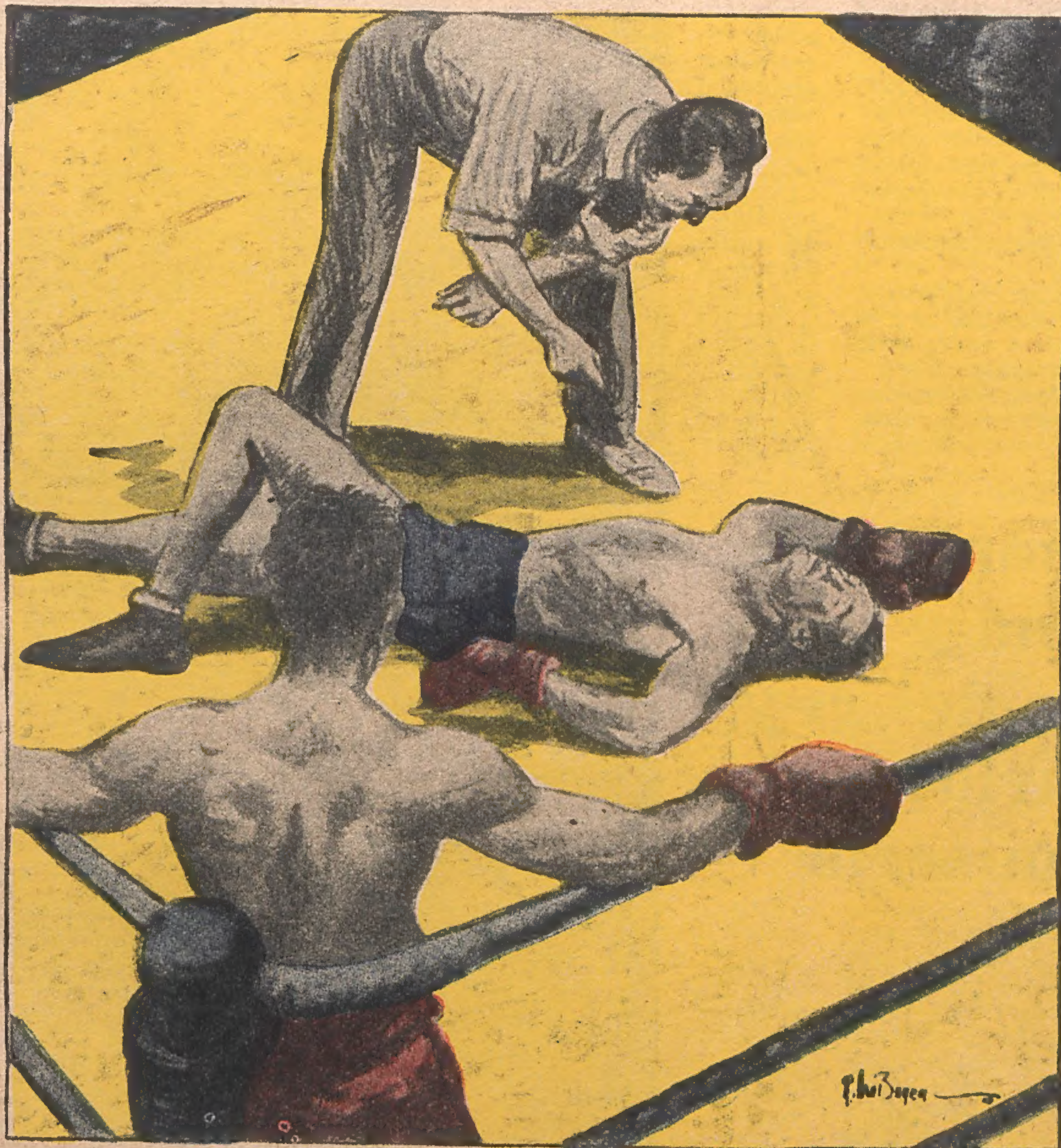
— Estoy seguro, Landín, de que hay faldas de por medio. ¡Cuidas tanto esa preciosa cara!... Pero no olvides tu promesa. Nada de mujeres ni de matrimonio en tanto trabajas para mí.

Landín montó en cólera, una cólera que nadie hasta entonces había visto en él. Dió vueltas alrededor de Marcos, y por un segundo todos creyeron que iba a aplastarlo.

— Mira, Míguez — díjole, dominándose:— Prometí no tener nada que ver con mujeres y lo he cumplido. Prometí no casarme mientras trabajase para ti, y lo he cumplido. Me conservo en forma. Trabajo y hago tu fortuna. Esto debería bastarte. Si no es así, me parece que no voy a tener más remedio que hundirte la nariz para que ocupe el sitio que tu cerebro debería ocupar. Y ahora, afuera...

Así terminó la controversia, porque Marcos tenía ideas propias sobre el suicidio, y aunque hubiese sabido que alguna dama proyectaba uncir a Landín al carro del matrimonio, se hubiera guardado muy bien de reprochárselo.

El trabajo para el match con "El asesino del ring" empezó con entusiasmo. Es que la cosa valía la pena. El ganador se colocaba en la situación envidiable de "challenger" del título máximo. Nunca hubo un pugilista mejor preparado que Landín. El local rebosaba de gente en la noche de la pelea. Las apuestas estaban a la par, pues si bien Landín era invicto, en cambio no había muerto a nadie, y el otro tenía a su favor su nombre y un "récord" magnífico.



Casi en una fracción de segundo, dos golpes, uno de izquierda y otro de derecha, llegaron casi sumultáneamente a la mandíbula. Sonaron secos, precisos; las rodillas de Carlos Muri, se doblaron y cayó casi a los pies de Landín.

Muri se mostraba ceñudo cuando fueron al centro del ring para recibir las instrucciones finales y posar para los fotógrafos. Dirigiéndose a Landín le susurró más o menos estas palabras:

— Te voy a matar, ya lo verás.

Su adversario sonrió al contestarle:

— Perfectamente. Lo único que deseo es que tú te encuentres bien para concurrir a mi entierro.

Continuaba sonriendo cuando volvió a su rincón. La campana sonó y en todo el estadio se hizo un silencio de muerte.

Muri lanzó una derecha, pero Landín la paró bien. El otro atropelló con su cuerpo, mas Landín lo detuvo a distancia.

—¡Pelea, imbécil!—bramó Muri cuando entraron en un "clinch".

Su adversario sonrió, rompió el "clinch" y en seguida le lanzó una rápida izquierda que llegó, precisa, a la nariz. Fué un golpe correcto, pero Muri protestó. El juez no le hizo caso.

Muri bramaba de rabia al dirigirse a su rincón para descansar. Silvio aconsejó mucho cuidado a Landín, pero éste sonrió despreocupado. Al iniciarse el segundo "round" Muri se dirigió hacia su adversario agitando los brazos, y cuando estuvo junto a él lo abrazó y con la cabeza golpeó su mejilla. La sangre empezó a brotar de una herida que Landín tenía sobre el ojo derecho. Era un golpe deliberado, cobarde e ilegal, pero el "referee" no lo declaró "foul"; tal vez porque no había accedido a la anterior protesta de Muri.

Éste se dió cuenta de su "chance" y trató de aprovecharla. Al instante la cara de Landín no era más que una máscara sangrienta.

Silvio intentó detener la hemorragia con alumbre, pero la herida era muy profunda. Para Muri esa herida concentraba toda su atención. Todos sus golpes se dirigían a ella, y aunque su adversario la cubría lo mejor posible, no podía impedir que la sangre corriese abundante y que a ratos lo cegase casi por completo.

— Lo hizo a propósito — dijo Silvio, tratando de enardecer al púgil.

Éste, sin embargo, no salía de su indiferencia, y con el mismo tono de frialdad que le era característico, dijo:

— No; esto debía sucederme alguna vez.

En el cuarto "round" ocurrió algo extraordinario. Estaban en el centro del "ring", trabados en un apretado "clinch". Al romperlo, Muri pegó con el codo sobre la herida. La cara de Landín cambió como cuando frente al sol se interpone una nube. Sus ojos irradiaban fiereza; sus dientes castañeteaban, y su voz ronca se oyó clara en todo el estadio cuando dijo:

— ¡Canalla!... Quieres juego brusco, ¿eh?...

(Continúa en la página 15)

De simple soldado, Manuel Godoy

Amante de la reina y favorito del rey, murió en la miseria

BAJANDO por la carretera que conduce desde Portugal al través de las sierras extremeñas, entraba cierta tarde de verano a la capital española un jinete solitario. Marchaba despacio, contemplando su cabalgadura trasijada en muchas leguas de camino. El polvo y el sol habían patinado su rostro y deslucido su vestimenta. Su asiento era fácil sobre la silla, señal de buen jinete. Bajo las cejas de arco perfecto, sus ojos negros miraban con atrevimiento y desenfado. Si no apolíneo, su rostro era bien conformado y hermoso.

Corría el año 1786. España medraba feliz bajo la sabia administración de Carlos III, el último de los grandes y poderosos monarcas que ocuparon su trono.

El joven jinete se tocó el bolsillo interior de su casaca de seda para convencerse de que no había perdido la carta de recomendación que le diera su padre para una de las damas de honor de la corte. Esa carta, sus ejecutarias de nobleza y escasos escudos, constituían todo su capital.

Aquel joven era Manuel Godoy, mayorazgo de una noble familia de Extremadura, de rico historial pero de pobre caudal. A nadie se le hubiera ocurrido, al verlo atravesar las calles de la villa del Oso y del Madroño, en busca de posada, que aquel pasajero estaba destinado a labrarse una sombría reputación histórica.

Alojado en una pequeña taberna, bebió una botella de vino, se limpió y adecentó y salió a recorrer las calles de la ciudad, espectáculo novedoso por desconocido para él. Dos días después se presentó a palacio y entregó la carta a la camarera mayor de la reina, pues a ella estaba dirigida. La noble señora recibió bien al hijo de su amigo, pero le aconsejó que cambiara su indumentaria que trascendía a provincia por otra que se ajustara más a las exigencias de la moda y estuviera más de acuerdo con su varonil prestancia. El joven aventurero tuvo que confesar su falta de fondos, falla que se apresuró a subsanar su protectora con su bien repleta escarcela. Presentado en los círculos cortesanos, su torpeza y desmañados modales sirvieron de diversión, pero su natural viveza le permitió adaptarse bien pronto al ambiente que lo rodeaba y afirmar prestigios de oportuno y gracioso.

Pronto la dama consiguió que ingresara en las guardias del rey. Los individuos de ese cuerpo disfrutaban de granjerías únicas. A parte de tener numerosas fuentes de ingreso, el rango de un simple guardia equivalía al de teniente en el resto de los ejércitos reales. Se alojaban en un verdadero palacio, cada uno de ellos tenía un asistente, y la brillantez de sus uniformes los hacía irresistibles al bello sexo.

Como una muestra más de favor, su protectora logró que Godoy fuera especialmente designado para efectuar el servicio de guardia en los aposentos reales.

Carlos III era por aquel entonces hombre de avanzada edad. Había reinado con discreción y firmeza, restableciendo el poderío un poco menguado ya de la nación española. Aunque su heredero fuera el príncipe Carlos, todo el mundo sabía que a su muerte el poder sería ejercido por la esposa de éste, María Luisa de Borbón. Casada muy joven con el hijo del monarca, la princesa no se distinguía por la moralidad de sus costumbres ni era de ponderar su fidelidad conyugal. Por cierto que la belleza no constituía uno de sus atributos. Deformada por la maternidad, fea, prematuramente envejecida, de dentadura despareja, bizca, era, en cambio, apasionada en extremo. El príncipe creía ciegamente en ella. No así el anciano rey. Tuvo una larga lista de admiradores, pero en cuanto Carlos III descubría el lío desterraba o alejaba de la Corte a los amantes. Por eso María Luisa se vió obligada a ser circunspecta y caute-



Alguien reconoció al Príncipe de la Paz y dió la voz de alarma que soliviantó al populacho. El prisionero fué arrebatado a su guardián y cruelmente maltratado.



Por la polvorienta carretera de Portugal a Madrid avanzaba un jinete solitario, guareciéndose, bajo las hileras de álamos que bordeaban el camino, de los rayos solares.

llegó a ser duque y grande de España

losa mientras vivió su suegro, pero la muerte se lo llevó en 1788.

Al ocurrir el deceso de Carlos III, ya el joven guardia de corps, Manuel Godoy, era conocido de María Luisa y su esposo, y, según se murmuraba, amante de la princesa. Carlos III, anciano y muy enfermo, no tuvo tiempo de descubrir los amoríos y hacer seguir al favorito el camino de sus predecesores. El príncipe, cerrado de entendederas y



corto de alcances, le había cobrado cariño y le llamaba "mi buen amigo Godoy".

María Luisa, celosa y exigente, pretendía tenerlo siempre junto a ella. Ni siquiera permitía que se le ocupara en actos del servicio. Su influencia sobre los nuevos soberanos, fué enorme. Hábil, sabía disimular y ocultar su desenfrenada ambición.

El primer ministro de Carlos III, conde de Floridablanca, fué separado de su puesto por consejo del favorito. Duro golpe ese para España, pues el anciano estadista era uno de los más sabios hombres de gobierno que existían entonces en Europa.

Floridablanca fué reemplazado por el conde de Aranda, espíritu progresista y alto valor moral. Tuvo, empero, la desgraciada ocurrencia de oponerse a una merced de tierras al favorito y su privanza quedó resentida. Poco tiempo después, el primer ministro decretó la suspensión de los subsidios a los miembros de la nobleza, desterrados o fugados de su país a raíz de la revolución. Esa medida tan justa determinó su caída. Godoy, que acaba de ser nombrado Duque de Alcudia, ocupó el alto sitial. Contaba veintiséis años y su orgullo era desmedido.

Vientos libertarios soplaban por Europa. Allende los Pirineos rugía en sangrientas dragonadas la revolución triunfante. Agitadores profesionales actuaban en todos los países. España no se hallaba en condiciones de intervenir, aunque así lo exigían sus clases dirigentes y la aristocracia. Cuando se supo que Luis XVI había sido guillotinado, el pueblo español se amotinó, exigiendo que se enviaran ejércitos a Francia para proteger y volver al trono a la familia del monarca ajusticiado. Se sabía que el tesoro público estaba exhausto y entonces se iniciaron suscripiciones públicas para financiar la guerra. Las mujeres regalaban sus joyas y en los monasterios e iglesias, los monjes derretían los objetos del culto y los convertían en lingotes que se remitían a Madrid.

Godoy hubiera deseado contemporizar, pero la opinión pública le forzó la mano y se vió obligado a declararle la guerra a la República Francesa. Un ejército español, mal equipado, cruzó los Pirineos. La flota española fué enviada a Tolón, donde aún se resistían los realistas de Francia. Debían llevar una acción conjunta con la armada inglesa, pero las disensiones anularon su eficiencia. El ejército consiguió algunos triunfos sin mayor importancia y experimentó varias derrotas también de poca monta. Dos años duró la guerra. El pueblo se cansó de sostenerla y fué necesario terminarla. El tonto Carlos IV, convencido de que Godoy se había desempeñado brillantemente, le otorgó el título de "Príncipe de la paz". Se convirtió así en príncipe y grande de España por derecho propio, duque, caballero de la Orden del Toisón de Oro y de varias otras órdenes cuyas insignias lucía. Era, además, capitán general de los ejércitos de mar y tierra de su majestad y gozaba de rentas tan cuantiosas, que se permitía el lujo de mantener una corte propia. La altiva nobleza española frecuentaba sus salones y le rendía pleito homenaje. Concedía audiencias como un rey y vivía en medio del fausto y la más inconcebible magnificencia.

Su encumbramiento espectacular suscitaba envidias y le creó numerosos enemigos. La misma reina se disgustó con él porque le sorprendió en varias intrigas amorosas. Para desquitarse y provocar sus celos, tomó otros amantes. Le duraban un día, un mes o un año. A veces tenía varios. Prefería los militares. El rey no se enteraba de nada. Pero a Godoy poco se le importaba del asunto. Hasta se burlaba de las debilidades de la soberana. Sin embargo, cuando sentía vacilar su influencia política, se acercaba nuevamente a María Luisa, mostrándose contrito y arrepentido, y ella que nunca lo olvidó, lo absolvía y lo afianzaba.

Veinte años transcurrieron así. Napoleón se había hecho proclamar emperador. Fernando, príncipe de Asturias e hijo mayor de Carlos IV, era el ídolo del pueblo español.

El gran corso invadió a Italia y destronó al rey de Nápoles, y prosiguiendo su política de persecución a la familia de los Borbones, entró a España y destronó a Carlos IV, quien abdicó en favor de su hijo, Fernando VII. El nuevo monarca no profesaba, por cierto, gran cariño al Príncipe de la Paz, el pueblo tampoco lo quería. El vivía en su palacio de Aranjuez, y el mismo día que Carlos IV partía desterrado a Francia, el populacho se aprestó a saquear la residencia del poderoso privado.

Ajeno a lo que ocurría en la capital, Godoy cenó con su hermano y un coronel de húsares. Apenas se había retirado a su alcoba, un pistoletazo se oyó en la noche. Era la pueblada que avanzaba llevando antorchas humeantes. Llamó, y nadie respondió. Sus servidores habían huído. Entonces se arrojó de la cama y corrió hacia la puerta. ¡Estaba cerrada por fuera!. . . Tal vez algún criado, en el apresuramiento de la fuga, asustado, había colocado los pesados barotes de hierro asegurados con enormes candados que cerraban la entrada del aposento. del amo. Godoy, enfurecido, juraba y gritaba.

El tumulto ascendió las escaleras del palacio, después de for-

(Continúa en la página 48)



Muy anciano ya, Godoy, reducido a la miseria, vivía en París.

"LA MUÑECA VESTIDA POR

LAURA subió las escaleras de su casa seguida de su inseparable amiga. Al llegar al primer descanso se detuvo. Estaba agitadísima y los ojos le brillaban como si despidiesen chispas. Se volvió hacia su amiga, y casi le gritó:

— Decime vos: ¿qué tengo yo de parecido con una muñeca para que a todo el mundo se le ocurra llamarme así cuando me ven pasar? ¡Te juro que es la última vez que salgo de casa!

La voz le temblaba de ira y de llanto rebelde. María Luisa, que así se llamaba la otra joven, se le quedó mirando con un poco de lástima, pero no atinó a consolarla en aquel momento; temía que los nervios de su amiga explotaran también en contra suya.

— Vamos, calmate — atinó a decir. — Subamos de una vez y tomemos una taza de té.

Laura siguió con los ojos bajos tomada del brazo por María Luisa. Estaba tan encorvada, que se le hacía penosa la ascensión; ella, que acostumbraba a subir o bajar cantando las escaleras de su casa, como pudiera hacerlo una chicuela de doce años.

Atravesaron el gran hall y siguieron por una galería de cristales hasta las habitaciones íntimas. Una vez allí, Laura se dejó caer en el diván y rompió a llorar amargamente.

— Pero, chica, no te pongas así... — murmuraba María Luisa, impotente para contener aquel raudal de lágrimas de su desventurada amiga. — Si eso no es tan feo ni tan denigrante como vos te empeñás en verlo...

Algunas veces, esas mujeres que todo el mundo desprecia, tienen rasgos que las elevan por encima de su condición. Son, como la Jenny de esta novela de Margot Guezúraga, almas hermosas, capaces de los más grandes sacrificios, y que renuncian al ser que aman para no destruir el hogar donde llora el abandono una mujer y se entristece prematuramente un niño.

Y no pudo terminar; Laura le cortó la voz con un gesto airado, y luego balbuceó:

— Si a vos te parece muy lindo y muy digno oír decir a la gente al paso por Florida: "La muñeca vestida por Patou", creo que te da un ataque de esos que hay que llamar médico... ¡Hijita, si te parece poco!

— Ya sé, querida... — murmuró María Luisa.

Hubo un largo silencio. La mucama acercó al diván una mesilla de té y puso sobre ella el mantelito de encajes, dos tacitas, las galletitas y la tetera. Laura sirvió a su amiga y se puso a hojear una revista.

— Y vos, ¿no tomás? — preguntó María Luisa.

— Sí; ahora está muy caliente..., y, además, no tengo ganas...

— Siempre la misma tonta: pagándola con el estómago.

— ¡Qué querés; todas no podemos ser como vos!... — Y cambiando bruscamente de tono, volviendo al tema que la obsesionaba, acorraló a su amiga y confidente con estas palabras, dichas con desesperación contenida, las manos trágicas, pálidas, los dedos entrelazados:

— Decime la verdad, Mariluí: no es cierto que no parezco una muñeca? ¿Acaso me pinto yo como ésas... tantas que se ven por ahí? Después..., yo me visto con seriedad y distinción; y esto me lo ha dicho siempre Jorge, y siempre me ha gustado más la ropa obscura que la clara..., aun cuando estábamos de novios... Y lo que más me indigna, lo que más me exaspera es que agreguen a lo de muñeca lo de vestida por Patou... ¿Te das cuenta vos qué gente imbécil?... ¡Jamás se me ha ocurrido hacerme un modelo por ese modisto! Será muy célebre, pero a mí nunca me ha gustado...



La mucama entró y dejó sobre la mesita una invitación; era para una exposición de cuadros. María Luisa la tomó sin mayor interés, dándole vueltas entre sus lindos dedos y echándole un vistazo de tanto en tanto.

Laura, mientras, se desahogaba. Tenía los ojos secos, brillantes; los pómulos encendidos;

PATOU"

Novela corta de **Margot Guezúraga**

la voz fatigada, enardecida por momentos, adquiría sonoridades de película parlante. María Luisa la escuchaba en silencio, pero la compadecía, y más que compadecerla, a veces, comprobaba que la despreciaba; ganas le daba de gritarle: "¡Basta, basta; no seas tan loca!"

De pronto sus ojos se quedaron prendidos, las cejas alzadas en expresión de extrañeza, en el catálogo de la invitación. La charla de Laura resbalaba por los oídos de su amiga como la lluvia tediosa por un techado de cinc.

—¿Se puede saber qué es lo que has encontrado en ese papelucho para que le prestés tanta atención? —recalcó Laura despectivamente. —No sabía que tuvieras aficiones artísticas...

La otra se sonrió, y alargando el catálogo a su hiriente amiga, dijo, aparentando naturalidad:

—Tomá; enterate...

Laura pasó el pañuelo por sus ojos, aún llorosos, y comenzó a darles lectura a esos dos pliegos que tanto parecían interesar a María Luisa.

La entristecida joven dió vuelta la hoja, frunciendo los labios un poco despreciativamente, en tanto que María Luisa, a la expectativa, no apartaba los ojos de la cara de su amiga. El efecto se produjo: la lectora lanzó un grito de asombro y una interjección pareció volverla a la realidad.



—¿Será posible—consultó—que diga así? Y después de todo, ¿qué tengo que ver yo con "La muñeca vestida por Patou", que exhibe ese pintor? ¿Acaso me pareceré a ella?

María Luisa, sorprendida por el giro que iban tomando las cosas, sonreía. Presentía que en todo esto se ocultaba una bonita intriga.

—Yo te daría un consejo —propuso, poniéndose de pie. —¿No te parece bien que fuésemos a visitar la exposición?

Laura miró a su amiga, pero no respondió. Sacó un espejito de su cartera y se miró los ojos, cuyos párpados enrojecidos le daban un aspecto enfermizo.

—No es posible que salga a la calle con estos ojos... —indicó al fin.

—¡Bah!; eso se quita con un poco de agua fresca... Vamos, animate; trataremos de hablar con el pintor...

La sala donde se exponían las telas hallábase casi vacía de visitantes. Esto alegró a Laura cuando puso los pies en el umbral.

Iniciaron el recorrido del salón, deteniéndose apenas unos segundos ante cada tela. Próximo al ángulo izquierdo se destacaba un gran cuadro de tonalidades obscuras. Era el retrato de una mujer hermosa, admirable en sus líneas a través del elegante atavío que la cubría. La cabellera parecía una nube de polvo de oro, y esto era lo que la alejaba tanto de la realidad. El cuadro llevaba un rótulo: "La muñeca vestida por Patou." Laura y María Luisa se miraron a un mismo tiempo. Un misterio asomaba por las cuatro esquinas del cuadro. Si ella no tenía el más remoto parecido con aquella imagen que constituía el fantasma de todos sus pensamientos, ¿por qué había oído decir a su paso "la muñeca vestida por Patou"?

María Luisa arrastró a Laura hacia el interior, y dijo:

—Mejor es que hablemos con el pintor... Mostrémonos interesadas por esa tela... Yo creo que él nos dirá, por lo menos, si es un modelo real o simplemente fantasía...

Laura asintió con una ligera inclinación de cabeza e hizo señas al ordenanza de que se acercara.

—¿Está el pintor Mariani? Si está, dígale que deseamos hablar con él..., que tenemos interés en un cuadro...

—Muy bien, señora.

Un hombre joven, moreno y simpático, se adelantó hasta las jóvenes y saludó con desenvoltura y cortesía:

—Mariani, a sus órdenes...

Laura y María Luisa hicieron una ligera inclinación de cabeza.

María Luisa dió algunos pasos hacia el retrato y dijo, volviéndose:

—Nos gusta este cuadro... Quisiéramos saber qué nos pide usted por él...

Mariani tardó en contestar, saludó con una sonrisa a unas señoras que entraban y dijo en voz baja y un poco vacilante:

—Cinco mil pesos...

Laura expresó que el cuadro era para ella, y se interesó también por un paisaje serrano. La conversación se fué animando, y tanto María como Laura experimentaron una agradable simpatía por el joven y ya notable pintor de moda.

Laura, más comunicativa, preguntó:

—¿Este cuadro fué pintado aquí o en el extranjero?

—Este cuadro lo pinté en Buenos Aires, el año pasado. Este cuadro tiene su historia. La inspiración nació, hace dos años, en París. Conocí allá una muchacha hermosísima, y, según ella, servía de modelo al célebre modisto Patou. Para mí, esto no tenía mayor importancia: se trataba de una mujer hermosa y admirablemente vestida, motivo suficiente para inspirar una tela moderna...

María Luisa preguntó:

—¿Así que usted se trajo impresa en las retinas la imagen de aquella mujer, o para lograrla en la tela tuvo usted que buscar aquí un modelo semejante?

Mariani se sonrió y contestó:

—No; tuve suerte. Ella se embarcó con destino a Río de Janeiro dos meses después que yo... Creo que el calor excesivo del Brasil no le sentaba, y entonces se vino a vivir aquí...

El pintor hizo una pausa, carraspeó un poco, y dijo:

—Mejor dicho: ella se vino aquí tras un amor...

—Tras un capricho, querrá usted decir — corrigió Laura.

—No crea, señora... Me consta que es un gran amor... Ella me lo ha confesado muchas veces al referirse a la ingratitud de los hombres, a su dolorosa experiencia...

Se hizo un breve silencio. Laura tenía los ojos fijos en la tela que acababa de adquirir.

—Es muy bella, ¿verdad?

—Estupenda. Maravillosa. Es admirable como mujer y como camarada. Es un espíritu cultivado y tiene mucho talento. El hombre que es su dueño no puede menos de ser feliz...

—¿Usted lo conoce a él?

María Luisa aventuró la pregunta:

Mariani se echó hacia atrás, halagado.

—Sí, sí, cómo no..., mucho.

—¿En la casa de ella se conocieron? — preguntó Laura.

—No; Jorge y yo nos conocíamos de tiempo atrás...

Laura palideció visiblemente y miró a María Luisa. ¡Jorge! ¿Sería su marido? ¿Sería posible que fuese él? Una duda angustiosa penetró en su pecho como un puñal.

Su amiga dijo, por decir:

—Será muy rico, ¿verdad?... Y de lo mejor de nuestra sociedad...

Mariani se acarició el mentón con el índice y el pulgar de su vigorosa mano, y contestó, un poco evasivo:

—Sí..., creo que tiene alguna fortuna... En cuanto a su posición social, es elevada... Es un gran hombre...

—Generoso con ustedes, los artistas, ¿verdad?...

—Espléndido. Un gran amigo nuestro—elogió, presa del mayor entusiasmo.

Laura sentíase desfallecer. Ya no le quedaba duda de que se trataba de su marido. ¿Quién otro en Buenos Aires podría simpatizar tanto con los artistas, sino él?



Margot Guezúraga

Autora de la novela corta

"La Muñeca Vestida por Patou"

que se publica en este número, hace para los lectores de MUNDO ARGENTINO

SU AUTOBIOGRAFIA

Tengo la edad que represento. Además, no creo en el amor: si eres inteligente y tienes un poco de psicología, lector amigo, puedes ir calculando ya la edad que tengo...

Escribí mis primeros versos estando en quinto grado. Después, sin dejar mis estudios normales, me di a la música. Confieso que me pasaba como en éxtasis las horas que dedicaba al piano.

Por asuntos de familia, mi casa se enfermó económicamente; tuve, pues, que suspender mis estudios de piano. Como era muy niña y no comprendiese las palabras de mi madre, me puse a llorar. ¡Dejar la música! ¡Cómo! ¿Era posible esto? Mi madre, que era la más santa de todas las madres, me consoló, diciéndome que una vez terminada mi carrera de maestra yo misma podría costearme los estudios; había otras hermanitas que también necesitaban educarse.

Yo era muy soberbia. Muy orgullosa. Esto me costó un gran disgusto. Me dió por escribir versos. ¡Qué sé yo las veces que el alba me sorprendió con las cuartillas emborronadas!

Mamá me reprendía; pero yo era rebelde. Ella me llamaba "chiflada", y a esto le contestaba que no sería, por lo menos, ninguna maestrita ignorante, y, sobre todo, costaba bien poco, pues sólo se trataba de papel y tinta... Escribiendo versos, me olvidé del piano.

Al poco tiempo publiqué mi primer libro de versos. Después me radiqué en la ciudad de Rosario y me dediqué a la enseñanza. Escribía para la revista "El Círculo" y el diario "La Capital". Siempre recuerdo las deliciosas tertulias en la corresponsalía de "La Nación".

Al cabo de tres años me trasladé aquí. Colaboré en "La Razón"; al poco tiempo en "Caras y Caretas" y "El Hogar"; hoy escribo en casi todas las revistas metropolitanas. Tengo tres libros para dar a publicidad: "Tierra de Centauros", cuentos gauchos; "Cine continuado", cuentos y novelas breves, y "Puerto Horizonte", versos. El primero aparecerá a fin de año. Los otros, no sé para cuándo: dicen que está caro el papel y habría que esperar a que un librero "agarre viaje"... Leo, observo y trabajo. Tengo muy pocos amigos. No hago vida social literaria. He aquí toda mi vida en pocas y sencillas palabras.

María Luisa se daba cuenta de la batalla interior que libraba su amiga; pero no quiso, por eso, dejar las cosas como estaban; si el daño habíase ya casi consumado, era mejor consumarlo hasta el fin; ni Laura, ni otra mujer más imaginativa que Laura, podría ya levantar los cimientos de una enfermiza esperanza con lo poco que quedaba por saberse; era mejor concretar:

—¿No se llama él Jorge Valcárcel? — preguntó María Luisa aparentando la mayor naturalidad.

—Jorge Valcárcel: eso es, señorita — afirmó Mariani.

Laura tuvo la sensación de encontrarse en una pesadilla terrible. Eran tantos y tan extraños sus pensamientos, sus deseos y sus sentimientos, que lo mismo hubiera gritado, llorado o reído. Una intensa ola de calor pasó por su rostro, pero el temor al ridículo la mantuvo aparentemente serena. Extrajo de su cartera una libreta de cheques y una estilográfica, y extendió, ahí nomás, sobre una pequeña vitrina, el documento por la cantidad pedida.

—Puede ponerle el cartelito de "adquirido" — dijo, alargando al artista el cheque ya firmado.

Laura pasó tres días y tres noches en una interminable amargura. Pensaba escribirle a Jorge, ausente en la estancia, una carta terminante, sin más explicaciones que las necesarias para concluir de una vez; pero estas cartas, generalmente, jamás se escriben, y más aún si por medio un inocente prodiga su sonrisa y tiende por igual sus brazos al que en mala hora pecó.

Supo por María Luisa que ella se llamaba Jenny y que vivía en un coqueto chalecito de los suburbios de Belgrano; la calle y el número. Supo también otras muchas cosas que la amargaron hasta lo íntimo; pero tuvo serenidad en medio de tanta ruina moral. Apartó con heroísmo de madre lo bueno que aún podía salvarse de sus sentimientos y construir con ellos una vida nueva, una vida totalmente distinta, otra, no para ella ni para él, sino para su hijito.

Ahora recordaba ciertos detalles que bien pudieron llamarla un poco a la realidad; pero ella no conocía la vida ni los hombres. La vida se concretaba a su casa, y su casa sólo tenía un número de habitaciones, y en esas habitaciones, ella y él... La vida se puede conocer por experiencia ajena, pero los hombres no; los hombres, como las mujeres, individualmente, casi siempre se colocan más acá o más allá de la vida; pocas veces dentro.

¿Qué haría ahora? ¿Qué determinación tomar? A veces pensaba darle una broma pesada: el cuadro había llegado la tarde anterior. Lo hizo colocar en el desván del piso alto, donde dormía la mucama. ¿Era desquite? Si así fuese, ella sabía muy bien que no pasaba de ser una venganza ruin, un desprecio no digno de ser exteriorizado por ella, ante lo irremediable, porque, irremediablemente, aquella mujer hermosa, elegante y frívola ocupaba, hacía ya tiempo, el corazón de su marido. "Ahora me explico por qué muchas veces estaba tan amable... y cómo sus besos parecían estar inspirados en otra parte..."— pensaba Laura, acumulando recuerdos, detalles y oyendo dar las horas en el alba pálida.

Estaba serena. Eran serenos sus pensamientos, porque un hálito de bondad refrescaba su abrasado cerebro. Sentíase mal. Estaba extraordinariamente pálida y demacrada. Si por casualidad se miraba al espejo, recordaba las palabras de María Luisa: "Perfecta tonta: bonita te estás poniendo; en vez de echar las penas a un lado y emperifollarte, te lo pasás llorando por los rincones..."

Sin embargo, no lloraba. Hubiera deseado desahogarse, echar de sí esa gran congoja que le oprimía la garganta; pero es que no se trataba solamente de un golpe dirigido al corazón; el daño había afectado un mecanismo mucho más complicado que el corazón y los nervios de una mujer cualquiera, y he aquí por qué esa amalgama de sentimientos que

causan perturbaciones tan graves sin que den lugar al llanto.

Ella misma se decía, al sentirse indefensa, atrapada en su misma red: "Te vas a volver loca. Es mejor que termines de una vez... — Y reconstruía: — Si Jorge una tarde salió de improviso para la estancia... fué porque..., ¿no ves?, ¿saldrás de una vez? Bueno, terminemos: fué porque tuvo que hacer un viaje con ella..."

Y cerraba los ojos, apretados los labios, las manos crispadas sobre las almohadas, como quien acaba de tomar un amargo brebaje, y, no menos amargo, por cierto, era el brebaje que ella misma se preparaba...

Así quedaba. Desvanecida. Y cuando el sol de la mañana despertaba los pájaros del parque vecino, el sueño llegaba como una liberación.

Laura durmió un sueño soporoso de cuatro horas. Hasta su lecho llegaban el cuchicheo de los pájaros y las risas del pequeño Totó. Vuelta por completo a la realidad, recordaba que había tenido un sueño extraño. En este sueño había llegado hasta la casa de Jenny.

¿Y si fuese a verla? ¿Consultaría con María Luisa? No; era mejor que fuese en secreto; dicen que los sueños, para que salgan reales, no deben contarse a nadie.

Se lanzó de la cama y se vistió rápidamente. Estaba ya resuelta: iría a ver a Jenny.

Atravesó el jardín y besó repetidas veces a Totó. Una vez en la calle, llamó al primer "taxi" que pasaba. Dió la dirección apuntada por su amiga.

Tuvo casi media hora de viaje. El fresco de la mañana pasó un sedante sobre sus párpados, aún cubiertos por una sombra violácea. Calles arboladas, silenciosas y tranquilas, interminables ante los deseos de llegar.

Frente a un chalecito estilo normando se detuvo el auto. Verja cubierta de madreselvas y jazmines del cielo. Muchas rosas en el pequeño jardín, glicinas tapizando la tapia que seguía hasta el garage. Laura sintió que el corazón se le oprimía frente al espectáculo de la dicha ajena.

— El nido oculto — murmuró para sí.

Despidió el coche y tocó el botón del timbre. Una muchacha joven vino hacia ella.

— ¿Está la señora Jenny? — preguntó.

— Sí, está; pase...

Laura la siguió a través del jardín y subieron una pequeña escalinata de mármol blanco. Transpusieron el gran "hall" de entrada y se encaminaron a las habitaciones del piso alto.

La criada desapareció tras un cortinado azul, y al momento apareció, indicándole que pasara.

Laura sintió latir su corazón con violencia. No tenía la menor noción de lo que iba a decir.

Jenny se puso de pie. Miró a la desconocida con curiosidad y algún asombro, pero su expresión era afable y simpática. Laura estaba cohibida, y tardaba demasiado tiempo en presentarse.

— Soy la señora de Valcárcel... — murmuró, sin reparar en el efecto que aquellas palabras hicieron en su rival.

— ¡Ah, sí! — exclamó. — Y, ¿qué deseaba?

Laura se le quedó mirando fijamente con una expresión difícil de describir; sus mejillas se cubrieron de un rosado violento y se le alteraron las facciones; estaba congestionada.

— Quiero que usted me devuelva a mi marido — dijo con cierta autoridad.

Jenny sintióse molesta por aquel tono de voz y la envolvió con una mirada que estaba muy lejos de ser cordial.

— Yo no le he quitado su marido, señora... — dijo. — El le pertenece a usted por ley... Yo no hago nada en contra suya para que él venga aquí... Mi casa es para él una jaula con la puerta abierta...

Laura bajó los ojos. Sentíase impotente. Le acometían deseos de echarse a llorar.

Ya no tenía odio; sus nervios se aplacaron y su voz tuvo un acento noble y triste cuando dijo:

— Discúlpeme si he venido aquí enloquecida por una pena... Usted no sabe cuánto quiero a Jorge.... — Y como internándose en sus propios pensamientos, continuó: — Yo podría buscar consuelo en otra forma, como lo buscan muchas..., pero yo no puedo... A mí me educaron así, para ser del hogar y para querer a un hombre... Jorge es mi marido, y la religión y la sociedad me exigen que a él solo debo amar y serle fiel...

Hubo un largo silencio. Laura prosiguió:

— En cambio, usted puede ser feliz con mi marido, o... con otro...

Jenny le cortó la voz:

— No me ofenda, señora: tengo también mis sentimientos.

Laura la miró a los ojos:

— Y usted, ¿lo quiere a él?

La francesita bajó la vista y una sombra de tristeza veló su rostro y su voz:

— Sí; lo quiero...

Un silencio profundo siguió a esta confesión.

Laura se le acercó y le puso una mano en el hombro.

— Entonces, si ustedes se quieren, yo estoy de más... Ahora mismo, cuando vaya a casa, le escribiré a Jorge; le diré que me voy a casa de mis padres y que desde allí pediré el divorcio...

Su voz era serena, grave. La resolución estaba tomada. Jenny sintió una profunda lástima por ella. Se acordó que un inocente reprocharía más tarde al egoísmo de sus padres su juventud entristecida.

— Tres culpables y un inocente — pensó Jenny. — De los tres, uno tiene que sacrificarse...

Interiormente estaba aterrada con la resolución de Laura. Amaba a Jorge, y no de-

(Continúa en la pág. 13)

COMO HE CAZADO VIVOS LOS ANIMALES SALVAJES

"PELANDOK" llaman los malayos a un pequeño animal cervídeo que abunda en su territorio y al cual han erigido casi en símbolo, atribuyéndole propiedades y virtudes sobrenaturales. Excepcionalmente tímido, sólo se le ve con dificultad, cosa que ocurre con otras especies de ciervos pequeños, como el guazivirá o guasuncho de la selva de Montiel y del Norte de la república. Esa timidez le ha hecho atribuir por los indígenas una astucia extraordinaria, al extremo de hacerlo figurar como dios en relatos legendarios y fabulosos. Sostienen que puede burlar a cualquiera otro animal de la "jungla". Es el pelandok el que pone paz entre las especies salvajes cuando la guerra civil es inminente entre ellas. El mismo ciervito divinal acude a salvar a los niños amenazados por una serpiente cobra o por un tigre comedor de hombres. En suma: el pelandok está en todas partes y se aparece cuando menos se lo espera, pero casi siempre para ejercitar una benéfica influencia. Pero, a pesar de reverenciarlo casi hasta la adoración, el malayo no tiene inconveniente ni siente repugnancia en comerse al pelandok, que parece ser bocado apetitoso, aderezándolo con currey. Bien se merece este interesante animalito la aureola de leyenda que se le ha creado, tanto en el archipiélago malayo, como en Ceilán, en la parte austral de la India y en Palawan, isla de las Filipinas, lugares todos en que abunda. Nada puede haber más gracioso e interesante en el reino animal que el pelandok. Es tan pequeño y fino de líneas que al que lo ve por vez primera se le antoja una bestezuela irreal. Su alzada máxima es de diez o doce pulgadas. Sus pezuñitas no son más grandes que un lápiz de dibujo, y apenas cubren una moneda de diez centavos. La coloración de su piel es crema, tirando a rojo en las orillas.

Los ingleses llaman "mouse-deer" al pelandok. En cierta ocasión encontré, en la selva de Singapore, un pelandok que había caído en una trampa. No sé si fué su raro aspecto o la muda elocuencia de sus ojos muy grandes y muy húmedos lo que hizo que me detuviera. Parecía decirme:

—¡Quítame de aquí, por favor!



Un CIERVO, DIVINIDAD de los MALAYOS

Y sólo una cosa se puede hacer cuando un par de estos ojos lo miran a uno de la manera que aquéllos me miraban a mí. Consentir en lo que piden. Fuí incapaz de resistir a aquella súplica y abrí la puerta de la jaula, libertando así el prisionero. Sentí una gran emoción al presenciar la rapidez con que el pelandok salió corriendo, mejor dicho, saltando, pues la carrera de este animal no es más que una serie de sucesivos saltos, como si su cuerpo fuera de goma. Por supuesto, esta pequeña alegría me costó un dólar, que hube de dar al dueño del pelandok, que había visto mi maniobra. Satisfecho, sin embargo, proseguí mi camino pensando en el animalito. A una persona que, como yo, se halla familiarizada con las leyendas asiáticas, el recuerdo de un pelandok perdura siempre. El es lo que para nosotros fueron y son en nuestros cuentos, la "Caperucita roja", "Pulgarcito", etc. Una de las leyendas atribuye al pelandok una capacidad de pensamiento prodigiosa; algo que lo glorifica como un sabio entre los sabios. No importa lo muy seria que sea su situación, pues su cerebro lo librará del peligro. He aquí una de esas curiosas leyendas, que relato para que mis lectores tengan una idea cabal de lo mucho que es conocido este animal:

"Sucedió que un día se encontraron un tímido pelandok con un hambriento y fiero tigre. Fervientemente el primero rogó por su libertad.

"—¿Y con qué derecho la pides? — preguntó el tigre.

"—Con el derecho — respondió el animalito — de que cada vez que un pelandok muere, la selva pierde algo de su hermosura.

"—¡Bah, me estás cansando! ¿Crees que tu belleza ha de salvarte siempre, y no ha de ser así. ¿Acaso mi hermosura me libra de un solo ataque? ¡Jamás! Precisamente el otro día acerté a pasar junto a una cobra y si no salto a tiempo, me envenena. ¿No hubiera sido esa una muerte detestable para un tigre tan hermoso como yo?

"—¡Bah; no te creas el más hermoso de todos! Yo conozco uno que lo es tanto como tú.

"—¿Qué dices? ¡Estás loco! ¡Mereces que te devore ahora mismo!

"—Nada de eso — contestó el pelandok empalideciendo. — Si quieres venir conmigo podrás ver tú mismo a un tigre tan hermoso como tú.

"—Pues vamos. ¡Quiero verlo!

"Caminaron ambos juntos hasta llegar a la orilla de un tranquilo estanque.

"—Mírate en el agua — dijo el pelandok.

"Así lo hizo la fiera, pero bien pronto exclamó desencantada:

"—¡Necio! ¡Soy yo mismo!

"—Precisamente, querido amigo, he querido demostrarte prácticamente que sólo hay un tigre tan hermoso como tú en el mundo. Y ése eres tú.

"Fué de esta ingeniosa manera cómo el palandok pudo recobrar su libertad ganada a costa de su inteligencia."

Tanto llegó a agradarme este animalito que decidí llevar algunos ejemplares a mi patria, es decir, a los Estados Unidos. Logré reunir nueve ejemplares, que distribuí en dos jaulas. Por supuesto, los elegí entre todos los mejores que pude encontrar; gorditos, vivarachos y llenos de salud. ¡Imagine el lector los dolores de cabeza que tan delicados bichos me habrán dado para cuidarlos y alimentarlos! Al principio era sumamente difícil hacer que comieran. A bordo me era casi imposible darles las clases de alimentos a que estaban acostumbrados en su primitivo estado salvaje. Hube de traer varias plantas y raíces de Singapore, que conservaba en hielo, para inducir a los pelandoks a que empezaran a comer y poder así ir dándoles otros alimentos. Los viajeros se sentían encantados con ellos. Las mujeres especialmente gustaban verlos y parecían complacidas de haber trabado amistad con aquellos ídolos de la mitología malaya. Pero la nota pintoresca se puso en

Con el presente artículo de Frank Buck, el intrépido cazador de animales salvajes, damos fin a la serie de artículos que hemos venido publicando con tanto éxito. Y por cierto que este éxito es muy justificado, ya que los relatos de Buck son, al mismo tiempo que emocionantes, animadas pinturas de un ambiente exótico, completamente desconocido para nosotros, los habitantes de la Europa y la América civilizadas

evidencia el día en que un nuevo "pelandokito" vino a engrosar la familia. Era sencillamente encantador verlo, tan pequeñito que podía ser guardado fácilmente en un bolsillo.

Al llegar a San Francisco de California inicié los trámites necesarios para que se me permitiera desembarcarlos. La dificultad estribaba en que a pesar de lo pequeños que eran pertenecían a la familia de los rumiantes, para lo cual era necesario poseer un permiso especial. Conocía allí al doctor Hicks, representante de la industria animal de San Francisco. Durante muchos años había él inspeccionado los animales traídos en mis viajes. Pero tuve la desgracia de que en la época de mi llegada había allí una enfermedad epidémica, cuya propagación se atribuía a la gran cantidad de animales procedentes del extranjero. Fué debido a esto que el Departamento de Agricultura había dado órdenes estrictas de efectuar inspecciones más severas en los animales, no permitiendo de manera alguna la entrada al país de aquellos que pertenecieran a la clase de los rumiantes, a menos que se obtuviera un permiso especial de Wáshington. Considerando que mis pelandoks se hallaban en buenas condiciones de salud, no presentando signo alguno de enfermedad, supuse que el telegrama que el doctor Hicks había enviado a Wáshington para lograr el permiso especial tendría éxito. Pero no fué así, pues la respuesta fué negativa, prohibiendo terminantemente el desembarco de un solo "mouse-deer". ¿Qué me quedaba, pues, por hacer? ¿Darles muerte? Eso era, en verdad, lo único, y a fe que me repugnaba la idea de poner fin a la vida de aquellos animalitos tan tímidos, tan hermosos y que tan venerados eran en el archipiélago malayo. ¡Pero no quedaba otro remedio, a menos que me decidiera a regresar yo también con ellos. Y muy a pesar mío me decidí. Jamás hice nada con tal repugnancia, mezcla de lástima y de cariño. Uno por uno los cloroformé. Era la muerte más suave que podía haber dado a aquellos animalitos. Después, diez trozos de algodón empapados en veneno, frotados temblorosamente en sus gargantas, terminaron con la vida de aquellos diez pelandoks. Cuando le llegó el turno al reciénnacido, estuve a punto de llorar. Confío que jamás en mi vida haré una cosa semejante. Más tarde, cuando los cuerpos fueron quemados, la ley fué satisfecha. Hecho esto, nunca más intenté hacer otra tentativa de introducir pelandoks en los Estados Unidos. Espero que más adelante, cuando las leyes norteamericanas sufran alguna modificación, sus habitantes tendrán oportunidad de contemplar en los zoos la belleza extraordinaria de estos animalitos.

Durante mucho tiempo el recuerdo de aquellos diez bichos, muertos todos por mis manos, no se apartó de mi cerebro. Los veía aún juguetear con los pasajeros, correr veloces atravesando sus amplias jaulas y sacar sus hociquitos por entre los barrotes para que algún cariñoso dedo femenino los acariciara. ¡Qué lejos estaba en aquellos momentos de imaginar que yo mismo sería quien había de exterminarlos! Pero no me quedaba otro remedio. Me siento satisfecho de tener la seguridad de que no sufrieron cuando morían. El cloroformo los durmió. El veneno hizo lo demás...

FIN

LA MUÑECA...

(Continuación de la página 11)

seaba por esto que fuese desdichado en su hogar; al fin, ella también saldría perdiendo y él sonciuría por odiarla y la despreciaría como la causante de todo su daño...

Quizá sólo una mujer pudiera agradecerle un sacrificio. Se acercó, muy despacio, a la dolorida esposa de Valcárcel, e inclinándose para verle mejor los ojos, que se habían quedado prendidos en los arabescos sangrientos de la alfombra, la conformó:

—Váyase tranquila, señora... Entre hoy y mañana arreglaré las cosas aquí... ! Y le juro que en esta misma semana tomo el primer vapor con destino a Francia!

Laura palideció intensamente; quiso responder, pero no pudo.

Le tomó una mano entre las suyas y se la oprimió fuertemente.

Salió con pasos inseguros, y cuando hubo descendido la escalinata, dos lágrimas le brillaron a la luz del sol.

———

Atardecer. Olor a rosas en el jardín. Aire perfumado y tibio de primavera. Dentro, tras el espeso continado azul, una mujer, con la cara oculta entre sus bellos brazos, lloraba silenciosamente, quizá por primera vez en su vida...

Sobre una pequeña mesa china había una carta recién escrita: era para Jorge Valcárcel; decía así:

"Querido Jorge: No quise decírtelo antes, pero yo me hastío enormemente en Buenos Aires. Perdóname si esta actitud es injusta; pero hay destinos de mujeres que los hombres jamás llegarán a comprender. Olvídame prontito. Sé feliz. Yo parto pasado mañana en el "Boulogne-sur-Mer". Adiós. Felicidad. — Jenny."

———

Cuatro o cinco días más tarde, un hombre joven, cubierto de polvo de haber realizado un viaje de tren toda una noche, rasgaba el sobre de aquella carta que tantas lágrimas costó a quien la escribió, al parecer, con la mayor naturalidad.

Este hombre era Jorge Valcárcel. Inmóvil, de pie, parecía una estatua. ¡Quién sabe los minutos que estuvo así!

Leyó la carta repetidas veces. Después la metió en un puño e hizo una pelotilla y la arrojó a un rincón; por fin, se agachó y la convirtió en mil pedacitos. Los echó en un cenicero y les prendió un fósforo. Con la última llamarada encendió su cigarrillo.

Recogió el sombrero y se lo echó un poco a los ojos. Al pasar, se miró en el espejo del hall y sonrió con algún despecho. Dijo entre dientes: "La muñeca vestida por Patou..." Y se encaminó hasta el auto que aguardaba con las valijas y las mantas de viaje.

—¡Pronto, a casita, Pancho!... Tengo muchas ganas de ver a mi mujercita y a mi hijito...

El "chofer"" se rió, mostrando su recia y blanca dentadura de hijo del interior, y conformó al patrón:

—Y están bien, po..., la patroncita y el niño...

El automóvil se deslizó por aquellas calles arboladas de Belgrano tan conocidas de él y de Jenny. Jorge no pensaba en ella; por lo menos, no quería pensar en ella. Sentía deseos de estar junto a Laura, junto a Totó.

El auto se detuvo frente a su casa. De un salto, estuvo fuera del coche; sentíase ágil y bueno, ansiaba comunicar esta felicidad a su mujercita; ella, la pobre inocente, que no sospechaba las aventurillas de su marido. Atravesó el gran hall canturreando una canción en boga. No se fijó que en la pared principal un gran cuadro de tonalidades obscuras comunicaba al ambiente riqueza y distinción.

Fué un deseo de Laura colocar allí la obra famosa del pintor de moda: "La muñeca vestida por Patou."

FIN

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Tratamiento CONTRA la SEQUEDAD de la PIEL

Masaje a base de pasta de almendras y aceite de oliva previo al baño.

Por JOSEFINA HUDLESTON



Una ducha de agua fría luego del baño caliente purifica la piel y estimula la circulación de la sangre.



Cuando el agua de la bañadera está ya suficientemente caliente debe meterse entonces el polvo bórax.

TODAS las lectoras saben que es precisamente en estos calurosos días veraniegos cuando la piel se halla más sujeta a cambios que, por lo regular, tienden a dañarla. Es en esta estación cuando los baños constituyen un problema para la mujer celosa de su belleza, debido a que la frecuente inestabilidad de la atmósfera y además el derroche continuo de energías hecho en los diversos deportes que se practican, crean ciertas anomalías en la piel. Muchas de ustedes, por ejemplo, pasarán parte del verano tomando baños de agua salada. Un enorme porcentaje de las que tal cosa hacen no dan a su cuerpo el tratamiento especial que necesita al trocar el agua común de la ciudad por la salitrosa del mar. Hay damas que gustan tomar después del baño de mar una ducha común, de esas que existen en todas las casas. Otras poseen otras más primitivas ideas y prefieren tomar tal ducha. Estas últimas son las que mayor cuidado necesitan en la piel. Pero, aparte de esto, la excesiva transpiración provocada por el golf, tennis o largas caminatas constituye también un serio inconveniente. Sin embargo, sea cual fuere la actividad a que la mujer se dedique durante el verano, me encuentro en condiciones de asegurar que fácilmente el noventa por ciento de ellas, pese a la higiene que han observado, no supieron dar a su piel el tratamiento en realidad necesario. Yo misma, que tan amante soy de la limpieza, he observado varias veces que mi piel no se hallaba tan purificada como lo suponía. Y fué después de comprobar esto que me empeñé en la propiciación de un método capaz de satisfacerme ampliamente. Por fortuna pude hallarlo. Porque no es simplemente con agua tibia y jabón abundante que se lograra una extremada blancura en la piel. Pero lo cierto es que por más tostada o manchada que ésta se encuentre, debemos siempre hacer un detenido examen de sus condiciones para determinar la calidad más conveniente del remedio a usar. Observe sus brazos cuidadosamente. Frote con los dedos su piel. ¿Tiene usted la piel tostada con cierta tonalidad lustrosa sobre ella? Siendo así, esa piel está próxima a evaporarse aun sin que se le toque. Hace pocos días mi piel estaba muy tostada, mucho más de lo que está ahora. Para lograr esa tonalidad más suave que ahora tiene, emplee un método que a



Unión del aceite de oliva y la pasta de almendra con la que se logrará formar la pasta para luego masajear el cuerpo.



El masaje sobre la piel puede ser hecho enérgicamente con los dedos.

Por último, para refrescar aun más la piel, puede ser cubierta de una capa de polvos, utilizando un pulverizador.

continuación detallo. Por supuesto, no sólo lo empleé en mí, sino que también en muchas personas más, y todas ellas obtuvieron idéntico resultado benefactor. Exceptúo, claro está, las pieles enfermas que hacen necesaria la intervención médica. Pero para los barrillos comunes, aspereza, poros agrandados e inconvenientes similares, puede usarse este procedimiento. Ante todo, el cuerpo debe ser masajeado con aceite de polvo bórax. Ya una vez dentro de la bañadera, frótese el cuerpo con abundancia de jabón y un cepillo, continuando así hasta que sobre la piel se advierta un ligero tinte rosado. Luego el cuerpo debe ser enjuagado, no en esa misma agua, sino con una ducha que gradualmente irá pasando de la temperatura caliente a la fría. Este último proceso al que debe someterse el cuerpo por espacio de varios minu-

EL HUMOR EN NUESTROS TEATROS

(De los últimos estrenos)

Apuntes por nuestro dibujante "GINZO"



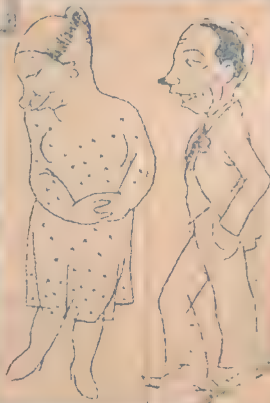
FIRMIN RODRIJEZ (Arata). — ¡Pero si me están silbando!...
GOROSTIAGA (S. Fernández). — No, dotor. ¡Son los referees que lo aclaman!

De "AVENTURAS DE FIRMIN RODRIJEZ, OPOSITOR", éxito del teatro SARMIENTO.



DOCTOR AGUERO (F. Petrone). — ¿Qué es eso de arribeños y abajeños? ¡Entre argentinos no debe haber distinciones ni banderías!...
CALDERON (O. Villa). — Pero no, doctor... ¡Arribeños son los que duermen en el primer piso, y abajeños los que dormimos en la planta baja!...

De "JUVENILIA", éxito del teatro COMICO.



ROBERTO (C. Morales). — El amor es fruto agrio en la juventud, que razona recién a los cuarenta años.
MARIA (Leonor Rinaldi). — A mi edad... ¡se cae de maduro!...

De "CUIDADO CON LAS BONITAS", éxito del teatro COMEDIA.



TERESA (Rosita Arrieta). — ¡Se nos ha declarado a las tres, por turno!...
ROSALIA (Olinda Bozán). — ¡Como si fuera un campeonato por eliminación!...

De "CUIDADO CON LAS BONITAS", éxito del teatro COMEDIA



GIROLAMO PIAYENTINI (E. González). — ¡Quisiera ver a mi mujer antes de morir!
FIRMIN RODRIJEZ (Arata). — ¡Yo quisiera morir antes de ver a mi mujer!
De "AVENTURAS DE FIRMIN RODRIJEZ, OPOSITOR", éxito del teatro SARMIENTO.

de oliva (aunque no se padezca de sequedad de piel). Estas primeras aplicaciones deben ser dadas con anterioridad al baño de ducha. Frótese el aceite sobre la piel hasta que ésta lo haya absorbido casi totalmente. Déjese este aceite sobre el cuerpo durante veinte o veinticinco minutos, mientras se mezcla la preparación especial y la bañadera se llena con agua caliente.

A cuatro cucharadas de pasta de almendras agréguese aceite de oliva, suficiente para formar una pasta suave. Diseminese esta composición suavemente sobre el cuerpo. Si la piel se halla obstruída por barrillos o granos, la colocación de la pasta debe ser entonces hecha con un cepillo común de baño. Déjese permanecer allí la mezcla durante cinco minutos, y dar así lugar a que la bañadera esté lista. Agréguesele a esa agua un abundante puñado tos, es muy importante, ya que destierra las últimas impurezas que puedan haber quedado. Y luego una toalla áspera completará la acción. Los poros habrán ya expelido todas sus impurezas, y la circulación de la sangre acelerada. Si la piel es excesivamente seca, conviene, entonces, la aplicación de la crema. Durante los tres días subsiguientes a la adaptación de este procedimiento deben ser tomados tan sólo los baños comunes. Recién al cuarto día podrá tomarse otro baño especial como el indicado, y así sucesivamente, con lo que se obtendrá la seguridad de obtener una piel suave, hermosa y pura tal como se desea.

En las ilustraciones de esta semana pueden verse gráficamente descriptos varios de los más importantes puntos del proceso. Si alguna duda quedara con respecto a su aplicación, ellos se encargarán de despejarla.

EL CAMPEON DE PESO...

(Continuación de la página 5)

Sin esperar siquiera la orden de "break", empujó a Carlo fuera del "clinch", como si se hubiese tratado de un chico, y antes de que éste recobrara el equilibrio saltó sobre él con la agilidad de un gato. Lo persiguió alrededor del ring y lo hizo caer junto a las cuerdas, casi con la mitad del cuerpo fuera de ellas.

El "gong" sonó y Landín fué hacia su rincón sin preocuparse para nada de su caído adversario. Silvio intentó cerrar la herida, pero en vano. Landín nada veía ni escuchaba. Ni aun el rumor de esa multitud ebria de sangre.

Al reiniciarse la pelea Landín corrió tras su adversario como un gato tras un ratón, y por primera vez en su larga y azarosa carrera "El asesino del ring" tuvo miedo. Su adversario no trataba de defenderse. Sus largos brazos se movían como los pistones de una locomotora y una sola idea bullía en esa deforme y ensangrentada cabeza: la de acabar con ese enemigo que le había jugado sucio. Ni siquiera trataba de romper la guardia de Carlo Muri. Le apartaba los brazos a fuerza de golpes repetidos, incansables. La multitud gritaba enardecida, insultaba, rugía... Muri se cubría la cabeza con ambos guantes, pero Landín martillaba sin cesar. Y, en seguida, aprovechando una abertura, casi en una fracción de segundo, dos golpes, uno de izquierda y otro de derecha, llegaron casi simultáneamente a la mandíbula... Sonaron secos, precisos; las rodillas de Carlo Muri se doblaron y cayó casi a los pies de Landín.

Los segundos acompañaron al vencedor hasta su cuarto de vestir.

Marcos Míguez no cabía en sí de gozo.

—Eres el "challenger", Landín, y serás el campeón... Seguro que serás el campeón.

Landín permaneció impasible. Luego se despidió y se fué, solo como siempre.

Al día siguiente Marcos estaba sentado frente a su escritorio.

Landín entró en la oficina, y sin preámbulos de ninguna clase, dijo:

—Marcos, he terminado. No puedo pelear más, ni para ti ni para nadie. Has sido muy bueno en darme una oportunidad, pero...

—¿Qué?

—Lo que dije... Esta herida sobre mi ojo derecho tiene la culpa... Todo fué muy bien hasta la última pelea.

—¿Qué tiene que ver esa herida con tu retiro, muchacho?

—Tiene que ver, y mucho, Míguez —contestó Landín.— Tú estabas en lo cierto cuando te figuraste que yo había subido al ring otras veces, el día en que me viste trabajar por primera vez. Fuí capitán de un "team" de box hace diez años. Pero abandoné el ring para siempre porque en una oportunidad casi mato un compañero, a causa de haber perdido mi tranquilidad y el dominio de mí mismo. Pienso que nadie debe boxear si no sabe dominarse... Pero estaba muy pobre, necesitaba con urgencia dinero y por eso te busqué... Aquí estamos muy lejos de donde yo actué y por otra parte, diez años es mucho tiempo y seguramente todo el mundo habrá olvidado aquello. Fué con motivo de esta última pelea, en que fuí lastimado y mi retrato apareció en la primera página de los diarios, que el incógnito fué revelado. Si bien pude parar el golpe de mi herida diciendo que me la hice mientras trabajaba para una firma de salvamentos marítimos, no fué así con respecto a esa primera página, que lo descubrió todo, pues debes saber que ella nunca lee las páginas de deportes.

—¿Había una "ella", entonces? —dijo Míguez.

—Escúchame... Te prometí que no andaría tras de mujeres ni me casaría, mientras trabajase para ti, y he cumplido mi promesa.

Landín se dirigió a la puerta, la abrió y dijo, señalando hacia afuera:

—Ven; voy a presentarte a mi mujer y a mis cinco hijos...

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

SI DESPUES DE DOS AÑOS DE NOVIAZGO su amada se muestra ahora tan indiferente, concurre a bailes a los cuales usted no asiste, sabiendo que ello le causa disgusto y se divierte tanto con la compañía de otros jóvenes, puede creer que ya no siente por usted aquel afecto primero.

El tiempo, en lugar de acrecentar el amor lo ha ido desvaneciendo.

Amigo mío, trate de reconquistar el cariño perdido: si no lo consigue y su novia sigue conduciéndose en la forma que ahora lo hace, me parece mejor terminen esas relaciones.

Contestando a "Primer novio de Ramírez", Entre Ríos.

● ●

SI HA RECIBIDO DE LA CHICA DE SUS SUEÑOS las demostraciones de amor que tanta seguridad le dieron de su cariño, y ahora que ha llegado a tratarla más íntimamente la encuentra menos cariñosa, menos afectuosa que de costumbre, obsérvela mucho y obsérvese a sí mismo. ¿No estará en usted la razón de ese cambio?

Tal vez los celos le hagan ver manifestaciones que no son más que modalidades del carácter de su novia.

Sea constante y no desespere.

Contestando a "Intrigado de una estancia".



Señorita María Celia Fraga, que recientemente contrajo enlace con el doctor Enrique Achenbach, ceremonia que dió margen a una reunión social de lucidas proporciones, tanto en la iglesia como en la residencia de los novios.

Fotografías de Pérez.

VENZA SU TIMIDEZ; debe dominarse y declare su amor cuanto antes a la chica a quien ama, porque se expone a que otro menos vergonzoso conquiste el corazón de su adorada.

Contestando a "Enamorado tímido", de Capital.

El amor está en todas las cosas: en las playas tranquilas, en las nubes gárrulas, en las flores olientes como incensarios, en los borujos de las olas coquetas, en la tierra, en el mar. ¿Podía no estar en el corazón?

Ingenieros.

SUS PREGUNTAS HAN SIDO CONTESTADAS en números anteriores; como la correspondencia es abundante hay que responder por riguroso turno.

Contestando a Matea V. de Mignaco, Lucía López

● ●

LA RIQUEZA no es siempre la portadora de la felicidad. Si su novio es pobre, pero trabajador y bueno, y se aman tanto, aunque haya oposición de parte de su familia, no deben interrumpir sus relaciones; por el contrario, lleguen al matrimonio y serán muy felices.

Contestando a "Chica de corazón noble", Ledesma.

CARTA DIRIGIDA A "AGUA CRISTALINA"

Mi querida amiga: Su carta muy elogiosa sobre mi sección, en mis manos, a la que me apresuro a contestar lo más pronto que me es posible.

Me relata usted que su inclinación fué siempre la de tomar parte activa en cuanto acontecimiento social hubiese, ya que usted pertenecía a una clase social que se lo permitía.

Pues bien: Demasiado sabía ya que al contraer enlace con una persona de esfera más inferior que la suya, corría ese riesgo. Me dice usted que creía que a su esposo conseguiría llevarlo a su mundo social. No lo ha conseguido. No le agradan esas cosas. Bueno. Pero si él es tan bondadoso como usted me afirma y se esfuerza en trabajar para darle todas las comodidades a que estaba acostumbrada y es atento y delicado con usted, que es lo esencial, me parece demasiado apresurada la idea de abandonarle por una frivolidad de cabecita hueca.

Por otra parte, usted ya es casada, y al insinuarle esto, no quiero decirle que pase su vida encerrada, pero deben dejarse más de lado las fiestas sociales, el bridge, el copetín.

Eso queda para las solteras. Y convénzase, hija mía, que todo eso ni es nada, ni conduce a nada bueno.

Yo creo que la que debe cambiar de vida es usted. ¿Para qué esa agitación cotidiana innecesaria?

Es claro. Cómo no va a estar triste su esposo; él también al casarse creyó que usted cambiaría, que ese afán de lucirse se esfumaría al formar el amoroso nido.

Lo que usted no debe olvidar es que es la mujer quien debe seguir al marido, por sobre todas las cosas, en lo bueno y en lo malo.

Hágale, pues, el gusto a su maridito. Piense en lo triste y decepcionado que se quedaría cuando en aquellas tardes en que venía volando, contento, amoroso para estrechar contra su corazón a su amada esposa, encontraba la casa vacía..., nadie...

Entonces cumpla con todas las tareas del hogar, revísele su ropa, vigile los criados, confecciónele un menú variado todos los días, haga monaditas para su "home" y verá cómo pasan las horas, que ahora me repite le son insoportables, y que esa palabra "aburrimiento" que está en boga entre las ociosas es solamente ilusión del pensamiento.

Usted poco a poco se irá acostumbrando al ambiente sencillo, pero sano de su hogar, y deseche de su mente la idea de abandonar a su compañero, que uno "bueno" no se encuentra todos los días.

Piense solamente en hacerlo feliz, y que vendrán mejores días para ambos.

Ese es mi deseo, y hasta muy pronto.

NENÚFAR.

HABLARA CON LA MADRE de su amada pidiendo visitarla, y tan pronto como esté dispuesto, solicita usted su mano.

Contestando a "Previsión y suerte", de Rosario.

● ●

EL OBSEQUIO que va a hacer a su novio puede entregárselo en seguida que él llegue de visita.

Contestando a "Ñatita", de Lanús.

● ●

SI LOS PADRES DE SU NOVIA se empeñan en acompañarlos continuamente en las visitas que hace a la casa de su novia, no puede tomar ninguna medida, amigo mío; abrevie su noviazgo y cásese lo más pronto posible, así estarán por fin solos.

Contestando a "Mendocino", de Mendoza.

EL ANILLO DE COMPROMISO se lleva en la mano izquierda. Es costumbre ahora seguir llevándolo en la misma mano después de casados.

Contestando a "Cuyanito", de Mendoza.

● ●

SI HACE TRES AÑOS QUE ESTA COMPROMETIDA, complazca a su novio tuteándolo, ya que él lo desea; deje a un lado su timidez y así terminarán los disgustos que con frecuencia tienen por este motivo.

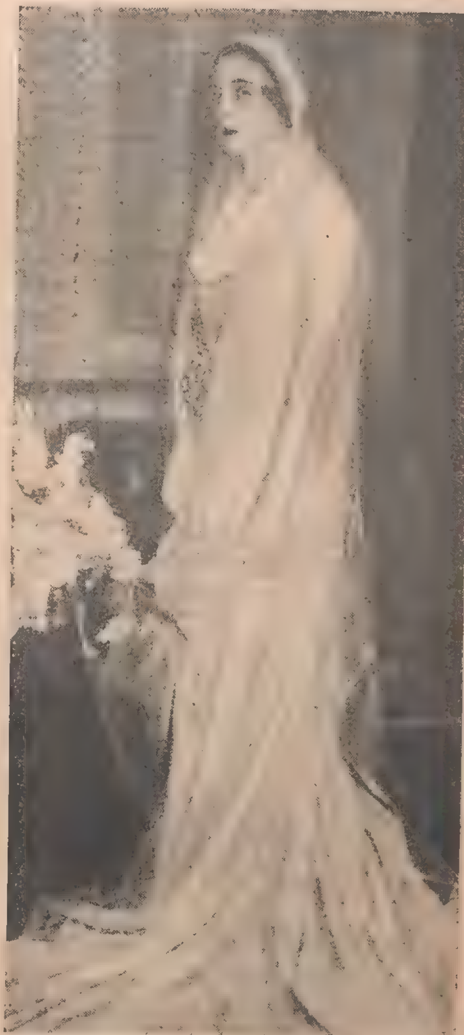
Contestando a "Tímida", Capital.

● ●

1º SI SE REALIZA UNA FIESTA en casa de la novia con motivo del compromiso, los gastos que ella ocasione corren por cuenta de los padres de la novia.

2º Para la fiesta del compromiso se invita generalmente a los parientes y amigos más íntimos. Esto depende de las proporciones que quieran darle a dicha fiesta.

Contestando a "Telémaco", de Jujuy.



Señorita María Teresa Paast Arzeno, que en la semana anterior contrajo nupcias con el señor Luis Alberto Manzano, acto que motivó una brillante fiesta, a la que asistió un núcleo de amistades de los contrayentes.

Hasta el menos sensitivo, hasta el que nació con mezquina esencia de poesía en el alma, experimenta una elevación desconocida.

Todo enamorado de buena ley es un poeta que no hace versos, pero que los vive. L. de N.

AUNQUE CAMBIE DE LOCALIDAD, si el joven que la ha hablado tiene interés, hará todo lo posible para que sus relaciones amorosas continúen.

Contestando a "Madreselva", de Ciudadela.

● ●

LOS ZAPATOS de raso negro quedan bien con cualquier color de vestido.

Contestando a "J. R.", de Villa del Parque.

EL AMOR DEBE LLENAR EL MUNDO

Viajes de tres minutos para leer en clase:

Ciudad de Méjico

Señorita maestra: { **Cuando en su grado corresponda "Lectura libre", haga que sus alumnos lean estos temas. Son instructivos y amenos.**

Tal vez sea Méjico uno de los puntos que más agrade visitar al turista, debido a sus costumbres bastante diferentes de las nuestras. Al igual que París, la capital de Méjico (que lleva su mismo nombre) se destaca por su carácter completamente cosmopolita. Comerciantes franceses, ingleses, japoneses y de otras muchas nacionalidades explotan allí sus negocios. Al atardecer, sus calles se pueblan de paseantes que en gran número transitan por ellas o acuden a las cervecerías, teatros y cinematógrafos. En contraposición con esto, la vida nocturna en Méjico difiere bastante de la de París, Nueva York o nuestra capital, ya que no se nota durante esas horas mucho movimiento en sus calles.

Por la noche y al amanecer hace, por lo regular, frío, pero por la mañana y la tarde, el ardiente sol que cae torna la temperatura sumamente agradable. Cuenta la capital de Méjico con buenos edificios, entre los que se destacan el Palacio Nacional, situado a uno de los lados de la Plaza Mayor; el Palacio Municipal, llamado en épocas pasadas Casa de Cabildos y Diputación, y que fué edificado en el año 1532. Entre sus edificios particulares son dignos de señalarse aquellos que conservan un valor histórico, construídos con anterioridad a la época del virreinato. Hay monumentos también recordatorios de hechos sobresalientes en la historia mejicana, que sus habitantes quieren y estiman. El Museo Nacional es también muy antiguo y visitado por gran cantidad de turistas extranjeros. La Escuela Nacional de Medicina, llamada allí Casa Chata, es uno de los establecimientos principales de instrucción. La Escuela Nacional Preparatoria, situada en el antiguo Colegio de San Ildefonso, es un magnífico edificio que los jesuítas terminaron de construir en 1749. Y de esta manera podríamos citar otros muchos edificios nacionales y universitarios que constituyen, en la actualidad, el legítimo orgullo de los mejicanos y la admiración de quienes los visitan.



Un aspecto de la avenida Madero.

Las más grandes aventuras de mi vida



Ninguna mujer contará en su vida aventuras y episodios más extraordinarios que Rosita Forbes, novelista y exploradora, que se ha pasado varios años recorriendo los desiertos del mundo y sorprendiendo los secretos del alma de los pueblos autóctonos, a veces, y tal vez casi siempre, con riesgo de su vida. "Mundo Argentino" ha adquirido el derecho exclusivo de publicar la narración de las andanzas de esta intrépida viajera, que ha vibrado bajo el peso de las más estupendas emociones, que luego refiere con vivaz colorido.

EL HOMBRE QUE SE VOLVIÓ NEGRO

Por ROSITA FORBES

EN Africa suceden cosas raras. El ensalmo de aquella región es más poderoso que un estupefaciente. Resulta muy difícil desentrañar sus secretos. Sin embargo, hace muchos años yo descubrí uno.

Había desembarcado en Durban con pasaje de regreso a Inglaterra, una valija y sesenta libras esterlinas en el bolsillo. Invertí casi toda esa suma en adquirir un caballo, en el cual cabalgué hacia el Norte, armada con un revólver, un cepillo de dientes y una muda de ropa interior. No recuerdo lo que fué de aquel caballo, pero sí sé que me prestaron muchos más.

A veces dormía en comisarías de campaña o en "kraals" indígenas, y marchaba ya escoltada por un jefe amigo, por un "farmer" boer o por un contingente de tropa. Así llegué a las márgenes del río Blood (río de Sangre), llamado así, según creo, en recuerdo de la tragedia de Isandhwana, en que un destacamento de británicos fué masacrado por los zulúes.

Un agente de la Policía Montada había insistido en acompañarme desde la última comisaría, y tengo presente que vadeamos el río con alguna dificultad. Las sombras se alargaban sobre la tierra cuando ascendimos el valle aledaño del pico siniestro de Isandhwana.

— Por aquí debe encontrarse un misionero — dijo el policía. — Tendremos que hacer noche en su casa.

Marchamos una hora más por entre grandes peñascos y espectrales matorrales grisáceos que se aferraban a nuestras ropas con sus espinas de una pulgada de largo. Antes de la entrada del sol arribamos a la misión, que tenía por local un par de chozas de barro levantadas al abrigo de un bosque. Un hombre joven y de elevada estatura nos salió al encuentro. Se mostraba atento, pero indudablemente nada cómodo. Descansando su mano en el borrén de mi silla, miró al policía y dijo:

— No sé si debo permitir que ustedes pernocten aquí. Hay luna llena...

—¿Y qué hay con eso? — dijo mi compañero, preparándose a desmontar.

— Temo que haya bochinche.

— No entiendo.

— Bueno, vea, los zulúes han estado decorando las matas de mis moreras con emblemas muy significativos.

Las miradas de los dos hombres se cruzaron y el policía emitió un silbido de asombro.

—¿Conque esas tenemos?

A escasa distancia resonaba un tambor; el ritmo era tan monótono, que apenas si lo había notado.

El policía se volvió hacia mí y me dijo:

— Parece que han andado en tonterías en los "kraals". Tal vez resulte ventajosa nuestra llegada. Un par de revólveres no estarán de más.

Pero el misionero intervino, categórico:

— Gracias, pero me arreglaré solo. No se derramará sangre.

— Sí; nada más que la suya.

El joven sonrió.

— Me parece que podré evitar eso, pero ustedes deben seguir viaje antes que sea de noche. Si se apuran, podrán llegar hasta lo del viejo M'Sus. El les proporcionará alojamiento, y allí no correrán peligro. No quiero parecer inhospitalario, pero...

Hizo volver a mi caballo, y yo comprendí que toda protesta sería inútil.

El policía, empero, echó pie a tierra, y ambos se pusieron a hablar en un idioma ininteligible para mí. Luego el misionero, sonriente aún, consiguió lo que se proponía, y nos condujo hasta una senda que subía cerro arriba.

— Sigan por ahí — nos dijo. — En cuanto pasen el filo de la sierra, el camino será bueno.



Volvimos a marchar, y al llegar a la altura, divisamos abajo, en el valle, una aldea indígena completamente abandonada. Las chozas redondas, de techo pajizo, parecían hongos gigantescos. Aquello era siniestro, y el tambor batía insistente, con violencia siempre creciente, afectándome los nervios. Hasta allí nos había acompañado el misionero, y creo que me agarré de su brazo. Tanto el policía como yo le rogamos que fuera con nosotros; pero él, riéndose, en cabeza e increíblemente tostado por el sol, al extremo de que sus ojos parecían de color más claro que su cutis, se burló de nosotros.

— No se aflijan por mí — contestó. — Esto forma parte de mi tarea. No puedo huir, desertar de mi puesto.

La noche africana cerró tan de golpe, que parecía que un gran manto negro hubiera caído sobre nosotros. En la noche constelada de estrellas, la curiosidad me dominó, y poco a poco le arranqué a mi compañero una descripción de la ceremonia cafre que tanta desazón estaba causando.

Según mi informante, cuando se señala una víctima, sea por haberse inmiscuido con el hechicero local o porque a los "kraals" se les ocurrió que estaban hartos de civilización y necesitaban una pequeña orgía idólatra, se la previene tendiendo sobre una mata un trozo de mano humana, que tanto puede ser un dedo amputado como castigo, como una mano arrancada a un cadáver.

A su debido tiempo llegamos hasta unas chozas destartaladas. El policía gritó, anunciándonos, pero no obtuvo respuesta.

— El tipo que vive aquí es un poco raro — dijo, desmontándose. — Le llamamos M'Sus, porque nadie sabe su nombre. Se ha vuelto indígena, pero sólo Dios sabe lo que fué en un principio.

Después de llamar largo rato, apareció en una de las chozas un rayito de luz, y se nos presentó un hombre. Era tan delgado y desgarbado, que sus huesos parecían apenas sujetos por la piel que le colgaba en grandes pliegues y arrugas. Nos dió la bienvenida, y en un inglés dificultoso y monosilábico, nos indicó algunas esteras que nos servirían de cama. Luego trajo una mesa con una pata rota, y nos sirvió comida, en el curso de la cual tuve oportunidad de estudiar su rostro quemado por el sol y cubierto por una barba desgreñada.

Poco conversamos, y yo me divertí especulando sobre el posible origen racial del hombre. Podía ser levantino, pero su estructura no condecía con eso. Tal vez fuera un mestizo holandés.

Con cierta desazón oí que el policía me decía:

— Vea, yo voy a tener que ver qué le acontece al misionero. No puedo dejarlo que haga frente solo a esos demonios.

— Ofrecí acompañarlo, pues juzgué que sería menos terrible hacerlo que quedarme en compañía de aquel individuo astroso y silencioso, que me contemplaba con reconcentrada intensidad, francamente embarazosa.

El policía se marchó, fustigando su cabalgadura bastante fatigada, y yo me consagré a examinar algunas cobijas y una almohada tendidas en el suelo, y

Accidentalmente la audaz exploradora Rosita Forbes pasa una noche en la choza de un hombre blanco que se ha vuelto negro en pleno "veldt" africano. Nadie sabe quién es aquel curioso personaje que se ha separado voluntariamente de la civilización y vive como un salvaje, pero la audaz viajera descubre la verdadera identidad del hombre: la sombra de una tragedia amorosa, un desengaño cruel, lo ha trastornado al extremo de llevarlo a hacer vida de anacoreta en el desierto.



Armados de lanzas, se les presentaron todos los habitantes indígenas de la aldea y con sus gritos salvajes sembraban el terror por todas partes.

por cierto, no muy limpias, que me servirían de cama. El huésped me trajo un cabo de vela y una palangana con agua, en la cual se debatía desesperadamente una cucaracha. Los movimientos del hombre eran lentos, y cuando hubo arreglado la vela de sebo, salió de la choza, caminando pesadamente como si un fardo lo oprimiera.

Torné a examinar mi alojamiento, que, al parecer, había servido de gallinero hasta poco antes. La luna se filtraba por un agujero abierto en la pared de terrón, y ponía de relieve la suciedad de las frazadas. Resolví no acostarme en ellas, y no sabiendo qué hacer, me puse a revolver una pila de cosas que había en un rincón.

Insectos montruosos escapaban de entre el polvo, y dejé caer un cajón que me proponía utilizar como mesa de "toilette". Cayeron del interior algunas fotografías amarillentas. Se diría que no habían sido tocadas durante años. Al volverlas a su sitio, me llamó la atención una de un grupo de militares. Eran los oficiales de un regimiento famoso, fotografiados en compañía de un personaje real. Uno de los rostros tenía rasgos familiares para mí, pero no me fué dado recordar quién era.

Por fin, fatigada, me tendí sobre la estera. Dormí bastante mal. A la mañana me despertó un rumor que me atemorizó: en una de las chozas alguien gritaba. Aquellos gritos eran espantosos. Parecía como que se estuviera asesinando lentamente a alguien, o bien que alguna persona se hallara gravemente enferma.

Helada de terror, empuñé el revólver y me deslicé fuera de la choza hasta llegar a aquélla de la cual partían las voces quejumbrosas.

— Debe ser apendicitis — opiné para conformarme.

Entré, temblando, en la habitación. Me sentía tan asustada, que tuve que recostarme en la pared. Una cucaracha monstruosa corrió por encima de mis pies. En un rincón, una forma humana gemía y se movía como en sueños. Una voz inglesa pronunció un nombre, y antes de que yo me hubiera repuesto de mi sorpresa, distinguí en la pared opuesta la fotografía de una mujer, ennegrecida por el tiempo y maculada por los insectos. Era una hermosísima joven, y el nombre que murmuraba el hombre dormido no era, por cierto, nada común.

Conteniendo el aliento, salí de aquella choza. El hombre a quien juzgué holandés o levantino se había vuelto de espaldas, y al cortarse la pesadilla que debió ser tan terrorífica para él como para mí, su rostro se serenó y me resultó curiosamente familiar.

De regreso a mi choza, comparé la cara del infeliz conocido por M'Sus con la del más joven de los oficiales del grupo fotográfico, y no me quedó duda alguna de que se trataba de la misma persona. Tomé buena nota de las iniciales y del doble apellido que aparecían al pie del retrato.

Con la salida del sol, coincidió el regreso del policía, acompañado del misionero. Habían pasado una noche más agitada que la mía, pues se les presentaron todos los habitantes de la aldea indígena armados de lanzas y tambores.

— Fué bastante interesante el asunto — comentó con satisfacción el misionero.

— ¡Lo hubiera usted oído hablar! — gruñó el policía.

Inferí que habían dominado la situación a base de elocuencia y sin necesidad de recurrir a las armas.

No vi a nuestro huésped esa mañana, aunque retardé todo lo posible la partida, al punto de que el policía se impacientó.

— Si usted espera a M' Sus — me informó, — no lo verá, porque le ha dado un ataque anoche y ahora se está embriagando. Bebe mucho y se gana la vida vendiéndoles alcohol a los cafres. Recibe en pago marfil obtenido en forma ilícita, plumas y pieles, pero todo el producto lo invierte en borracheras. Marchémonos antes de que se excite, porque cuando lo hace se torna molesto.

Ocurrió lo que llevo narrado en junio de 1914. Regresé a Inglaterra al final de la festiva temporada de Mayfair, anterior a la guerra. En las últimas fiestas de fines de julio busqué vanamente el rostro de una mujer, que sólo había de ver un año después. Por ese entonces me hallaba manejando una ambulancia en territorio francés.

De paso por París, resolví asistir a un teatro. En un palco reconocí a una mujer que seguía atentamente el desarrollo del espectáculo. Recurrí a una amiga para que me dijera quién era.

— Usted debe conocerla — me dijo, — y me proporcionó una serie de detalles biográficos.

(Continúa en la página 39)

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LA HINCHAZON DE LAS PIERNAS

La hinchazón de las piernas y tobillos de una embarazada es un signo evidente de la existencia de albúmina.

Debe de inmediato darse aviso al médico, el que por medio de los análisis dará luz sobre el asunto. Pero no debe perderse tiempo en ello, pues es sumamente delicado este estado por las consecuencias que puede traer. Si la enferma se halla en un sitio distante de auxilio, lo primero que debe hacerse mientras éste llega, es meterse en cama, cesar toda alimentación sólida y no tomar sino frutas, leche y legumbres.

Contestando a "Una futura madre", de Santiago del Estero.

✣ ✣ ✣

EL AGUA

El agua es el disolvente merced al cual se hacen posibles los intercambios de materias en el organismo. Podríamos decir que casi toda el agua que ingerimos la eliminamos por la orina y en menores proporciones por la piel, la superficie pulmonar y las materias fecales.

Contestando a Periquito, de Montevideo.

EL VINO Y LAS BEBIDAS EN GENERAL DEBEN SER MEDICAMENTOS PRESCRIPTOS EXCLUSIVAMENTE POR EL MEDICO Y NO POR AMIGOS OFICIOSOS O FARMACEUTICOS INTERESADOS.

Gregorio Araoz Alfaro.

LAS HORAS DE SUEÑO

Al año un niño debe dormir de doce a quince horas por día. A los 2 o 3 años dormirá de once a catorce horas.

De cinco a siete años, de diez a doce horas. A los siete, diez horas. A los doce años, nueve horas.

Contestando a Rebeca, de Entre Ríos.

✣ ✣ ✣

Si el niño cuando duerme lo hace con la boca abierta, y, además, ronca, seguramente tiene vegetaciones adenoides o hipertrofia de las amígdalas.

Hágalo revisar de inmediato por un médico.

Contestando a B. F. de H., de Capital.

✣ ✣ ✣

EL CRECIMIENTO DE LOS NIÑOS

Desde que un niño nace hasta que cumpla los dos años su crecimiento es tan rápido y continuo, que en ninguna otra etapa de la vida es igualado.

Ahora, como todas las enfermedades, por lo general, repercuten en alguna forma sobre el crecimiento de los niños conviene conservar las cifras a fin de servir de guía al médico en muchos casos.

El baño cuando un niño tiene fiebre

Cuando un niño tiene mucha fiebre y es, a pesar de lo que muchas madres creen, el baño es quizá el mejor remedio. El médico únicamente puede impedir que se bañe un niño. Eso sí, que tratándose de un baño delicado, conviene tener guardada esta tabla que sirve de guía para bañar la criatura a una temperatura de acuerdo con la fiebre que presenta.

El baño nunca puede pasar de unos diez o quince minutos.



Tabla del baño de un niño de más de un año y medio, con temperatura.

Niño	Baño
40 ½ grados	26 grados
40 „	26 „
39 ½ „	28 „
39 „	30 „
38 ½ „	32 „
38 „	32 „
37 ½ „	34 „

Introducir al niño con el agua a 33 o 34 grados y hacer llegar agua fría de modo que a los ocho minutos el agua esté al minimun indicado.

Si el niño tiene más de cuatro años puede descenderse dos grados más.

Antes de bañar una criatura enferma conviene calentar previamente la habitación y tener la precaución, al sacar el niño del baño, de frotarlo fuertemente, a fin de que reaccione bien y envolverlo de inmediato con ropa caliente.

Contestando a Manuelita de Rozas, del Azul.

A título de base para las madres daremos aquí una tabla que puede servir de guía:

Aumento por mes. —Durante el primer trimestre aumenta 700 gramos por mes; durante el segundo trimestre, 600 gramos por mes; durante el tercero, 500 gramos; durante el cuarto, 400 gramos.

Al cumplir el sexto mes se duplica el peso inicial, y al cumplir el año se triplica.

Durante el segundo año el peso aumenta de 250 gramos por mes. Al finalizar el segundo año se cuadruplica el peso inicial.

Aumento por día.—Durante el primer trimestre, 25 gramos por día; durante el segundo, 20; durante el tercero, 15; durante el cuarto, 10 gramos. Durante el segundo año, 8 gramos por día.

Para calcular el peso que debe tener normalmente un niño, conociendo su edad, se multiplica el número de meses por 600; a esa cifra se le agrega el peso de nacimiento.

Ejemplos:

Niño de cinco meses:
5 × 600 = 3.000 + 3.250 = 6.250

Niño de diez meses:
10 × 600 = 6.000 + 3.250 = 9.250

Dato para facilitar el cálculo: a los 8 meses pesan 8 kilos y al año 10.

Contestando a Violeta, de Carhué.

EN LA LACTANCIA

Siempre que se alimente un niño artificialmente, deben imponerse entre alimento y alimento intervalos de tres horas.

La experiencia de todos los especialistas del mundo es lo que ha hecho llegar a esta conclusión, y sólo por motivos especiales o por orden del médico debe alterarse este método.

Contestando a Mamita C. H., de Flores.

✣ ✣ ✣

LOS COCIMIENTOS

Para obtener cocimientos se ponen más o menos 30 gramos de harina por litro de agua y se hace hervir durante media hora; si el cocimiento resultara espeso, por ser muy vivo el fuego, o muy largo el tiempo de cocción, se agrega agua hasta su dilución conveniente. Así preparados se pueden mezclar con la leche de vaca hervida en proporciones diversas.

Contestando a Cocinerita infantil, de Capital.

✣ ✣ ✣

No debe dejarse un niño mojado de noche más de cuatro horas, y de día debe cambiarse ni bien se moja. Si tiene alguna irritación o erupción en los muslos o nalgas, colóquele cada vez mucho talco y un algodón para que absorba los líquidos causantes de la irritación o bien una almohadilla de gasa rellena de afrecho o de afrechillo esterilizada en el horno de la cocina.

Contestando a Para Ti, de Santa Fe.

EL CALZADO DE UN NIÑO DEBE SER AMPLIO EN LA PUNTA, DE TACO BAJO, AJUSTADO MODERADAMENTE SOLO EN EL TALON Y EN LA PARTE MEDIA DEL PIE.

LA ROPA DEL BEBE

Téngase siempre cuidado al fajar o vestir un niño el no ajustarlo demasiado. Déjelo suelto, y con los brazos libres. Cuide que no se enfríe, pero también que no transpire demasiado. En los días de calor conviene hacerle una bolsa de bombasí y tenerlo en ella con la abertura suavemente ceñida al cuello y con todo el cuerpo adentro, o sólo con los brazos afuera. Estará así libre en sus movimientos y seguro de no enfriarse.

Contestando a Mamá práctica, de Pehuajó.

✣ ✣ ✣

EL OLFATO

El ofato es uno de los sentidos más desarrollados en las criaturas. Es fácil observar que una criatura que estuviera de espaldas sabría cuándo viene la madre por el olfato, distinguiéndola de cualquier otra mujer.

Contestando a Perruchina, de Tandil.

Cubrid bien el cuerpo de un niño y no temáis que respire el aire frío

DE LAS REGATAS DEL DIA 11



Una parte de la enorme concurrencia que presenció las pruebas, durante el desarrollo de la novena regata que fué ganada por el Montevideo Rowing Club. El día espléndido enmarcó dignamente la fiesta del remo en el Tigre.



Las orillas del río se vieron invadidas por elegantes damas y caballeros que, deseosos de no perder detalle de las regatas, buscaron desde temprano la mejor ubicación. Esta fotografía fué tomada en el transcurso de una de las pruebas y explica claramente hasta dónde se había interesado el público entendido en la realización de la fiesta del remo.



Equipo del Ruder Verein Teutonia que se adjudicó la sexta carrera junior dando pruebas de un perfecto estado atlético.



El equipo del Club de Regatas La Marina ganó la quinta carrera doble escull aventajando al Nacional Rowing Club.



La cuarta carrera junior pair fué ganada por el Nacional Rowing Club que derrotó al boté del Club de Regatas La Marina.



La regata más interesante fué la disputada en décimo tercer lugar, que se adjudicó el Ruder Verein Teutonia, aventajando al hasta entonces invicto Canottieri Italiani.

Fotos Padilla

Vive en Buenos Aires *la* primera sacerdotisa budista de raza blanca

De cómo y por qué Zulita de Baldrich fué elevada a la extraordinaria categoría de Lama. — Una sacerdotisa orientalista de diez y siete años, nacida en Europa y criada en América. — Una religión, con 560 millones de prosélitos, "ignorada".

Una nota de SEGUNDO B. GAUNA

CUANDO supe que Zulita de Baldrich era sacerdotisa budista, la primera sacerdotisa que los "padres" de aquella religión eminentemente orientalista han consagrado entre gentes de raza blanca, entonces, digo, aquella figurita fina y rubia comenzó a encerrar para mí, el encanto de las cosas curiosas, exóticas, misteriosas...



La señorita Zulita de Baldrich, con la vestimenta con que oficia los ritos de su religión oriental.

La joven sacerdotisa iniciando en el culto del budismo a algunas señoritas y jóvenes porteños.

Y el diablillo de la profesión, que, por lógicas razones, no abandona nunca el rincón de mi yo interior de que se ha apropiado, me descubrió en seguida la "nota". Tiene que ser interesante para el común de las gentes saber algo de esa religión oriental que, contando con más de quinientos sesenta millones de adeptos en todo el mundo, es para nosotros punto menos que desconocida.

EL TEMPLO BUDISTA

Si en materia de ceremonial religioso algo hay saturado de sencillez, es, sin duda, un templo budista. Por lo menos, así cabe suponerlo y aceptarlo después de conocer el que pertenece a la señorita de Baldrich, delicada figulina cuyos diez y siete años parecen irradiar de su cabellera de oro con una energía de enorme cantidad de voltios.

Unos cuantos muebles chinos, estilo dinastía Song; varios platos de cobre pirograbados, en los que se distinguen interesantes escenas del Japón legendario; piezas de cerámica del Indostán, genios familiares de Peking; una reproducción en marfil del famoso buda de Gaya, alumbrado por su lámpara votiva que no ha de apagarse nunca, y algunos otros objetos que escapan a la memoria, constituyen el adorno de la pequeña sala, entre cuyas cuatro paredes los perfumes más suaves y raros parecen haberse dado cita para asistir al rito budista. En las paredes, uno que otro retrato de sacerdotes y príncipes orientales, de nombres más difíciles de mantener en la memoria que la solución del teorema de Pitágoras, y en los lugares de preferencia, uno de la infanta Isabel de Borbón dedicado a la señora Margarita Touza Guiñazú de Baldrich, y otro de Ernesto Vilches, también con cariñosa dedicatoria, que parece mirar con escepticismo bien europeo cuanto pasa ante su mirada inmóvil...

En un rincón, cerca de los kakimonos malayos y chinos que cubren las paredes, el altar de Buda resalta en la penumbra, gracias al esfuerzo de la llama de su lamparilla votiva... Y más allá, la biblioteca, mostrando los lomos de sus libros, en los que a duras penas se alcanza a leer: Pitakeas... Yogui... Upanishads...

LA PRIMERA SACERDOTISA BLANCA



Entre dos iniciadas en el culto orientalista aparece en esta fotografía la primera sacerdotisa budista de raza blanca.

Conversar de un tema determinado con Zulita de Baldrich, recogida en el hogar que fué de sus padres, en compañía de sus hermanas, resulta, en verdad, cosa difícil. De un tema salta a otro con facilidad pasmosa, y su voz, que suena siempre alta, aguda, parece buscar descanso en los más variados motivos.

Sin embargo, logramos llevar el diálogo hacia donde nos interesa, y, como por milagro, ella sola es la que habla sin variar el asunto. Porque, en honor a la verdad, tratándose del tema que tocamos, no hay necesidad de insistir.

—El Anagarika Dharma, fundador de nuestro monasterio, ex compañero del inmortal Vivekananda, fué el primer sacerdote que llevó en este siglo el budismo hacia Occidente. Obtuvo en su misión un éxito tan completo, que en dos años logró convertir a un millón de blancos, gracias a lo cual se levantaron pagodas en Londres, Berlín y Nueva York. Pero todavía quedaba un gran continente que desconocía la voz de Buda y se pensó en enviar a la América del Sur un representante. Resultó entonces que ninguno de los bhikkhús dominaba las lenguas sudamericanas y nadie quería tentar la empresa. Luego de vencidas mil restricciones impuestas por largos siglos de patriotismo e intransigencia, se pensó en designar un occidental, aunque el deseado, aquel que a juicio de los sacerdotes amara de verdad a la India y comprendiera lo bastante su pensamiento, no aparecía. Fué entonces cuando el Swami Yogashakti dijo al insigne sabio:

—Zulita de Baldrich, la pequeña discípula europea de los yoguis, podrá y querrá hacerlo.

—Aquella proposición—sigue contándonos nuestra interlocutora, que, aunque nacida en España, es hija de padres argentinos y se ha criado en nuestro país—provocó un escándalo, por cuanto ella era "leader" del brahmanismo. El monasterio confeccionó una lista de candidatos; pero los partidarios de la pequeña blanca no se dieron por satisfechos y llevaron la cuestión ante el Dalay Lama del Tibet, quien se puso de parte de ella y pronunció la sentencia que no admitía réplica:

—Zulita de Baldrich renunciará al Sanatana y llevará a la América del Sur la primera misión budista que posea el continente.

Y continúa diciendo:

—Renunciar al Vaidikadharma, que había abrazado con todo fervor, me costó las más amargas lágrimas; pero la razón y la lógica, la mente y el raciocinio, que no aceptan romanticismos ni "corazonadas", me lo impusieron. Una vez presentada mi tesis, que titulé "Sambhogokaya", me hallé convertida en el primer ser occidental que mereció de parte de Oriente el honor de la designación de Lama del Thar Lam.

LA RELIGION BUDISTA

Por lógica se imponía preguntar, aun cuando ello pudiera parecer a una sacerdotisa ingenuo o malintencionado:

—¿Qué es el budismo? ¿Cuál es su síntesis?

—La importancia del budismo es enorme. Todas las religiones son para Dios; pero ésta

(Continúa en la pág. 61)



Sentada ante el pequeño altar donde eleva sus oraciones al dios Buda, Zulita de Baldrich medita todos los días con una seriedad impropia de sus años.

Fotos Padilla.

LAS ENTREVISTAS A NUESTROS *SELF-MADE-MEN* APARECIDAS EN "MUNDO ARGENTINO"

56 Reportajes que son 56 Recetas para el Exito

Por LISARDO PEREZ

Una entrevista con Arturo Silvestre, autor de "Cómo se llega", libro en que recuerdan sus principios los hombres que, por obra del esfuerzo propio, han triunfado en todas las actividades argentinas.

ARTURO Silvestre acaba de reunir en un libro, titulado "Cómo se llega", las entrevistas a nuestros "sel-made-men" aparecidas en MUNDO ARGENTINO. Hemos creído interesante requerir impresiones al autor de una obra destinada a ser popular y que merece difundirse entre los muchachos argentinos, por lo mismo que está preñada de enseñanzas y de sugestiones estimulantes. Y, en consecuencia, lo hemos sometido a un reportaje, pequeña tortura que él se ha acostumbrado a imponer a sus semejantes.

— Se me ocurre — nos dice Silvestre en el curso de la charla — que he hecho un libro que faltaba en nuestro país. Y que era una necesidad. En los Estados Unidos esta clase de literatura estimulante, muy poco literaria por cierto, se ha difundido sobremanera en los últimos tiempos. Casi no hay hombre de industria o de negocios que no legue a sus contemporáneos, en forma de libro o de artículos periodísticos simplemente, el valioso testamento de su experiencia personal. Esas interesantes confidencias no han tardado en desbordar los límites de la gran república, como la fama de sus propios autores, y hoy pocos son los hombres cultos de cualquier país que no conozcan las peripecias, pintorescas y heroicas, que llenan las vidas de Ford, Carnegie, Rockfeller, etc.

—*¿Usted cree, Silvestre, que esa literatura a que hace referencia ha alcanzado difusión en nuestro país?* — le preguntamos.

— Es evidente. Pueden ustedes verificarlo en cualquier librería. Las obras de Ford, sobre todo, están a la orden del día. Los diarios y revistas, además, reproducen continuamente anécdotas y episodios, a veces ilustrados con llamativos dibujos, en forma de historietas, de las vidas de los grandes hombres de acción norteamericanos.

—*¿Y ha creído oportuno hacer lo mismo con los nuestros?*

— Naturalmente, para darle todavía mayor eficacia a la enseñanza. Yo he sostenido siempre que es necesario vivificar los ejemplos, acercarlos en lo posible al auditorio. Así, cuando era profesor de teoría literaria, para hablar de la novela no me remontaba al inevitable "Quijote", como es de rigor en nuestras aulas; ni citada como muestras de elocuencia a los remotos oradores griegos del canon. Casi ningún alumno de cuarto año del colegio nacional ha leído el "Quijote" ni demuestra el menor interés por Demóstenes, Lisias y Andócides, que para su mente despreocupada siguen siendo verdaderas abstracciones. Se interesa, en cambio, por ciertas novelas nacionales y hasta logra apasionarse con los discursos de los políticos de actualidad. Entre éstos, pues, tomaba yo mis primeros ejemplos y lograba de tal modo conectar a los alumnos con la realidad. Hablábamos de un género literario cualquiera teniendo a la vista una referencia concreta, una muestra de ese géenero, mala o buena, que fuese conocida por toda la clase, sin ninguna excepción. Lo contrario hubiese sido tan absurdo como enseñar anatomía en la Facultad de Medicina sin un cadáver por delante.

"Claro está — prosigue nuestro entrevistado, — que yo no dejaba después de hacerles comprender a los muchachos, la diferencia existente entre las malas y las buenas producciones literarias y que trataba por todos los medios de concitarlos a disfrutar preferentemente de las últimas."

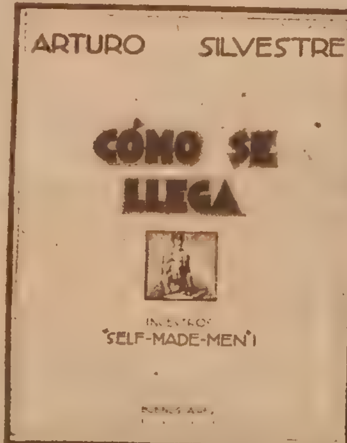
Silvestre, luego de una pausa que ha aprovechado para encender un cigarrillo, agrega:

— Esta aparente digresión explica en mi concepto el libro que acaba de publicarse. En "Cómo se llega", en efecto, tiene el público argentino la sucinta historia de los hombres que han triunfado en las distintas actividades del país: artes, industria, comercio, política. Son 56 reportajes que constituyen 56 recetas para el éxito. No hay entre los entrevistados, sin duda, ningún Ford, Carnegie ni Rockfeller, pero la culpa no es mía sino de la república que todavía no ha producido hombres así. Si desde un punto de vista universal estas personas de mi galería no pueden interesar como los citados, desde un punto de vista nacional interesan más, porque su triunfo está condicionado por el ambiente argentino. Han luchado en medio de circunstancias que a todos nosotros nos son familiares y que deberán tener en cuenta quienes pretendan imitarlos; la vida de ellos se ha desarrollado en nuestro escenario, sus referencias tienen para nosotros mayor acento de verdad, están impregnadas de todo lo que nos rodea. Insisto en que reviste superior valor estimulante la vida de estos hombres que la de los grandes arquetipos norteamericanos; son hombres que viven aquí cerca, que pasean por la calle Florida, que podemos ver y tocar. Constituyen ejemplos bien asequibles para todos, hasta fáciles de imitar en su mayoría, con un poquito de constancia y de iniciativa. Y eso es lo interesante, porque el libro está destinado a la masa de muchachos argentinos, empecinada en embretarse hacia los socorridos caminos de la universidad y la burocracia; les demuestra que aquí el triunfo es patrimonio de todos, que la "oportunidad como dice Ernesto Nelson, que ha honrado mi libro con un prólogo — no es un privilegio sino un derecho ofrecido sin distinción de clase ni nacionalidad". Y ahora una cosa más:

"Me interesa puntualizar un concepto — nos dice luego nuestro entrevistado: — he advertido que alguien comentaba mi libro con cierto recelo por considerarlo un panegírico materialista. Yo no creo que de "Cómo se llega" se deduzca una grosera admiración hacia los que han logrado enriquecerse; sí con respecto a quienes, movidos por un afán que es impulso civilizatorio, perfeccionamos sus vidas hasta convertirlas en elementos propulsores de nuestra sociedad. El dinero en casi todos estos hombres es apenas una circunstancia. Creo, como míster Ford, que uno de los grandes cambios acontecidos en la industria moderna "es el que se refiere al número creciente de hombres que no trabajan ya exclusivamente por dinero. Hoy en día — se dice en "Progreso" — ninguno de los grandes capitanes de la industria trabaja por dinero. Todos ellos tienen más dinero que el que pueden gastar, y continúan ganando dinero como parte del mecanismo que surte de numerario a toda sociedad". Muchos de mis reporteados hace tiempo podrían estar entregados al goce de sus ganancias y siguen, en cambio, luchando denodadamente. Un afán distinto los acosa; un afán de superarse incesantemente parecido al de los artistas. Algunos, por otra parte, son notoriamente pobres. Es una objeción superficial que preveía; objeción de literatos. Los literatos creen que son ellos los únicos idealistas de la tierra y hacen, por egoísmo, una virtud de lo que sólo es una condición accesoria, circunstancial: la pobreza. Me alegraría que mi libro contribuyera a desvanecer ese difundido prejuicio, que combato con tanta más sinceridad por cuanto, desgraciadamente, tengo mucho más de literato fracasado y pobre que de triunfante hombre de acción.

"Y antes de poner punto final — concluye Silvestre — les diré a ustedes que me daría por satisfecho si mi libro contribuyera a que un solo muchacho argentino, uno sólo, se desviase por su influjo, de la inevitable senda del doctorazgo y del empleo público. Me daría por muy satisfecho."

Arturo Silvestre, nuestro distinguido colaborador, cuyo libro "Cómo se llega" ha de renovar el éxito que sus interesantísimos reportajes a los "self-made-men" obtuvieron al ser publicados en nuestra revista, y ahora coleccionados en este libro que no debe faltar en la biblioteca de ningún hombre que aspire a labrarse una posición por su solo esfuerzo.

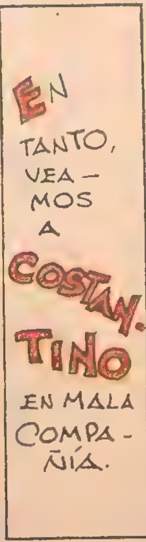




Don Fermín por DANTE QUINTERNO









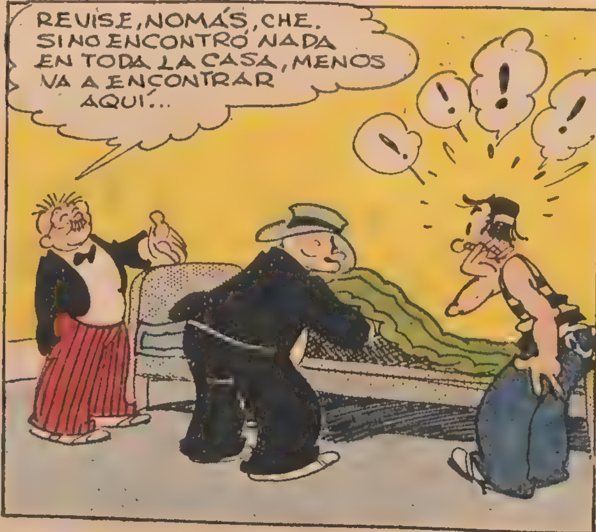
















LOS BILLETES PERDIDOS

Un cuento policial de ARTURO HOERL

Este episodio es uno de los primeros en que le tocó intervenir a Robin Dale, el sagaz periodista y detective, cuando ya finalizados sus estudios en la Facultad, eligió esta profesión que tantos y tan resonantes triunfos había de brindarle. No hace mucho tiempo se le preguntó cuál consideraba la más emocionante aventura de su vida. Y por toda contestación él narró el siguiente episodio. Tal vez sea porque en él vió perderse su primer amor, que es lo que con más fuerza queda siempre grabado en el corazón del hombre.

POCOS meses hacía que Robin Dale había terminado sus estudios en la facultad, cuando ocurrió el caso de Berón, el cajero del Banco Nacional, que un día desapareció con cien mil pesos en billetes de banco. El crimen de que luego fué víctima era aparentemente sencillo; pero más tarde se complicó por la forma cómo el cuerpo de Oliverio Berón fué encontrado y por el número de crímenes que le siguió, los cuales aparentemente no guardaban relación alguna con el robo del banco. En cada uno de estos casos la pista principal la constituyó un billete de mil pesos, cinco de los cuales habían sido robados por Berón. Cuando aún no se tenía conocimiento del crimen, Robin Dale recibió de parte del director del diario en que trabajaba la misión de interpelar a Alejo Terán, el director del banco, quien le informó que el cajero en cuestión había sido siempre un empleado modelo. No fué sino varios días después que se conoció la noticia que había de dar lugar a una de las primeras intervenciones de Robin Dale en la persecución de los criminales. Oliverio Berón había sido asesinado. Su cuerpo se hallaba en aquellos momentos en el Departamento de Policía. Al llegar a ese sitio, Morgan, perteneciente a la policía secreta, fué el primero en recibirlos y en comunicarles las novedades.

—Fué golpeado en el cráneo con algún objeto pesado; probablemente con la culata de un revólver.

—¿Tenía el dinero encima? — preguntó Robin Dale.

Por toda contestación Morgan sacó de su bolsillo un billete de banco y lo extendió al detective. Era un billete de mil pesos. Los repórteres abrieron los ojos asombrados, no se sabe si ante lo imprevisto del hallazgo o por el hecho de que era la primera vez en su vida que veían tal cantidad de dinero junta.

—Un sereno lo encontró en un rincón de un dique, en el puerto, no hace más de media hora — habló Morgan; — nada más que este dinero tenía en su poder. Nadie vió entrar ni salir a persona alguna del dique, pero, sin embargo, tenemos a un par de individuos bajo sospecha y esperamos hacer otro arresto antes de que llegue la noche.

En aquel momento entraba Alejo Terán, el director de banco, que debía identificar el cadáver. Después de hacer esto tomó el billete de mil pesos y comparó su numeración con las que tenía anotadas.

—Este es uno de los billetes robados, Morgan. La cifra corresponde a una que usted puede ver aquí: 28.111.395 E.

Terán estaba a punto de guardarlo, cuando Morgan interceptó su acción.

—Ya se lo daremos más tarde, señor Terán. Ahora necesitamos conservarlo para poder exhibirlo en caso necesario.

Terán sonrió y devolvió el billete. Poco después, como no se producían novedades, Dale se marchó al diario para escribir su artículo. La mañana siguiente se presentó fría y lluviosa. Dale se dirigió como de costumbre al negocio de Durante, situado frente al Departamento de Policía y donde acostumbraba a reunirse con los demás periodistas.

—¡Hola, Millán!—dijo dirigiéndose a uno de los que allí estaban. — Parece que hace frío, ¿eh?

—Sí; parece — contestó el interpelado, mientras acercaba sus manos a una estufa de pie que se hallaba a su lado.

Continuaron conversando de cosas triviales durante algunos minutos, hasta que los otros se levantaron y salieron. Dale se quedó solo haciendo guardia. Hacía pocos minutos que se hallaba abismado en sus pensamientos cuando la puerta se abrió para dar paso a un hombre joven. Parecía muy nervioso y lanzaba furtivas miradas a su alrededor, hasta que encontró a Durante, a quien se dirigió con las siguientes palabras:

—¡Necesito comprar un cajón de muerto!

Nada extraña era la proposición si se considera que en los fondos de aquella casa Durante tenía instalado un pequeño taller de carpintería, dedicado exclusivamente a la fabricación de cajones de esa clase.

—Perfectamente, señor, perfectamente — contestó el dueño mientras abrían un álbum donde podían verse dibujados diferentes modelos. — Aquí tiene uno muy bonito. Le costará doscientos pesos, a menos que desee algo mejor.

—Lo que necesito es uno fuerte, de madera dura. ¡Este me agrada! Envíemelo esta tarde a la calle de la Libertad, Nº 1142, a nombre de Brandan; de Juan Brandan. Aquí tiene el importe...

Dale no podía evitar escuchar la conversación. El visitante se dirigió hacia la puerta, pero antes de que pudiera abrirla ésta se movió sola impulsada por una mano femenina. Una joven de extraordinaria hermosura apareció y detuvo al joven.

—¡Jorge! ¿Qué has hecho?

—¡No te interesa, Ruth! ¡Yo solo me las arreglaré!

—¡Debes decírmelo, Jorge! ¿Qué has estado haciendo aquí?

El visitante no contestó, y apartándola violentamente salió, cruzando la calle sin parar atención en la lluvia que caía incesantemente. La joven se hallaba de pie en el salón, indecisa. Dale se aproximó a ella.

—Tal vez yo pueda ayudarla, señorita..., señorita...

—Castelli..., Ruth Castelli. Trabajo en el Banco Nacional. — Calló, indecisa, como arrepentida de sus palabras, hasta que al fin prosiguió con tono suave: — ¡Por favor! ¿Qué hacía ese joven aquí?

—Vino a comprar un cajón mortuorio. Dijo que lo enviaran a la calle de la Libertad, Nº 1142, a nombre de un tal Brandan, o algo por el estilo.

—¡Pero si no hay ningún muerto en esa casa! ¡Dios mío!, ¿qué haré?

Se hallaba agitada e indecisa. Miró a Dale con ojos suplicantes. El detective vió que eran azules, grandes y que se mostraban muy asustados.

—¿Dijo usted que no hay ningún muerto en esa casa? ¿Por qué, entonces, se ha comprado el cajón?

—¡Oh!... Temo mucho que... — calló por breves instantes, hasta que prosiguió como queriendo alejar una idea de su mente:—¡No, por favor!... Usted es demasiado bueno para mezclarlo en esto. — Y sin decir otra palabra se volvió, abrió la puerta y huyó casi corriendo.

El joven permaneció inmóvil, sin saber qué hacer. Mecánicamente se sentó y durante un largo rato no pudo apartar de su pensamiento la imagen de aquella muchacha con sus ojos tan dulces y tan tristes. La campanilla del teléfono lo volvió a la realidad. Oyó la voz del director de su periódico que lo llamaba.

—¡Corra inmediatamente a la calle de la Libertad 1142! ¡Hace pocos minutos que se ha cometido allí un asesinato!

¿Calle de la Libertad Nº 1142? ¿Y hace pocos minutos que alguien fué asesinado ahí? ¡De manera que el cajón había sido encargado cuando la persona vivía aún! ¡Y la joven se hallaba mezclada en todo aquello! ¡Robin Dale se puso el sobretodo y partió rápidamente.

La dirección indicada correspondía a una casa de estilo antiguo, de ladrillos rojos. Un cerco de gruesos barrotes de hierro rodeaba los jardines. Al entrar Dale encontró al sargento Harding, con quien mantenía muy buenas relaciones.

—Bien — dijo cuando lo vió entrar. — Usted que es repórter podrá averiguarlo todo con más facilidad que nosotros.

Y añadió, en tono de broma:

—Entre, y a ver si cuando sale ya

HABITACION DONDE DANIEL ROBERTS FUE ASESINADO.

CARTA HALLADA POR DALE.

DALE INSPECCIONA EL SITIO.

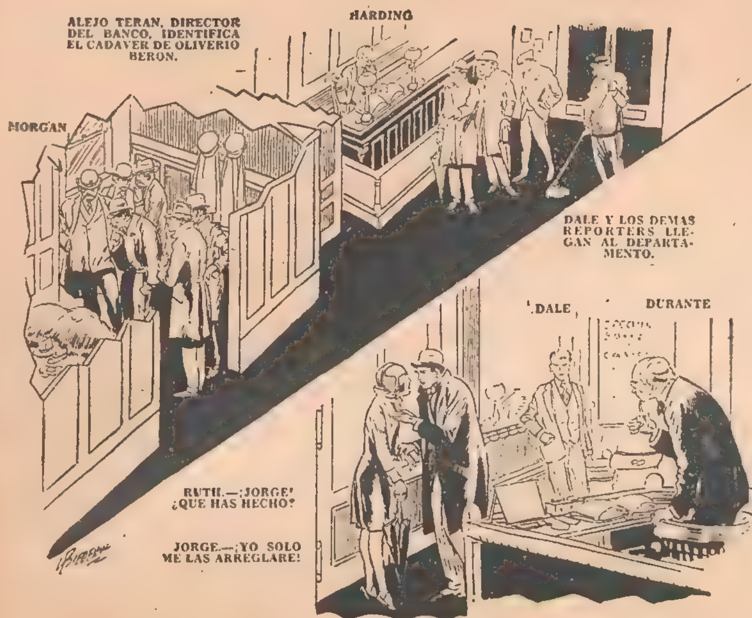
FERETRO PARA JUAN BRANDAN.

DALE

HARDING LLEVA A RUTH A LA POLICIA.

LOS DOS HOMBRES SE APROXIMARON, Y COLOCANDOSE UNO A CADA LADO...

ERA EVIDENTE QUE UNA VIVISIMA SIMPATIA HABIA NACIDO ENTRE AMBOS.



lo hace sabiendo quién es el muerto, quién lo mató y por qué.

Dale entró en un pequeño saloncito en los fondos de la casa. Era seguramente usado para salón fumador, a juzgar por los divanes y ceniceros que se podían ver. El cadáver se hallaba tirado en el piso, tal como fuera encontrado. El policía de guardia en la puerta le dió el nombre de la víctima. Se llamaba Daniel Roberts. Dale hizo un detenido examen del salón, que le llevó media hora. En eso se hallaba cuando oyó la voz de Harding que gritaba desde la puerta.

— ¿Un cajón de muerto para Juan Brandan? ¡Qué rapidez la de ustedes! ¡Este pobre hombre hace apenas una hora que es cadáver y ya le envían el cajón!...

Robin Dale continuó su inspección. Sobre el piso, en un rincón, halló un papel arrugado. Lo abrió y leyó lo siguiente: "Juan: ahí te envío el féretro. Espero que será de tu medida, pues lo necesitarás hoy mismo." No había firma. Pocos minutos después Robin Dale pasó a la habitación en que se hallaba Harding con otro policía.

— Ya está, sargento. El hombre que usted necesita es un pistolero; un individuo alto, que mide no menos de un metro ochenta y dos y que es zurdo.

— ¿Qué? — fué la respuesta. — ¿Es que se cree usted un Sherlok Holmes? ¿De dónde diablos ha sacado semejantes datos?

— Venga conmigo, sargento, y se lo demostraré.

Pasaron al saloncito en que se hallaba la víctima. Dale se acercó al cadáver de Daniel Roberts y se colocó en el sitio donde éste debía haber estado parado al recibir el balazo.

— El estaba parado aquí... ¿Ven? Examinando la herida podemos ver que la bala entró por la espalda, en el lado izquierdo, para salir luego por el pecho un poco hacia la derecha. Si usted se para detrás de mí, sargento, con el revólver comprenderá que sólo disparando con la mano izquierda podrá ser causada semejante herida. Después, otra cosa: fué muerto con una bala de las llamadas Dum Dum. Sólo los pistoleros las usan, y por si eso no fuera suficiente, tenemos el detalle de que fué muerto por detrás. Prosigo. El agujero que vemos sobre el pecho se halla situado más abajo que el de la espalda. Luego, apelando a los ligeros conocimientos de geometría que aprendí en la escuela, establezco que el asesino mide, por lo menos, diez centímetros más de altura que este hombre. Y como éste mide de un metro setenta a un metro setenta y dos, el otro ha de medir, por fuerza, un metro ochenta y dos.

—¿Y no ha podido usted averiguar también cuál era su nombre? — preguntó Harding en tono bromista.

— No — replicó Dale. — Porque no dejó su tarjeta de visita al entrar.

— Es posible que no haya dejado eso, pero en cambio dejó algo sobre el cuerpo de la víctima que me hace pensar que no era un pistolero.

Harding extrajo de sus bolsillos un papel. Era otro billete de mil pesos. Robin Dale no tuvo tiempo de reaccionar de la sorpresa que esto le produjera, cuando en la puerta oyóse una voz de mujer. Pocos segundos después, Ruth Castelli, la joven secretaria del Banco Nacional, apareció. El sargento se dirigió a ella.

— ¿A qué ha venido usted aquí, señorita?

— A ver al señor Brandan — replicó ella nerviosamente.

—¡Ah!, ¿para eso? Bien. Y, ¿quién es usted?

La joven pareció dudar, pero después se decidió:

— Soy Ruth Castelli.

— ¿Tiene usted algún parentesco con Jorge Castelli?

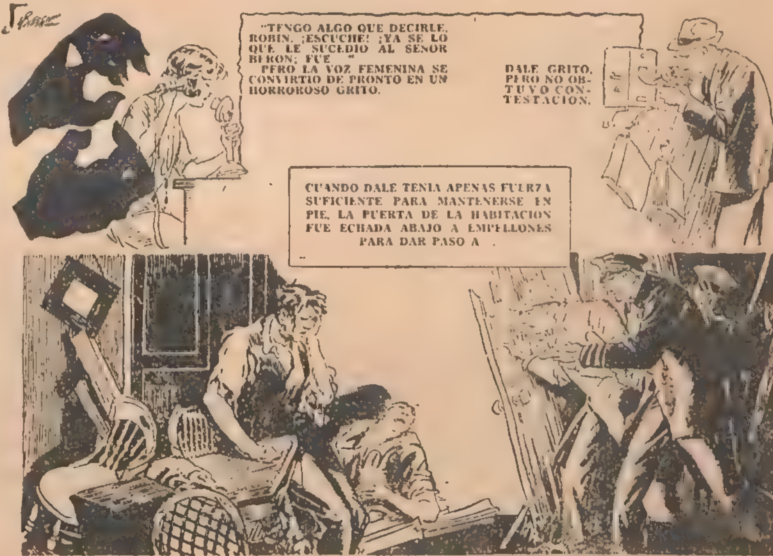
— Sí; es mi hermano...

— Bien; en ese caso tendrá usted que venir conmigo al Departamento de Policía para hablar con el jefe. Necesitamos conocer unos datos acerca de su hermano y de Brandan.

Dale trató de impedir que se llevaran a la joven, pero fué inútil. Viendo que nada podía hacer se conformó con acompañarla, impulsado por la mirada suplicante de sus ojos que se clavaron en él. Ya en el Departamento, mientras aguardaban la llegada de Morgan, el jefe, le fué enviado un mensaje a Terán, el director del Banco Nacional, que llegó de inmediato. Confrontó con la lista que tenía la numeración del billete hallado sobre el cadáver de Roberts y comprobó que también pertenecía al banco. Después habló:

— Tengo la sospecha de que ese Daniel Roberts debe ser el hombre que vino hoy al banco a visitar a Berón. Llegó en un coche de alquiler que aún está parado delante de la puerta. Y ese auto es el mismo en que viajó Berón poco antes de ser asesinado.

Decididamente había entre ambas muertes una relación superior a la antes imaginada. Y si no, ahí estaba la numeración de ambos billetes para comprobarlo. Suponiendo que fuera el automóvil de Daniel en el que partió Berón, solamente un hombre podría decir si ese coche había llegado al puerto, que era el lugar donde se había encontrado el cadáver de Berón, o no. Ese hombre era Daniel Roberts, y estaba también muerto. Robin Dale, ahora que Ruth se había mezclado en el asunto, se sentía más interesado por ella. ¿Por qué Berón tenía en su poder sólo un billete? Y, ¿por qué tenía a su vez otro de los billetes robados? Y si este último, suponiendo que estaría enterado de que el pasajero que conducía era un cajero que escapaba con cien mil pesos, le había dado muerte, ¿por qué le dejó uno de los billetes? Estos eran los pensamientos que bullían en el cerebro del detective mientras que con las demás personas aguardaba la llegada de Morgan. Al fin éste se hizo presente y la joven fué conducida a su despacho. Dale vió con pena que sus contestaciones eran vagas. Al ser interrogada sobre el paradero de su hermano y de Brandan dijo que desconocía lo primero y que su visita a la casa del último se debía a una simple coincidencia.



— Sin embargo, señorita, en los prontuarios policiales Brandan figura como individuo de pésimos antecedentes, y Jorge, aunque no los tiene tan malos, ha estado también en negocios turbios con él. Pero de un tiempo a esta parte sabemos que ambos se odian mortalmente. Por eso nos parece extraña su visita a la casa de Brandan.

La joven se disponía a contestar cuando la puerta se abrió de improviso para dar paso a un agente que conducía a Jorge Castelli. El joven miró a Ruth extrañado de su presencia allí.

— ¡Hola, Jorge! — exclamó Morgan sin darle tiempo a hablar. — Precisamente estábamos hablando de usted.

— ¿De mí?

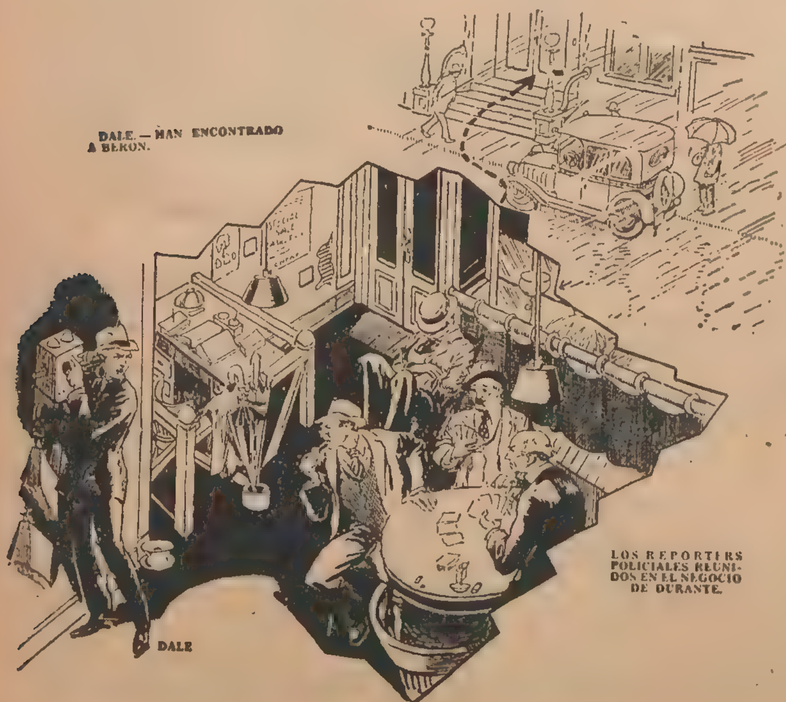
— Sí. Daniel Roberts fué asesinado hoy en la casa de Brandan.

— Y, ¿para saber eso me han arrestado ustedes?

— No precisamente para lo que pueda saber usted, sino para que lo podamos saber nosotros. ¿Sabe algo sobre esa muerte?

— Absolutamente nada.

— Lo dudo... Pero de todos modos pase



(Continúa en la página 39)

FINAL DE NUESTRO

LA QUE TODO

Novela de Beatriz B. Morgan

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Ana María, empleada de oficina, va a casarse con Jorge; pero surge un inconveniente: la madre de él ha aconsejado que debía postergarse el casamiento hasta que gane un sueldo mayor. Jorge tiene una amiga, Raquel, por quien siempre tuvo simpatía. La muchacha se ha ido enamorando de él y a Jorge le ha ocurrido lo mismo. Además, como su madre continúa opiniéndose a que se case con Ana María, él termina por confesarle todo a su novia y rompe las relaciones. No viendo ella más norte que el trabajo, resuelve volver a la casa del señor Nesbit, y éste la recibe afectuosamente. Es, más que su secretaria, una amiga leal a quien se estima de veras. Ana María comienza a consolarse del desengaño que ha tenido con Jorge. Un día el señor Nesbit invita a su secretaria para que lo acompañe a una joyería, donde comprará un anillo para su hermana. Allí se encuentra con Jorge, lo saluda y se muestra indiferente. Esto despierta los celos de su ex novio, y al día siguiente se presenta en casa de Ana María para pedirle perdón. Al propio tiempo le dice que si ella quiere pueden casarse en seguida. Ella acepta y el casamiento se realiza. Viven la embriaguez de la luna de miel. Jorge es amigo del matrimonio Maldon, al cual hace una visita la pareja de recién casados. El ambiente no es del agrado de Ana María; pero por no disgustar a su flamante esposo, ella nada le dice al respecto. Jorge es despedido del empleo por haber cometido una defraudación. Ella le facilita sus ahorro para que pueda instalarse y trabajar por su cuenta. El comienza a hacerlo y toma una empleada. Cuando Ana María le pregunta cómo se llama su secretaria, él le contesta: "Ketty". Y ella confía en que la buena suerte acompañará a Jorge en su tentativa de independizarse. Todo parece auspiciar el comienzo de la nueva vida de Jorge, que confía en sus fuerzas con mucho optimismo. Ana María siente los síntomas de la maternidad y, jubilosa, va a decírselo a su marido a la oficina; pero allí lo sorprende en compañía de Raquel, que pasa por ser su empleada, y entonces no le dice el motivo de su visita. Jorge le reprocha diciéndole que ella fué a espiarle, y como, por otra parte, ha fracasado en su deseo de independizarse, resuelve separarse de su mujer y buscar otro ambiente más propicio. Ana María y su suegra se quedan solas. Para hacer frente a las necesidades de la vida ella comienza a trabajar en una oficina y continúa viviendo con la madre de Jorge. Al poco tiempo se presenta éste para decirle que debe pedir el divorcio, pues su casamiento ha sido un error. Ella no accede y él se retira furioso.

Ana María da a luz, Jorge se entera, y arrepentido de lo que ha hecho, vuelve a su hogar. Pasa algún tiempo. Ana María es feliz con su hijito, pero no lo es respecto a Jorge, que continúa con sus líos amorosos y tratándola con indiferencia. El se enferma y ella lo cuida solícitamente hasta que recupera la salud. Jorge no se enmienda, y, por el contrario, hace gala de sus aventuras amorosas. Ella sufre en silencio y se pregunta: "¿Tendré que divorciarme?" En esto Ana María sorprende a su marido en una nueva infidelidad. Poco después él vuelve a enfermarse y ella no deja de cuidarlo cariñosamente. Jorge se muestra otra vez desamorado y se ausenta con frecuencia del hogar. Poco después él vuelve a decirle a Ana María que tienen que divorciarse. Ella se queda sola con su hijo, pues Jorge la abandona al no querer ella prestarse para el divorcio. Su suegra se ha casado. Y ella entonces vuelve a trabajar en la casa Nesbit.

CAPITULO XV

LOS días se le hacían interminables a Ana María en la oficina. Todo el día pensaba en su hijito. La constante preocupación no la abandonaba ni un instante; pensaba en él cuando, sola en su escritorio, cumplía con su obligación, y aun mientras sentada frente al señor Nesbit, recibía las cartas que él le dictaba. ¿Lo cuidaría bien Elsa? ¿Y si se escapaba de sus manos y corría a la calle, cayendo bajo las ruedas de un auto? ¿Le darían sus comiditas a la hora? Todos estos pensamientos ocupaban constantemente la mente de Ana María. Por un lado, era una gran suerte que ella tuviera un hijo; así la vida se le haría menos dolorosa al pensar en la ingratitud del hombre con quien se había desposado.

En el mes de julio, Jorgito se enfermó y ella se quedó con él tres días sin ir al escritorio. Una vez más Ana María ocupaba su habitación de soltera en la casa de la señora de López. Todo allí estaba como antes, a excepción de una camita blanca.

Hacía dos días que el nene estaba enfermo, con una fiebre altísima. El doctor Funes, que atendía a casi todos los que vivían en la casa de la señora de López, había dicho que era una fuerte indigestión, y que dentro de dos o tres días ya estaría bien.

Pero Ana María estaba asustada y resolvió llamar al estudio para hablarle a Jorge. La telefonista de Roche y Hernández le había dicho que el señor O'Farrell estaba de vacaciones y que no regresaría hasta fin de mes.

Al segundo día, Jorgito ya estaba mejor, y al tercero, Ana María lo levantó y lo llevó abajo al hall. El señor Nolan estaba allí fumando uno de sus interminables cigarros, y en cuanto vió a Ana María, se levantó ofreciéndole la silla en que estaba sentado, que era una de las más cómodas de la casa.

—¿Cómo está este hombrecito? — Y sacando su reloj de oro, comenzó a moverlo de un lado al otro para divertir al niño. — Es increíble que usted tenga que dejar todos los días a este chiquillo para salir a trabajar, Ana María. ¿No ha podido obtener que el padre le pase una pensión? Creo que sería lo menos que podría hacer un padre por su hijo.

Ana María se quedó pensativa. Quizá ella debería escribirle a Jorge diciéndole que pediría el divorcio y solicitando una pensión para ella y su hijo. Tal vez sería mejor que ella dejara de trabajar algunos años, al menos mientras el nene fuera



FOLLETIN

LO DIÓ

chico, dedicándose exclusivamente a atenderlo y educarlo lo mejor posible.

—Es tan difícil, a veces, saber lo que debe hacerse, señor Nolan—le dijo Ana María con suavidad.—¿Conoce el refrán: "No hagas nada, que todo se hará"? A veces creo que ése es el mejor consejo para una mujer en mi situación...

En esto enmudeció de pronto. En el diario que había estado leyendo el señor Nolan vió un nombre que le era muy familiar: el de Clara de Maldon. En una breve noticia aparecía la demanda de divorcio que aquélla había iniciado contra su esposo.

¿De manera que Clara había solicitado el divorcio? Eso quería decir, probablemente, que tenía intenciones de volverse a casar. Clara no abandonaría la pensión del esposo de quien se había separado, para luego pedir el divorcio, sin tener otro en vista. No era de esas mujeres que se entregan solamente por amor; había muchas cosas, Ana María lo sabía, que significaban mucho más para ella que un marido: lujo, alhajas, auto, amigos y mucho dinero para gastarlo a su antojo.

—Si ella se llegara a casar con Jorge, querría que él le diera todo lo que estaba acostumbrada a recibir de Juan—continuó pensando Ana María, el rostro contraído por el dolor que le producían sus propios pensamientos. Y después de algún tiempo de casados, con seguridad que trataría a Jorge del mismo modo como lo había tratado a Juan: como un sirviente al que se tiene cierta consideración.

Esa noche durmió poco. A cada momento le asaltaba un nuevo pensamiento sobre Jorge. ¿Trataría él de divorciarse? ¿Y si la madre quería persuadirlo diciéndole que ella había vuelto a la Compañía Mercantil Nesbit porque estaba enamorada del señor Nesbit? ¿Cómo podría demostrar ella que solamente lo había hecho porque él la había abandonado y porque su deber de madre la obligaba a trabajar para que nada le faltara a su hijito? ¡Si Jorge se fuera de Buenos Aires y no lo volviera a ver más!... ¡Si se fuera con Clara a esconder sus amores lejos de aquí!...

Pero tan pronto como el sol volvió a iluminar el día, todo su pesimismo desapareció. No, no era posible que esas cosas sucedieran. La vida no podía ser tan mezquina para con ella, que se había entregado por entero a Jorge. Tarde o temprano, él llegaría a reconocerlo, y entonces sí serían felices...

El ruido de platos y la voz de la señora de López ordenando todo para el desayuno, llenaban a Ana María de cierta tranquilidad y sosiego.

Todo iba a resultar bien. ¿Acaso Jorge no la había abandonado antes, para volver, luego, más tierno que nunca? Y Jorgito, ¿no estaba mejor después de la enfermedad que lo había tenido en cama? ¿Acaso no había obtenido un buen empleo que le había caído del cielo en el momento que más necesitaba de él?

—Alguien debe estar velando por mí; alguien a quien yo no puedo ver, pero que siento en mi alma—decíase Ana María.

Así que después de aquella noche horrible, no se preocupó mucho por no recibir noticias de Jorge, aun cuando las semanas pasaban y él no daba señales de vida.



Y así continuó Ana María, yendo cada día a su trabajo y regresando a la noche a la pensión. Ni un cambio en su vida, ni una palabra de Jorge. Un día de octubre se desencadenó una fuerte tormenta. Cuando Ana María salía del escritorio, se encontró con que en ese momento el señor Nesbit subía a su auto.

—¿Me permite que la lleve hasta su casa?—le preguntó.

—Le agradezco, señor Nesbit, pero tengo que hacer algunas compras antes de regresar.

El no esperó más. Puso el motor en marcha y se alejó. Cuando ella pudo llegar hasta el tranvía, estaba empapada y pensaba si no hubiera sido mejor aceptar la invitación. Confiaba en que él no pensaría que ella se había mostrado un poco brusca al rehusar su invitación. ¡Era tan difícil poder saber lo que debiera haber hecho! Su situación era complicada, por cierto; ¡casada con un hombre y trabajando en el escritorio de otro que también estaba enamorado de ella!

—¿Por qué no solicitas el divorcio?—le preguntó un día la señora de López. Al fin y al cabo, en esta situación no eres ni casada ni viuda. La señora de O'Farrell para tus compañeros aquí, y la señorita Roland para tus compañeros de oficina, y ni eres ni una ni otra cosa.

Hasta ese día de octubre su situación en la oficina no había afectado en nada a Ana María. Había vuelto a ocupar su lugar con la misma naturalidad con que volvió a la casa de la señora de López. ¡Le había parecido tan sencillo retornar a ambos lugares! Y la gentil acogida que recibió de todos, había llegado a su espíritu como un bálsamo a sus penas.

Un día caluroso de noviembre, Ana María se hallaba frente a la ventana abierta mirando hacia afuera, cuando sintió que la puerta de su escritorio se abría. Dióse vuelta para mirar y se quedó en suspenso.

—Con su permiso, señorita Roland, desearía hablar unas palabras con usted.

De inmediato ella se dió cuenta que Nesbit venía a proponerle algo, pues sus facciones habían abandonado el aire que desde hacía siete meses ella había observado cada vez que él le dirigía la palabra por cuestiones de su trabajo. Era un Nesbit totalmente diferente el que pedía permiso para entrar.

El se acercó a ella y le tomó la mano que tenía posada sobre la ventana, y que Ana María retiró inmediatamente.

—Ana María, hace ya cerca de tres años una tarde yo le hablé de algo, ¿recuerda?

Ella recordaba; él le había pedido que fuera su esposa y ella había rehusado.

—Sí, señor Nesbit, recuerdo—contestóle ella, sintiendo que sus mejillas se cubrían de rubor y deseando, como había deseado aquella tarde cuando él le habló, que no pensara en ella, sino como simplemente de una empleada. Ella pensó que aquel episodio había sido olvidado por Nesbit, pues jamás, ni una vez durante los siete meses que trabajaba nuevamente allí, le había hecho la más leve insinuación sobre el pasado, hasta el punto de que ella había dudado si verdaderamente había estado enamorado de ella.

—¿Recuerda lo que le dije aquella tarde, hace tres años?—le preguntó.

Ana María se había dejado caer en una silla junto a su escritorio, y él estaba inclinado sobre ella, tratando de leer en sus ojos la respuesta.

Ana María movió negativamente la cabeza. Todo lo que podía recordar de la conversación de aquel día, era que él le había pedido que fuera su esposa y que ella lo había rechazado. En medio de su confusión, pensó que si fuera Jorge quien le hiciera esa pregunta, hubiese podido repetirla palabra por palabra.

—No, no me acuerdo, señor Nesbit. ¡Hace tanto tiempo ya!—Extendió sus manos en ademán de súplica, como para evitar que Nesbit continuara hablándole.

—Yo le haré recordar. Aquella tarde yo le dije que la querría siempre—continuó él,—y se lo vuelvo a repetir ahora. He sufrido mucho desde que usted se fué, y tan pronto supe por la señorita Olson que usted se había separado de su esposo, decidí hablarle nuevamente.—Hablaba con calma y profundamente conmovido, recordando lo que Ana María había significado para él y lo que había sufrido durante su ausencia.—Si usted no hubiera venido aquí a trabajar, la hubiese buscado y dicho todo esto. Cuando usted sea libre, Ana María, voy a pedirle una vez más que sea mi esposa.

Guardó silencio, como esperando que ella le contestara. Pero Ana María se limitó a mirarlo con sus grandes ojos azules, que parecían mucho más grandes debido a la intensa palidez de su rostro.

(Continúa en la página siguiente)

—¿Cuándo quieres que salgamos para Córdoba, Jorge?
—¡Ah! ¿Tú me acompañarás, querida?
—¡Al fin del mundo, si fuera necesario! Si quieres, mañana mismo saldremos en el tren de la noche.

—Desearía agregar — continuó él — que me sentiré muy feliz al adoptar a su hijito como si fuese mío y ayudarla a darle una buena educación. Ana María, puede estar segura que seré un padre para él.

—No debí haber permitido que esto llegara a suceder — decíase Ana María. — Hubiera debido saber que tarde o temprano tendría que pasar. Hubiese debido irme de aquí hace mucho tiempo.

Nunca debió haber regresado al escritorio de Nesbit. Lo comprendía ahora. Tendría que retirarse lo antes posible. No podría encontrarse frente a frente con Roberto Nesbit después de esa tarde. Esa era la verdad. Era doloroso aun en ese instante en que él pacientemente esperaba su respuesta.

Se levantó para hacerlo y sus miradas se encontraron.

—Si yo hubiera sabido que usted todavía pensaba en mí de ese modo, jamás hubiese vuelto a su escritorio. Todo me pareció tan natural en el primer momento, la señorita Olson que se retiraba de aquí, usted que necesitaba una nueva secretaria y yo que tanto precisaba el empleo... ¿Creyó usted que iba a divorciarme?

Se interrumpió bruscamente al oír que sonaba la campanilla del teléfono.

—Un segundo, por favor, señor Nesbit — díjole acercándose el tubo al oído. — Habla con la secretaria del señor Nesbit.

—Ana María, ¿eres tú? — Era la voz de la madre de Jorge. Al oírla, Ana María no pudo menos que ponerse algo nerviosa. ¡Hacía tanto tiempo que no sabía nada de ella!

—Sí, señora de O'Farrell. — En su nerviosidad había olvidado que la madre de Jorge no era ya la señora de O'Farrell, sino la señora de Ortega.

—Mi esposo y yo desearíamos saber si tú puedes venir por aquí después que salgas del escritorio. Deseamos hablarte sobre Jorge. Está aquí con nosotros. ¿Sabías que ha estado muy enfermo?

—No. Yo no he sabido nada — contestóle Ana María, dejándose caer sobre la silla. — ¿Qué es lo que tiene?

—Pulmonía.

¡Pulmonía! ¡Y no le habían dicho nada!

—Ya está mucho mejor — continuó la voz de su suegra, y Ana María ponía toda su atención a fin de no perder una sola sílaba. — Mucho mejor. El doctor y yo no hubiéramos querido molestarte, pero resulta que durante los últimos dos o tres días han aparecido algunas dificultades que nosotros solos no podemos solucionar sin tu ayuda.

¿Qué es lo que quería decirle su suegra? ¿Por qué no le había dicho claramente lo que pasaba en vez de hablar sobre algunas dificultades? Ana María no suponía lo que pudiera ser.

—Iré en seguida — respondióle, colgando el receptor.

Después lo miró a Nesbit.

—Mi esposo ha estado muy enfermo, gravemente enfermo, con pulmonía — le dijo con una voz que más bien parecía un lamento. — ¡Y no me avisaron nada! ¡Recién ahora me llaman por teléfono para decírmelo!...

Comenzó a guardar los papeles y los lápices dentro de un cajón y cerró su máquina de escribir, mientras Nesbit la miraba hacer, las manos en los bolsillos y la boca semiabierta, como si deseara decirle algo.

—Voy a verlo en seguida. No tiene inconveniente, ¿verdad? — le preguntó, cerrando su cajón y dándole la llave.

—Ninguno. La acompañaré hasta abajo y esperaré hasta que consiga un taxi — dijo él suavemente, como comprendiendo los sentimientos de Ana María en aquel momento. Le tuvo la puerta abierta mientras ella pasaba, y ambos salieron.

Los demás empleados los miraban con curiosidad al verlos pasar juntos por la oficina general.



Charlas Femeninas

Por MESEC TUBAT

NO TE APLAUDIRAN

No hagas nada por atraer la atención. Nadie cae en cuenta de nada. Sólo se estima y valora la propia labor y el propio mérito.

No hagas alarde de comedimiento y de sacrificio con vanidosa ostentación, de todas maneras nadie te aplaudirá; nadie te elogiará.

Todo lo que hagas hazlo por ti y no por los otros. Mide tus actos por tu propia opinión. ¿La conciencia te lo aprueba?... No te inquietes, el acto es bueno. Si tu conciencia se inquieta y te lo reprueba, puedes estar segura: el acto es malo.

No te empeñes en querer ser la más inteligente, la más valiente, la más diligente y la más capaz. Si aunque lo seas a "ojos vistas", de todas maneras tus espectadores no lo declararán. No te fatigues, pues, inútilmente; no hagas alarde; no hagas nada que no sea tu deber; tu deber de acuerdo con tu inteligencia y nunca en halago de tu vanidad y en tu afán de ser la primera y atraer la atención y recoger admiración y aplausos.

TOLERANCIA

"Toleraos unos a otros y olvidad las ofensas que podríais tener unos contra otros."

Nada es más difícil que saberse soportar a sí mismo. Saber soportar al prójimo es cuestión de cultura o tolerancia, pero es cuestión también que posee un límite, pues al prójimo lo rehuímos, lo rechazamos, cuando no podemos tolerarlo, le suprimimos de nuestra amistad, y descansamos. La carga pesada y difícil es soportarnos a nosotros mismos.

A nuestra personalidad no podemos cerrarle las puertas, ni podemos rehuir nuestra impertinencia.

Miremos lo desagradable de los amigos a quienes debemos tolerar y no nos hagamos tolerar de ellos, corrijamos nuestra impertinencia, seamos tolerantes y, sobre todo, perdonemos, porque el perdón sin dobladas intenciones es necesario para las pequeñas y grandes faltas de la vida; el perdón bien acordado, amplio y completo trae para el alma una gran paz.

Cuando no se sabe tolerar y perdonar, se lleva sobre el corazón algo que lo oprime, algo que atosiga el alma y que nos pone en malas condiciones para vivir, pues no es nunca excusado ni perdonado quien antes no supo hacerlo.

EL AMOR NO TIENE JERARQUIAS

El amor es él único sentimiento para el cual no existen ni los rangos, ni las jerarquías, ni las clases sociales.

Todos los otros sentimientos gozan de privilegios; la vanidad es sólo de los tontos; el orgullo, de los torpes; la bondad, de los privilegiados; la generosidad, de los refinados; el odio, de los incultos; la maldad, de los locos; el egoísmo, de los despreciables, etcétera, etcétera... Pero el amor, el amor es el más generoso de todos; él alienta todas las vidas, lo mismo se alberga en el pecho del blanco que del negro, del bueno que del malo, del pobre que del rico, y se da por igual y con su misma alegría a unos y a otros. ¿Qué le importa al amor el rango social, si él lo mismo vive en palacios que en chozas, bajo techo que a la intemperie?...

¿Qué le importa la cara y la apariencia, si para él le da lo mismo la fea que la linda? Bien lo pintaron sin ropas y descalzo, niño siempre y siempre riente, si es en verdad inconsciente y generoso, y como la infancia no sabe de elecciones, ni de privilegios, ni tampoco de jerarquías.

RICOS Y POBRES

Pensándolo bien, el dinero es la ofensa más grande que cabe en la sociedad. Es el que más humillaciones causa, el que más deprime. Debería haber una cierta igualdad que disminuyera ese constante dolor.

Véase en los amigos y parientes, cuando uno es rico y otro pobre, cómo, sin quererlo, el dinero deprime y humilla; establece superior e inferior. Lo mismo ocurre en la sociedad. Tal vez todos deberíamos empeñarnos en ser pobres y no ricos, porque la pobreza engendra, sin duda ninguna, sufrimientos, pero engendra también luchas; de la pobreza nace el ingenio. ¿Qué sinnúmero de hombres pobres dieron adelanto a las ciencias y qué reducido número de ricos fueron útiles a las industrias y al invento!

El dinero amodorra la inteligencia a fuerza de dar comodidad y despreocupación.

La pobreza mantiene el dinamismo y despierta la iniciativa. El rico tiene séquito de aduladores y la adulación es perniciosa, porque atrofia. El pobre va solo, con su problema angustioso clavado en la frente, discierne, calcula, procede y en general triunfa.

LOS SIGNOS DEL CIELO

Siempre que veo rodar por el espacio una exhalación, pienso en que es un alma, un alma privilegiada, luminosa, que tal vez busca en el espacio otra alma; el alma que amó en la tierra para seguir amándola.

Los signos del cielo se me ocurren signos del amor; las estrellas, el refugio de los espíritus, el mundo de los espíritus, los muertos que aún nos siguen alumbrando.

Nuestros amigos que se fueron, los que no supimos quizá estimar en la vida y admiramos en el cielo, tras el espacio hecho luz.

Los signos del firmamento tienen la virtud de paralizarnos el pensamiento: "Se debe pedir algo imposible cuando veas a una estrella caer", dice el vulgo. Y es seguro que cuando la vemos caer, no pedimos nada, no pensamos nada, no formulamos pensamiento alguno; es que nos quedamos admirados y extasiados; es que interrogamos, ¿será, en efecto, un alma?, ¿el alma que busca en el espacio otra alma, la amada, para seguir amándola?

Ana María apenas si los vió. En ese momento para ella no existía más que Jorge. Sus pensamientos estaban en la vieja casa del doctor Ortega, donde Jorge yacía enfermo.

—Si lo hubiera pensado antes, yo mismo hubiera podido llevarla en el auto — díjole en el momento de abrir la portezuela del taxi para que Ana María subiera.

—¡No sabe el dolor que todo esto me causa, señor Nesbit! Ya una vez le dije que usted es el hombre más bueno y gentil que he conocido. Solamente que...

—Comprendo, Ana María — murmuró él, estrechándole la mano. A través del vidrio del auto, Ana María lo vió sonreír con amargura y quedarse allí, en el lugar donde le había dejado, hasta que el vehículo se perdió en medio del tráfico.

Jorge estaba en cama, en una habitación de la casa del doctor Ortega. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos, aunque un poco hundidos, con el brillo de siempre. Su mirada iba de Ana María, que estaba sentada a la orilla de la cama, a su madre, que se encontraba de pie junto a ella.

La señora de Ortega era la que tenía la palabra. Durante veinte minutos había estado contándole a Ana María cómo había cuidado a Jorge las tres últimas semanas, y ahora le estaba explicando por qué la había llamado.

—El doctor obtuvo una radiografía de los pulmones de Jorge hace más o menos unas seis semanas, un poco antes de que él se enfermara de pulmonía — díjole solemnemente, como tratando de impresionar a Ana María con sus palabras. — Ya entonces el doctor no estaba muy satisfecho de su salud, pero ahora que ha estado tan enfermo, está sumamente preocupado por ella. Tiene miedo de lo que podría sobrevenirle si se quedara aquí. Podría quedar completamente aniquilado por una gran debilidad, o quizá algo peor...

Ana María estaba aterrorizada.

—El doctor dice que tendrá que abandonar este clima a la brevedad posible — continuó la madre del enfermo. — Piensa que debería irse inmediatamente a Córdoba. Un invierno allá lo repondrá pronto, mientras que corre un gran riesgo quedándose aquí. Solamente que, como tú comprenderás, Ana María, no sabemos cómo podríamos hacer para mandarlo allá. Jorge no tiene fuerzas para trabajar y nosotros no estamos en condiciones de pagar los gastos, además de una enfermera que lo cuide..., y tendrá que tener una, al menos por un tiempo. Nosotros pensamos en que quizá tú podrías ocuparte de algo allá, algo que pudiera darte algún dinero...

Miró a Ana María como queriéndola interrogar con la mirada, y después continuó:

—Yo iría con él, pero no sé cómo podría dejar al doctor durante tantos meses. Lola dijo que ella estaría dispuesta a ir, pero tú sabes que no tiene dinero... El doctor y yo podemos aportar para los pasajes de dos personas; eso es lo único que podemos hacer por el momento.

Ana María escuchaba con aparente calma, pero sentía subir desde el fondo del corazón una ola de odio, de cólera contra esta madre egoísta que se acordaba de ella para convertirla en enfermera de su hijo, del hombre que la había abandonado sin ninguna clemencia, sin tener en cuenta que ella se encontraba sola y con un niño en los brazos. Por eso no pudo seguir callando, y la Ana María que todos conocían se transformó a sus ojos cuando rugió más que habló:

—¡Egoísta, mala madre! ¿Así es cómo quiere usted a su hijo? ¿Así es cómo lo socorre al verlo tirado en una cama? ¡Farsante, mujer sin corazón!

(Continúa en la página 35)

Diez delicados y novedo



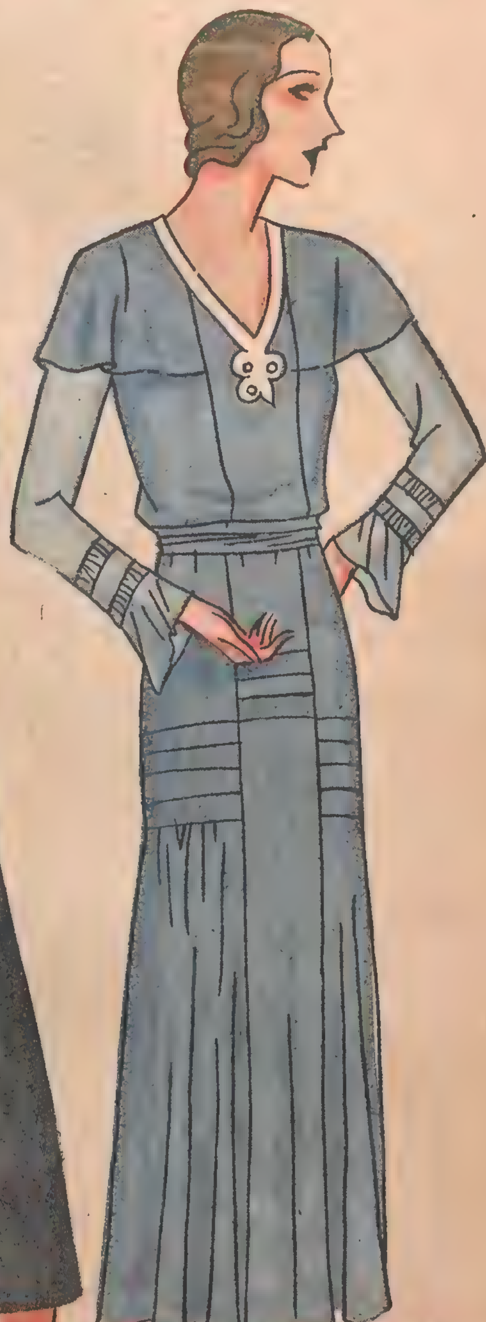
1. — Modelo sastre, adornado de recortes pespunteados. Se completa con una blusa en crêpe blanco, una cartera de cuero azul marino, guantes blancos ribeteados de azul y cinturón de fantasía azul y blanco











2. — Vestido en crêpe de China, cuyos recortes del corpiño se repiten en la pollera. En ésta forman godets.



3. — Elegante modelo en georgette impreso. La amplitud de la falda es retomada por calados cordonados a la aguja que adornan la parte baja del corpiño y recortan el dorso.



4. — Vestido en drapella, cuyo corpiño es recortado en canesú derecho, y cuya falda forma un pliegue cruzado en el medio delantero.



5. — Modelo de tarde, en georgette azul, adornado de bouillobes que subrayan el montaje del volante de la pollera. El corpiño tiene un cuello Berta que lo hace muy gracioso.



sos modelos femeninos

10. — *Elegante y novedoso modelo en crêpe moteado rojo y azul. La blusa con pequeños faldones está adornada de georgette blanco con pliegues. El cinturón y la cartera son en cuero rojo. La écharpe es en crêpe de China beige y rojo.*



6. — *Vestido en velo de lana moteado, adornado por un corte en el descote y en las caderas por panneaux sacados de la pollera.*



7. — *En crèpe romain es este modelo, cuyos recortes a la altura de las caderas y el volado que alarga la falda son otras tantas notas de elegancia.*



8. — *Vestido de tarde, en crêpe de China impresa en negro y amarillo. Gran vuelo en la pollera, cuya amplitud se agrupa sobre el costado izquierdo.*



9. — *Modelo sastre, en jersey de lana. La parte baja del saco remata en presillas incrustadas bajo el cinturón negro.*



CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING


Ronald Colman

★ Si me dijera usted que se enferma pensando en un solo actor podría creerle, pero eso de ilusionarse con dos al mismo tiempo me parece que no es cierto. Decídase en seguida: o por **BARRY NORTON** o por **RONALD COLMAN.** Y le aconsejo que lo haga pronto para poder formar número entre las siete mil aspirantes a esposas del inglesito o las cincuenta y ocho mil del argentino. Que como ve, no es usted sola la que padece de tal enfermedad...

a **Rubia Linda.**


Clark Gable

★ La foto de **CLIVE BROOK** irá más adelante. Antes de Susan Lenox, **CLARK GABLE** hizo **El mundo que baila,** con **JOAN CRAWFORD,** y **Besos al pasar,** con **NORMA SHEARER.** Créame que me ha agradado su carta a pesar de sus opiniones. Hay en ella buen sentido, buena letra, buena caligrafía, buen papel y buena dosis de entusiasmo por **GRETA.** Lamento no poder aquí contestarle con la amplitud a que se hace usted merecedora, pero voy, sin embargo, a hacerle una invitación especial. ¿Por qué no participa en el lío **GRETA-MARLENE?** Así tendrá oportunidad de ver su opinión reflejada en esta página. Por supuesto, espero, que la aceptará, a no ser que tenga... miedo.

a **Tatiana.**


C. Montenegro

★ ¿Qué hemos de hacerle? Eso de la simpatía es sólo cuestión de gustos. Para mí y para la gran mayoría de los lectores, **JOSE MOJICA** es simpático, es atractivo. ¿Para usted no? ¡Paciencia! ¡En todo caso, será él quien lo lamente! Ese que acompañaba a **GRETA** en **Donde la vida empieza** era **ANTONIO MORENO.** Como actor, **GARY COOPER** es de regular para abajo. Como galán, va más abajo todavía. De **CONCHITA MONTENEGRO** no le digo nada porque no es caballeresco hablar mal de las mujeres. (Creo haber dicho algo...) Y muchas gracias por sus elogios. Lo único que lamento es que el calor me tiene a mal traer y no sé si voy a tener humor para seguir contestando. ¡Como no lo haga dentro de una heladera, sospecho que mis ciento y pico de peso este verano me van a hacer ver las estrellas!... Pero no las cinematográficas, por desgracia.

a **Borgina.**

★ ¡Hijo mío! A mí también me parece que estás embilliedoverizándote demasiado, y sospecho que luego te va a costar mucho desembilliedoverizarte! De todos modos pronto verás a **BILLIE DOVE** en el lugar de honor de esta página. **Adoración** y **Novias y esposas** son buenas. **Sólo hacía falta el amor** fué muy floja. Sospecho que aparte del amor en esa película hacían falta muchas cosas más para que fuera buena...

a **King (hijo).**

★ **MILTON SILLS había nacido en Chicago (EE. UU.), el 10 de enero de 1882.** Luego de finalizar sus estudios en la Universidad de Chicago, su padre decidió hacerlo ministro protestante, pero la falta de vocación le impidió comenzar tal carrera. Amante de las artes **MILTON** efectuó un viaje por Europa, Asia y Africa. Fué en este período que germinó en él la idea de ser actor. De 1907 a 1909 actuó en varios teatros, hasta que debutó en el cine. **El halcón de los mares, Su cautiva y El valle de los gigantes** fueron sus mejores producciones. Su última fué **El lobo de mar. MURIO EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1930.**

a **L. Aragno.**

JOAN CRAWFORD

Lugar de nacimiento: San Antonio (EE. UU.).

Fecha: 23 de marzo de 1908.

Nombre verdadero: Billie Cassin.

Estatura: 1.60 metros.

Ojos: azules. Cabello: castaño.

Casada con Douglas Fairbanks (hijo).

Es, en la actualidad, la actriz joven de mayor talento, de mejor porvenir y de más sensible fibra con que cuenta la cinematografía parlante, que a fin de cuentas es también la pantalla joven. Supo imponerse en la interpretación de papeles frívolos, ligeros, para ahora revelársenos como una actriz dramática magnífica, poseedora de una emotividad y un conocimiento del arte trágico verdaderamente sorprendentes. Su juventud, que es su mejor arma, la llevará muy lejos en el séptimo arte, donde al verla, más de una vez nos ha hecho recordar a aquella exquisita artista del drama que se llamó Pauline Frederick.

★ La primera versión cinematográfica de **Madame X** fué hecha por **PAULINE FREDERICK** en el papel de Jacqueline Floriot. Raymond, su esposo, era **CASSON FERGUSON,** Luis, su hijo, que luego se convierte en su defensor, era **WILLIAM COURTLEIGH,** y Rosa Dubois era **MAUDE LEWIS.** Las parlantes en español que más me agradan son las que hace **ERNESTO VILCHES. Wu-Li-Chang, Cascarrabias** y **El comediante,** puedo asegurarles que son muy buenas.

a **Bichito de luz.**

★ Le prometo formalmente publicar la foto de **JOSE BOHR** para que se le pase el enojo. Ya he dicho que no hago distinción entre provincianas y porteñas, y si la hiciera, sospecho que me inclinaría por las primeras. ¡Porque hay tantas garbistas entre las últimas!

a **Su amiguita.**

★ Le advierto que me pone en un compromiso al solicitar mi opinión sobre **Luces de Buenos Aires,** porque, en fin..., usted comprende, ¿no? Es algo casi nuestro, ¡y qué caramba, no hay que desinflarlo de golpe! Ahora que, si no fuera por eso yo le diría que como película es sumamente mediocre; que **GARDEL** como cantor es muy bueno, pero como actor cinematográfico demostró poco o nada; que igual cosa sucede con la **BOZAN;** que la que mejor trabaja es la **GUZMAN;** que **QUARTUCCI** está bastante bien; que falta trabazón, ilación en las escenas, en su mayor parte cortísimas y carentes de atractivo. Claro está que todo esto yo se lo diría si no fuera porque queda mal hablar de algo que ha sido filmado por actores porteños. Y por eso prefiero callar...

a **Carlitos.**

★ Lamento no poder satisfacerlo. Hay razones de por medio que tal vez usted no comprendería, y que son las que me impiden acceder a su pedido.

a **B. Gandioni.**

Juan Torena

★ ¡No se enoje por aquello del vimito! ¡Si hasta estoy por creer que usted también se hallaba "un poco" influenciada por él cuando me escribió la carta! No dudo que las mendocinas me profesen simpatía, pero de ahí a llamarme "bombón" a mí... Porque le aseguro que en ese caso, si me llegara a derretir, podrían hacer chocolate para un regimiento entero. ¡Y hasta sobraría algo para que también usted pudiera probarme! Bueno, ahora un poquito de seriedad, ¿eh? La foto de **JUAN TORENA** irá pronto. A **BARRY NORTON** escríbale a **Paramount Studios, 5451 Marathon Street, Hollywood, California,** pidiéndole la foto con el autógrafo. **MOJICA** me parece bastante bueno. Ahora acaba de filmar dos películas más en castellano. Hasta pronto.

a **Cachito de esperanza.**

Jeannette Loff

★ Encantado de poder demostrarle su error y corregirlo. En 1929, **GRETA** filmó cuatro películas. En cambio, en 1930 hizo tan sólo dos: **Romance** y **Ann Christie. Huérfanos de la tempestad** fué estrenada en 1922, y en ella actuaron **LILLIAN Y DOROTHY GISH** con **MONTE BLUE** y dirigida por D. W. Griffith. En **El rey de los reyes** ese papel lo hacía **RUDOLPH SCHILDKRAUT** (padre), ya fallecido. **JEANNETTE LOFF nació en Idabo (EE. UU.), el 9 de octubre de 1906.**

a **Kika.**

Imperio Argentina

★ **JOAN CRAWFORD, WILLIAM HAINES, NORMA SHEARER, GRETA GARBO** y **RAQUEL TORRES: Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California. IMPERIO ARGENTINA, BARRY NORTON** y **MARIA ALBA: Paramount Studios, 5451 Marathon Street, Hollywood, California. JOSE MOJICA** y **MONA MARIS: Fox Studios 1401 North Western Avenue, Hollywood, California. LUPITA TOVAR: Universal Studios, Universal City, California.** In-

(Continúa en la pág. 61)

¿GRETA GARBO o MARLENE DIETRICH?

(De nuestra encuesta que hemos iniciado en el número anterior)

La señorita Mercedes González, domiciliada en Esmeralda 517, 3º, Capital, contesta así:

La encuesta de MUNDO ARGENTINO *es tan interesante, que violentando mi naturaleza, tomo la pluma y la contesto para dar mi voto y mi opinión.*

En el duelo Greta-Marlene los defensores de la una y la otra se dejan llevar, por lo general, por algo que a mí se me antoja lo más exterior y sin importancia del asunto, o sea el poder "vampiresco" — permítame la expresión — de cada una de ellas.

Y bien, para mí, la cuestión no es esa. Marlene Dietrich y Greta Garbo son dos grandes artistas de la moderna cinematografía, pero indiscutiblemente la primera es superior a la segunda por las razones que paso a exponer.

1º Marlene es más apasionada que Greta y sabe traducirlo, artísticamente, en forma mucho infinitamente más convincente. Marlene, en trance de amar a un hombre, se parece más a todas las demás mujeres que Greta. Greta afina su sensibilidad de tal forma, que, a la postre, la vuelve de hielo.

2º El enigma en el carácter de una mujer es algo muy hermoso y muy delicado, siempre que, por momentos, deje entrever su condición humana. Greta Garbo, la enigmática, no deja entrever a través de su indescifrable personalidad otra cosa que los rasgos de una naturaleza torturada o enfermiza. Marlene, por lo contrario, actúa bajo el total imperio de la vida y exprime en el tiempo que es todo suyo la fruta maravillosa de sus sentimientos de mujer, sin darle a la parte enigmática de sus resoluciones otra importancia que la que tiene todo impulso femenino.

3º Marlene, como mujer, o sea como belleza, es muy superior a Greta. Acaso Greta aparezca como un tipo más exótico; pero eso, desde el punto de vista fotogénico — el arte cinematográfico es fotogénico — no tiene mayor importancia.

Esas tres son las más poderosas razones que me obligan a dar mi voto por Marlene, aunque sin dejar de reconocer que Greta es también una gran artista.

MERCEDES GONZALEZ.

RENOVACION DEL CUTIS POR ABSORCION

(Del "Woman's Magazine")

Si su cutis está desfigurado por manchas, palidez, barrillos, pecas, etc., de nada sirve que use Vd. polvos, pinturas, cremas u otros ingredientes. Tales imperfecciones no desaparecerán y con el uso de materias nocivas sólo conseguirá desfigurarse un poco más. Lo mejor es quitar el cutis mismo con todos sus defectos, y para ello basta comprar un poco de cera pura mercolizada que se extiende por el rostro todas las noches lo mismo que si fuera cold cream, quitándola por la mañana con un poco de agua caliente. La cera mercolizada absorbe el velo mortecino en pequeñas partículas, de manera que nadie puede notar que está Vd. arreglándose la cara, a no ser por el resultado que es realmente maravilloso. No hay nada que se le parezca para conseguir un cutis lozano y hermoso.

LAS AFECCIONES ESTOMACALES

Si tiene Vd. la lengua cargada, o mal aliento, si sufre de eructaciones, pesadeces, ardores, dilataciones, náuseas u otros disturbios digestivos, es muy probable que la causa de todo su malestar sea debido a un exceso de acidez del jugo gástrico. Esta acidez da origen a la fermentación de los alimentos y otros disturbios digestivos. Para evitarlos nada puede compararse al efecto de la Magnesia Bisurada. Este antiácido poderoso que goza de fama universal, neutraliza las acideces, combate rápidamente los males digestivos y proporciona un alivio maravilloso en los casos de gastritis, dispepsia y otras afecciones del estómago. La Magnesia Bisurada, que es inofensiva y fácil de tomar, se vende al precio de $ 2 m|n en todas las farmacias. Los Médicos recomiendan la Magnesia Bisurada.

LA QUE TODO LO DIO

(Continuación de la página 30)

La madre de Jorge se llevó las manos a la cabeza, escandalizada ante la violencia de su nuera.

—¿Qué dices, Ana María? ¿Estás loca?

—¡No! ¡No estoy loca! Lo que pasa es que me he cansado de todos ustedes. ¡La esclava se rebela de una vez por todas! Yo me gano la vida y la de mi hijo. No precisamos nada de ustedes. Cuide usted a su hijo, porque yo no lo reconozco para nada.

Y Ana María se disponía a abandonar la alcoba donde se desarrollaba la dramática escena, cuando una débil voz partió de un rincón del aposento.

—¡Ana María, ten piedad de mí!... Estoy más enfermo que nunca... No hagas caso de mi madre... ¡Ahora comprendo que tú solamente me has querido!

—¡Hijo!

—Sí, madre. Confiesa que tú nunca me has querido como lo ha demostrado Ana María. ¡Ella sí que ha sabido sacrificarse por este perdido que he sido siempre yo!

Ana María se volvió. Los ojos de Jorge estaban llenos de lágrimas y se mostraban más implorantes que nunca. Toda su rebeldía de la mujer cansada de sufrir se derritió ante aquellos ojos que decían: "¡Perdóname!" Y corrió hacia la cama para cubrírselos de besos.

La suegra sonrió irónicamente y dijo:

—Vamos, veo que se te pasó la locura, hijita...

Ana María, sin hacer caso de estas palabras, preguntó con firmeza:

—¿Cuándo quieres que salgamos para Córdoba, Jorge?

—¡Ah! ¿Tú me acompañarás, querida?

—¡Al fin del mundo si fuera necesario! Si quieres, mañana mismo saldremos en el tren de la noche.

—Haré lo que tú digas, Ana María. ¡Ah, si siempre hubiese procedido así!...

La madre se había retirado refunfuñando, y ellos, como en plena luna de miel, se cambiaron el alma en un beso.

Llegaron a Córdoba. Con el sueldo que el señor Nesbit le seguía pagando a Ana María como si trabajara en su casa, hacían frente a las necesidades de su permanencia en las sierras. Habían alquilado una modesta casita y ambos tenían la esperanza de que después de algunos meses vividos allí, Jorge recuperaría la salud y Ana María el definitivo amor de su esposo. El parecía ahora más arrepentido que nunca. Estaba cariñoso con ella, y a veces le decía:

—Verás cómo seré otro hombre en cuanto me cure de este mal que me aplasta... No te haré sufrir más como hasta ahora lo he hecho...

Un golpe de tos lo convulsionó dolorosamente y sus manos se crisparon sobre el pecho.

—Cállate, no hables, querido, que te hace mal. Tienes fiebre y esa odiosa tos que no te abandona...

—Se irá, pierde cuidado, se irá...

—Claro que se irá. ¿Para qué estoy aquí si no para hacer todo lo humanamente posible en favor de tu salud?

El le estrechó la mano con su ternura de enfermo y volvió a toser con violentos accesos. Después cayó en una especie de sopor y Ana María se retiró de la habitación en puntas de pie.

Hacía un mes apenas que se hallaban en Córdoba. Jorge, luego de haber

(Continúa en la página 38)

CON SUS PROPIAS ARMAS

Un cuento hogareño de Alejandro Magrassi

El hombre que se casa y vive con su madre, se ve en seguida envuelto en este conflicto: no sabrá cómo conducirse para no herir el amor de ninguna de las dos mujeres a quienes quiere y que se disputan su cariño. Los celos maternales chocan con los de la esposa, y el hombre sufrirá viendo la imposibilidad de realizar su sueño: vivir al lado de la mujer que le dió el ser y de la otra que le da el amor.

CUANDO María Celina se casó y fué a vivir con la madre de su marido, empezó entre ella y su suegra una lucha sorda.

Veinte años tenía Arnoldo y treinta y cinco su madre, viuda. Mimado como un niño había crecido el flamante marido en el viejo hogar. Tiranizado por el amor exclusivo de la que le había dado el ser, rodeado de cuidados y mimos, molesto a veces por todo aquello que le prohibía una acción más personal, sintiéndose sin personalidad en la casa y como un chico.

La guerra entre María Celina y la señora Claudia era una guerrilla de insignificancias que tendían a asegurarse el cariño de un mismo hombre. La esposa tenía de su parte su juventud y el amor, pues Arnoldo estaba enamorado de ella como el primer día; pero la madre, que conocía mejor los gustos de su hijo, la vencía con la experiencia.

En el hogar, Arnoldo se sentía llevado hacia su madre, por la costumbre, por la rutina, por su deseo de sentirse cómodo y no discutir, vencido por esa especie de cobardía que infiltra en un rutinario el gusto de "dejarse estar"...

Lo mareaba el interés de aquellas dos mujeres que rivalizaban en servirlo, sonreía a su mujer, hacía una caricia a su madre.

Cuando volvía del trabajo, la esposa le alcanzaba un par de zapatos viejos con los que le gustaba verlo; la madre, que conocía sus preferencias, le ponía cerca unas zapatillas cómodas, rotas, y que María Celina no podía ver, y él, naturalmente, prefería las zapatillas.

Si María Celina lo besaba, la madre, sin poder acostumbrarse a ese dominio sobre su hijo por parte de otra mujer, sonreía amargamente.

—¡Es mi mujer! — solía decir el hijo.

Pero luego, arrepentido, agregaba:

—Pero... tú eres mi madre.

—Y tú mi hijo. Carne de mi carne, sangre de mi sangre — agregaba la madre. — Alma de mi alma...

El hijo le daba un beso, dolorido de su silencio, sintiéndose cobarde para afrontar su delicada situación, y le decía sonriendo:

—Ya que no somos más que tres, debemos ser siempre amigos.

Sentándose en un sillón, decía a su madre y a su esposa

—Vos aquí, mamá, de este lado. Del otro lado, mi mujercita.

María Celina y la señora Claudia cocinaban juntas. La vieja era más práctica, y resultaba a veces que cuando aquélla quería darle una sorpresa:

—¡Salí de ahí! — decía el marido. — Con esa porquería...

—Pero... por qué..., ¿no te gusta?

—¡La coliflor! ¡Nunca!

Allí estaba la señora con su plato de coliflores "al gratin", manjar exquito, según había creído, y que a Arnoldo se le antojaba ahora una cosa repugnante.

Y entonces la señora Claudia destapaba una asadera con un rico pastel de papas.

—¡Esto sí que me gusta! — decía Arnoldo, entusiasmado.

María Celina, avergonzada y rabiosa, experimentaba entonces el deseo de comerse todas las coliflores a la vez para morir del atracón. No veía su marido las lágrimas que estaban por saltársele de los ojos, ni el desprecio con que comía el pastel de papas que había hecho a su esposo gritar tan jubilosamente.

Cierto era que esos malos momentos le eran pagados con creces cuando veía a Arnoldo a su lado más enamorado que nunca. Tenía, sin embargo, en esos instantes grandes remordimientos. Si retribuía sus atenciones y sus caricias con demasiado ardor, le parecía que hostilizaba a Arnoldo contra su madre. Cosas que se le ocurrían a María Celina y que su marido, que era un perfecto egoísta como todos los hombres, estaba muy lejos de pensar.

María Celina no salía por no disgustar a su suegra. Sentía a veces ganas de cantar como un pájaro; pero por no entristecer a su suegra, cuya viudez era muy reciente, no lo hacía. No vestía demasiado provocativamente por no desarmonizar con el luto de la señora Claudia.

No quería demostrarse muy contenta por todas esas mismas razones.

Vivía llena de aprensiones y miedos. ¿Cómo podía arreglarse la cuestión? Su suegra no podía irse a vivir sola, pues no tenía más hijo que Arnoldo.

La señora Claudia ganaba a su hijo con el recuerdo de las dulces horas pasadas a su lado. María Celina no tenía todavía un caudal que oponer a éste. Toda la infancia y la juventud de Arnoldo aparecían al conjuro de sus palabras, mientras que a las de María Celina surgían algunos momentos de su noviazgo, la emoción del día de sus bodas junto con otros pequeños gratos recuerdos. Pero, ¿qué eran esas cosas ante veinte años de vida en común, de travesuras de niño, de ocurrencias de varón?

Demasiado cerca de la infancia todavía, Arnoldo era incapaz de decidirse entre la madre y la esposa. Lo ataban al pasado miles de gratos recuerdos; era muy reciente su paso de la infancia a la juventud y él era muy niño y muy tonto todavía.

La esposa se quería imponer; pero ¿qué podía contra esos fantasmas de su niñez y de su juventud? Si él le hubiera contado su vida, día por día, minuto por minuto, no hubiese logrado colocarse al nivel de la señora Claudia. Pues la fuerza de ésta estaba en lo inesperado, en lo que guardaba su memoria de los veinte años de Arnoldo, y que un día surgía como una ocurrencia feliz, en lo que él había ya olvidado y recordaba de pronto con la alegría del que ve nacer de nuevo algo que ya creía muerto.





Cierto era que esos malos momentos le eran pagados con creces cuando veía a Arnoldo a su lado más enamorado que nunca. Tenía, sin embargo, en esos instantes grandes remordimientos. Si retribuía sus atenciones y sus caricias con demasiado ardor, le parecía que hostilizaba a Arnoldo contra su madre.

Muchas veces María Celina hubiera querido que la madre de su esposo fuese más vieja de lo que era. Entonces sus ideas anticuadas y sus rezongos le hubiesen dado a su marido, para ella, todo suyo. Sus recuerdos serían lejanos y vagos, sus referencias imprecisas, el modo de decirlas no le hubiera dado la vida de una sugestión, el hijo la hubiera mirado sonriendo, sorprendido de su candidez. Todas las mujeres casadas tenían una suegra así — pensaba María Celina, — una mujer que sonreía suavemente al ver que besaba su hijo a su nuera. ¿Por qué yo tendré una suegra joven, una madre que se ha refugiado en el cariño a su hijo, una viuda que ve a su marido en él? Cuando pensaba en esto, se ponía a llorar. Bien sabía que su suegra envidiaba los besos que su hijo le daba, que muchas veces tendría ganas de substraerlo a su cariño.

Otras hubiese querido irse lejos, mas comprendiendo que ya no podía ver las cosas con su romanticismo de soltera, se veía atada a aquella vida y aquel lugar. El empleo, la existencia rutinaria, las amistades, los parientes. La cocina y la labor, el arreglo de la casa, el lento deslizarse de los días monótonos, que no le traían ni demasiadas alegrías ni grandes sorpresas.

¡Cómo había soñado ella todo tan diferente! La vida de casada debía ser una perpetua fiesta de besos, una película de amor, en cien actos.

Pero, frente a su marido, se había encontrado con el fantasma de la señora Claudia, la mujer que según obraba no le había dado del todo a Arnoldo, puesto... que él era el doble de ella que suyo.

María Celina no veía una solución a este problema doméstico, y mientras tanto la Naturaleza, que es siempre sabia, iba a resolver ella sola lo que a María Celina se le antojaba imposible.

Cuando la señora Claudia vió a la esposa de su hijo cosiendo un baberito, sintió un poco de envidia.

La vió después preparar otras ropas: mantillas y pañales, ropas de cama, batas de dormir.

Sentía un deseo loco de preguntar, de averiguar hasta dónde eran ciertas sus sospechas, pero su orgullo se lo impedía. En su sentimiento irrazonable de rivalidad, se decía que María Celina debía confiarse a ella, no ocultarle lo que le pasaba ni lo que pensaba, sin reflexionar que ella no le había dado nunca confianza para tanto.

María Celina le ganaba ahora el cariño de su hijo con algunas frases misteriosas dichas al oído. Aunque su instinto de mujer no la engañaba, la señora Claudia hubiera querido saber qué decían los esposos, por qué se ruborizaba María Celina, por qué sonreía Arnoldo...

La señora Claudia vió a su hijo cambiar de manera de ser, convertirse en hombre de repente. Usaba un lenguaje más comedido, había algo grave en su voz, dejó de interesarse en las cosas que le entusiasmaban de joven. Sus amigos le rogaban inútilmente que saliera con ellos, economizaba todo que podía, se hizo casero y ahorrativo.

Por lo que contaba en la oficina, no hablaba más que con hombres casados, quizá con el deseo de que éstos lo instruyesen sobre ciertos detalles del matrimonio. Antes no había podido nunca soportar los chicos, y ahora miraba a cualquier niño con bondad; los muchachitos que le pedían limosna, a pesar de que estaba hecho un "amarrete", recibían de él buenas monedas.

Ya apenas miraba a su madre, y si ésta le contaba alguna ocurrencia de su infancia, se volvía sonriente a María Celina y juntos festejaban la broma.

La madre vió que el hijo se le iba. Todas las ternuras, todas las atenciones eran ahora para María Celina.

La señora Claudia, en la sombra de su anonimato, era ahora un fantasma inofensivo, invisible, que cruzaba la escena como una sombra. Pocas veces quería tomar parte en la conversación general, y apenas se hacía notar. Procuraba esconderse para no dar su opinión sobre ciertas cosas y se encerraba en un mutismo terco. El orgullo la dominaba, el rencor que sentía por María Celina se hacía odio.

Adivinaba la señora Claudia que Arnoldo veía ahora a su esposa con ojos nuevos. Hasta entonces había sido su esposa; ahora iba a ser la madre de sus hijos. Veía en ella algo nuevo y extraño, misterioso y terrible. La esposa se convertía en un ser poderoso, capaz de dar la vida a un ser, de eternizar su amor de una manera perdurable.

Siendo capaz de crear la vida, se le aparecía ahora en posesión de un poder sobrehumano. Algo misterioso y terrible estaba en posesión de aquella mujer y le parecía que cualquier cosa podía malograr su designio.

La rodeaba de cuidados, la llevaba al sillón como a una cosa inerte, la tocaba como si fuese de vidrio, le ocultaba todo lo que pudiera disgustarla o ser un motivo de preocupación.

La señora Claudia vió con asombro cómo comía ahora él la coliflor al "gratin" que María Celina se había hecho para ella. En poco tiempo habían cambiado no solamente sus modales, sino también sus gustos.

María Celina — según decía la madre de Arnoldo — le temía, y por eso le ocultaba las cosas. Sólo una vez su hijo le preguntó algo relacionado con el futuro vástago, aunque aceptando a regañadientes sus consejos, pues en un impulso de romanticismo había convenido con María Celina en que su hijo iba a ser un ente excepcional y le pareció que lo que servía a la generalidad no le venía bien a él.

La señora Claudia sorprendía palabras sueltas; discutían sobre el nombre que iban a ponerle: Pablo, Pedro, Felipe, Juan, José; ni una sola vez, ni por casualidad, Claudio.

Ella quería que se llamara Arnoldo, en homenaje al marido, y él sugería que fuera Mario. Se deseaba complacer a amigos y parientes, se barajaban nombres de conocidos, pero ni siquiera en una ocasión se acordaron de la señora Claudia. Se veía ésta olvidada, archivada como una cosa inútil, fuera de su centro.

Arnoldo vivía preocupado por la otra vida que estaba por nacer y no hacía mucho caso de otras cosas. La señora Claudia veía cómo hablaba muy a menudo a su esposa al oído y cómo los dos reían jubilosamente.

Una tarde oyó que ella decía:

— No... Empleado..., no.

Y la vieja supo que hasta discutían sobre su futura profesión. Ignoraban que la vida lo arrastraría hacia una que no era quizá de su gusto, contra su voluntad, que las adversidades de la vida moldearían su carácter, las amistades y el ambiente del hogar formarían su autoeducación hasta hacerlo empleado o profesor, médico o bandido.

Arnoldo y María Celina hacían proyectos sobre su educación, pensaban en "cuando fuera grande", citaban los niños de los matrimonios amigos que conocían. Todos los maestros les parecían malos para su hijo; no pensaban ni una vez en la vocación y el instinto de éste; para ellos, su "pibe" debía de ser un ente de naturaleza excepcional, hermoso, simpático, inteligente. Querían para él un porvenir de oro, no se contentaban con una pro-

fesión liberal, el muchacho debía ser juez, ministro, diputado, gobernador, y no decían presidente por las muchas preocupaciones que sabían que el cargo traía a sus favorecidos.

En esos días de aturdimiento hicieron cien planes para el porvenir, soñaron mil cosas extrañas y ridículas. Arnoldo quería encargarse de la educación de su hijo, y María Celina protestaba que la madre era la encargada de eso por ley natural. Él decía que ella lo haría un afeminado, y la esposa porfiaba que Arnoldo lo iba a hacer un mal educado. La señora Claudia oía estas conversaciones sin sonreírse, y procurando mostrarse indiferente, no se hacía ver y procuraba pasar inadvertida.

María Celina pensaba por la noche en cómo sería el hijo que iba a dar a luz; una angustia febril la dominaba. La probabilidad de que saliese un cachafaz o un bandido la preocupaba. Se decía con horror que no sabía lo que iba a dar al mundo, proponiéndose, sin embargo, educarlo lejos de los malos ejemplos y con la convicción de hacer de él un hombre de provecho.

Fué una noche de pesadilla, diabólica.

En la casa de Arnoldo algo extraño sucedía. Los muebles eran arrastrados de un lado para el otro, oíanse gritos y llamadas. Estaban todas las luces prendidas a altas horas de la noche y dentro de la casa oíase un movimiento inusitado.

Arnoldo tuvo que levantarse para ir en busca del médico. Se vistió a medias, rápidamente, y salió disparando. Parecía un loco.

La señora Claudia, que ante la inminencia del acontecimiento había depuesto todos sus odios, sin ser invitada se vió arrastrada a intervenir como uno de los personajes principales en el drama que se preparaba.

Poseída de un ansia febril, revolvió en los roperos, y teniendo que acudir junto a la enferma, no se ocupó de arreglarlos. María Celina pedía cosas, y al rato la pieza estaba en desorden, las ropas tiradas, los cuadros torcidos, los muebles dados vuelta y hasta las sillas amontonadas sin orden.

La esposa de Arnoldo se quejaba en voz baja. La señora Claudia la consolaba con las palabras vulgares de costumbre, solidarizada en esos momentos con su dolor de mujer.

La calma de la noche, la serenidad del cielo azul, contribuían a hacer más largos los minutos. La señora Claudia había olvidado todos sus rencores y procuraba hacer lo posible por María Celina.

Fueron minutos de incertidumbre y de espera, y... luego la puerta se abrió violentamente. Arnoldo, en cabeza, vestido sumariamente, despeinado y ojeroso, apareció con el médico.

Arnoldo se durmió a la madrugada, mientras el médico iba y venía junto a María Celina. La fatiga terminó por rendirle y el sueño por posesionarse de él, que poco o nada había podido dormir en las noches anteriores.

Cuando despertó, dió un grito. Vió encima de la cama al niño recién nacido, a su hijo, carne de su carne, sangre de su sangre, alma de su alma.

Besó al muchacho con ternura, hundiendo su rostro en aquella carne fresca, embargado de una honda y penetrante emoción. ¡Su hijo! ¡Su "pibe"!

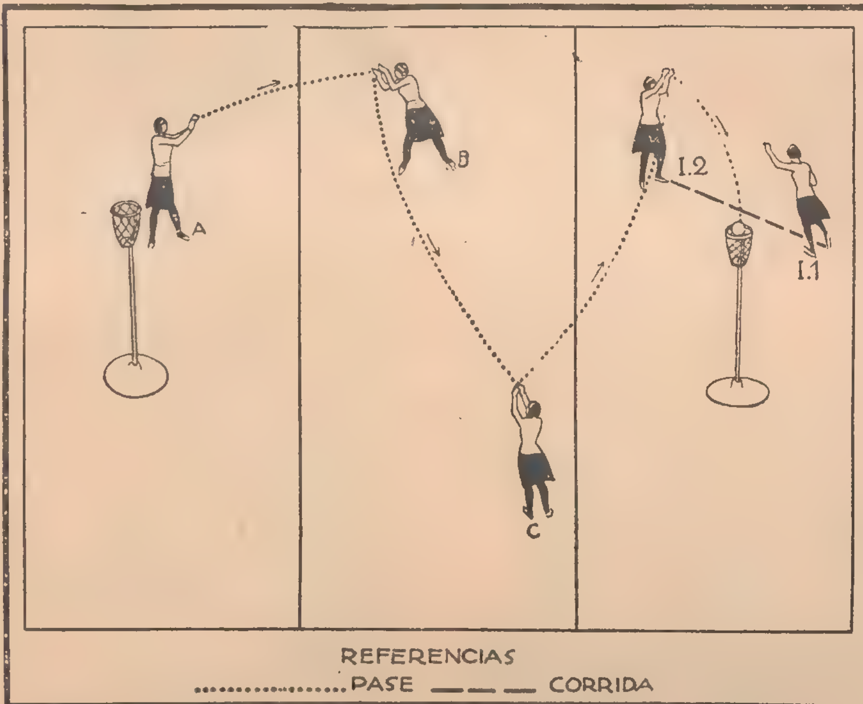
Luego, en su semiinconsciencia, alcanzó a ver a su esposa. Dormía plácidamente y la señora Claudia acariciaba su brazo con ternura. Vió que ella estaba identificada con su vida en aquel momento y que había en sus ojos un resplandor maternal.

El reciénnacido había vencido el orgullo y la pretensión de la señora Claudia. Con sus propias armas...

FIN

MI JUGADA FAVORITA

Por ANGELA IANNIRUBERTO



El juego de pelota al cesto, es un deporte netamente argentino, al cual podríamos denominar escolar, puesto que el mismo es practicado, salvo raras excepciones, por los alumnos de los institutos de enseñanza secundaria. La legión de sus cultores de ambos sexos es numerosa, y su práctica proporciona grandes y reales beneficios físicos, y hasta integra el programa de los cursos que están obligados a seguir los que aspiran al título de profesores de educación física.

La señorita Angela Ianniruberto es alumna aventajada del Instituto Nacional Superior de Educación Física, y actualmente cursa el cuarto año de extensión deportiva. Entre el elemento femenino que con entusiasmo practica el deporte, la señorita Ianniruberto se ha destacado con caracteres propios. Capitana de los equipos representativos del citado instituto, posee gran puntería y acierto excepcional, para rematar las jugadas y embocar con certeza la pelota en el cesto. Ha intervenido integrando diversos conjuntos en la disputa de cuanto trofeo se ha instituído para ser jugado en cotejos de este sport, que fué inventado por el doctor Enrique Romero Brest. Instada por nosotros a que relatara su jugada más favorita, lo hace en la forma siguiente.

"Es preciso decir antes que nada, y a fin de que el lector pueda comprender claramente cuál es la jugada que más me satisface realizar, que las reglas del juego no permiten a los jugadores pasar de un sector a otro de la cancha con la pelota en su poder, y si lo hacen sin ella estarán fuera de juego, de manera que en cada uno de los rectángulos en que se divide el terreno de juego — ver el plano, — debe el jugador desarrollar su acción, bajo la estricta vigilancia del rival, puesto que en cada sector sólo pueden apostarse cuatro jugadores, dos por cada bando.

"Después de este corto preámbulo, explicaré las acciones y alternativas que constituyen la jugada que más me place realizar: Cuando mi compañera A, que defiende nuestro cesto, entra en posesión de la pelota, trata de desprenderse rápidamente de ella cediéndosela a la compañera B, que deberá encontrarse sobre el costado derecho de la cancha. Esta sin pérdida de tiempo pasa la pelota a la jugadora C, quien estará en el otro extremo del rectángulo central, y simultáneamente yo corro de mi posición I, la posición I 2, y allí trato de apoderarme de la pelota que mi compañera C me ha enviado antes de que pueda hacerlo una rival. Dueña de la pelota, tiro rápidamente al cesto, y si logro hacer pasar la pelota por el aro del mismo, he conquistado el tanto y así realizar la jugada, que por la rapidez de su ejecución matemática es la que más me satisface, por lo que puedo decir que la misma constituye mi jugada favorita.



"Bien es verdad que para que la misma pueda ser llevada con éxito a la práctica, debe ser ejecutada con justeza, para lo cual es menester saber eludir con presteza a las jugadoras rivales, y que las compañeras logren éxito en sus acciones. Así y rematando con puntería el tanto es inevitable."

LA QUE TODO LO DIO

(Continuación de la página 35)

experimentado una ligera mejoría y hecho concebir esperanzas de curación, entró en un período de gravedad tan grande, que Ana María llamó al médico que lo atendía y le rogó que le dijera la verdad, toda la verdad, por terrible que fuera.

El médico carraspeó, luego la miró fijamente y dijo:

— Haga el favor, señora, de cerrar esa puerta.

Ana María, temblando de inquietud por lo que iba a oír, hizo lo que se le pedía y disimuladamente echó una mirada al interior de la alcoba donde estaba el enfermo. Este tenía los ojos cerrados y parecía dormir.

— Dígame, doctor: ¿es muy grave el estado de mi marido?

— Señora, lamento decírselo: muy grave. Su esposo ha llevado una existencia demasiado desordenada, y ahora, naturalmente, está pagando las consecuencias.

— Pero ¿usted cree que no hay esperanza de curación?

—¿A qué engañarla? Señora, sea fuerte: su marido no tiene salvación...

Ana María se llevó las manos a la boca para sofocar el grito que le subía por la garganta, y en ese preciso instante una detonación estremeció la casa. El médico corrió a la habitación contigua y se encontró con que Jorge se había muerto de un balazo en la sien. Sobre la mesa de luz había un papel con estas líneas: "Perdóname, Ana María. Tú no tienes la culpa de nada. Soy un inútil y hago bien en desaparecer."

Casi en el mismo momento que Jorge se llevaba el revólver a la sien, el señor Nesbit recibía una carta, que se apresuró a leer porque tenía esta observación en el sobre: "Muy urgente." La carta que tenía en sus manos decía textualmente así: "Señor Nesbit: Voy a suicidarme. Me doy cuenta de que mi enfermedad no tiene cura, y no es justo que esta abnegada mujer que me acompaña continúe sacrificándose inútilmente por mí. Usted sabe que Ana María es una mujer excepcional. Todo lo que yo pueda decir en su elogio usted lo sabe tan bien como yo. Pues bien: yo le ruego que no la abandone, y si es verdad que usted la sigue queriendo, cásese con ella, conviértala en su compañera y hágala todo lo feliz que yo no pude o no supe hacerlo. Ana María es más digna de la felicidad que muchas mujeres que lo son en este mundo incomprensible. Sé que mi muerte será un rudo golpe para ella, pues a pesar de mis ingratitudes, nunca ha dejado de quererme. Pero sé también que con mi muerte le dejo el camino libre que la conduce a sus brazos. Yo soy un pingajo humano, estoy deshecho, y quiero con esta acción lavar la mancha de infamia que tengo sobre el alma. La muerte solamente puede purificarme. Yo mismo me asombro de comprobar ahora que no soy tan malo como me creía. Es que nunca, señor Nesbit, terminamos de conocernos... Vuelvo a rogarle que no abandone a esta desdichada mujer. Ana María es digna de usted. — *Jorge O'Farrell.*"

Nesbit, que había leído con profunda emoción la carta del suicida, se quedó un momento abstraído, y luego, poniéndose de pie, pensó en voz alta:

— Ha hecho bien. Yo hubiera hecho lo mismo.

FIN DE LA NOVELA

EL HOMBRE QUE SE VOLVIO NEGRO

(Continuación de la página 19)

Aquella mujer era una aristócrata famosa, casada con un magnate de las finanzas que le llevaba treinta años. Estaba comprometida con otro, pero rompió con él. El hombre desapareció. Se decía que había muerto o que se había dado a la bebida. Lo indudable era que no se tuvieron más noticias de él.

—De cualquier manera — terminó mi informante, — está bien así. Es una hermosa mujer y que honra los círculos aristocráticos en que actúa.

—¿Cómo se llama? — pregunté.

Me dijo el nombre: ¡era el mismo que había pronunciado M'Sus en Zululandia en la noche que precedió a uno de sus ataques habituales!

Esto es todo lo que conozco a ciencia cierta del asunto; pero como era absurdamente joven por aquellos años, le busqué un final romántico. Trataba de hacer morir al aristócrata adinerado, rehabilitar y volver a su rango en el ejército a M'Sus, reconciliándolo con la dueña de su corazón. Nada de eso aconteció, empero, pero hacia la terminación de la guerra, recorriendo una lista de bajas, tropecé con el apellido compuesto de que tan buena nota tomara en una choza cafre. Figuraba como el de un voluntario australiano muerto en la Palestina. Supe más adelante que M'Sus había desaparecido poco después de mi visita, y que no se había vuelto a tener noticias de él.

FIN

LOS BRILLANTES PERDIDOS

(Continuación de la página 27)

a aquella habitación — replicó Morgan, — donde lo espera el sargento Harding para hacerle algunas preguntas.

Cuando Jorge hubo desaparecido, Morgan salió también tras él dejando a Dale y a Ruth solos. Cuando regresó, los encontró sentados en un banco, muy juntos uno del otro, contemplando el cielo estrellado. Morgan sonrió, y sentándose ordenó que Terán fuera traído a su presencia. Ante él volvió éste a repetir sus sospechas anteriores, pero sin ser capaz de exponer una prueba positiva que diera a entender la veracidad de tal teoría. Pocos minutos después Jorge volvió acompañado de Harding y, dirigiéndose a Morgan, dijo casi gritando:

—¡Escuchen esto! Fuí yo quien envió el cajón a Brandan, y la nota aquella. Cuando hoy me detuvieron ya me dirigía a su casa para matarlo, sin saber que el tal Daniel Roberts estaba ya muerto en su casa. Ustedes hasta ahora no me pueden culpar de nada, pero ya podrán hacerlo cuando me encuentre con Brandan.

—¡Jorge, por favor, no digas eso! —rogó Ruth.

—Y además — continuó el joven sin hacer caso de sus palabras — yo también era miembro de la banda de Brandan hasta que él me exoneró porque decía que no quería que yo fuera testigo del amor que trataba de hacerle a Ruth. Y les aseguro que la única forma de poder contener a ese hombre es matándolo. ¡Y lo haré!

Ruth comenzó a sollozar. Jorge se aproximó a ella y la palmeó cariñosamente. Ruth miró a Morgan y exclamó, vacilante:

—La culpa, en realidad, es mía... Al principio no pude comprender; creí que Brandan era un hombre decente y honrado.

No pudo continuar porque los sollozos apagaron su voz. Terán se aproximó al escritorio de Morgan.

—Lo que dice esta joven es cierto. Yo sé, por ejemplo, que Berón fué llevado a la casa de Brandan por el joven. Se encontraron en el banco donde Ruth trabaja. Ultimamente yo tenía la sospecha de que Berón se dedicaba al juego, en el que había perdido mucho dinero. En otras ocasiones Brandan venía a esperar a la joven cuando terminaba de trabajar. Fueron precisamente esos encuentros los que me hicieron suponer que Berón observaba una mala conducta. Pero su muerte me impidió probarlo.

Pocos minutos después Terán partió y Jorge fué llevado a una celda para evitar que cumpliera su amenaza. Dale y la joven quedaron otra vez solos. El detective se aproximó a ella.

—No se asuste. Todo terminará bien, Ruth.

Pronunció su nombre suavemente.

Estaban a punto de partir cuando Harding regresó trayendo una hoja de papel encontrada en los bolsillos de Jorge. Dale la leyó y luego la pasó a Ruth. Las palabras era pocas y estaban firmadas por Oliverio Berón. Decía: "Querido Jorge: hoy parto y no regresaré probablemente. Antes de irme quiero prevenirte sobre Brandan. No lo pierdas de vista. Anoche estuve con él y me dijo que Ruth será suya, suceda lo que suceda. Tú sabes, Jorge, que la aprecio mucho, y por eso, porque no podré estar aquí para defenderla, es que quiero prevenirte. *Oliverio Berón.*" Ruth devolvió la carta, y murmurando gracias, salió con Dale de la oficina de Morgan.

Durante la siguiente semana muy poco adelantaron las pesquisas en aquel misterioso doble asesinato. Sólo Dale hizo un pequeño descubrimiento sobre la forma cómo Berón fué llevado al puerto. Un ocasional sereno reconoció el automóvil de Roberts como el mismo que el día del asesinato había visto en el puerto, cerca del dique donde el cadáver había sido encontrado. Sin embargo, esta explicación no daba gran luz al misterio, aunque ella atestiguaba que Daniel debió entonces saber quién fué el asesino. Además, el hecho de que poco después de esto él también fué asesinado, mientras su automóvil se hallaba detenido frente al banco, así lo daba a entender. De esto se desprendía la posibilidad de que Brandan fuera el criminal. Pero, qué motivos tenía éste para matar a Berón? Con toda seguridad que éste no le había confiado que estaba robando los fondos del banco. Pasaron así varios días, en uno de los cuales Jorge Castelli fué puesto en libertad. Dale se había ya habituado a pasear todas las tardes por frente al Banco Nacional, precisamente a la hora en que Ruth salía. Era evidente que una vivísima simpatía había nacido entre ambos. A veces, caminando lentamente, le narraba sus ilusiones, sus deseos de convertirse en gran escritor o en un gran periodista. Ruth, en cuyos ojos podía leerse el amor que por el joven sentía, lo miraba profundamente como si quisiera hacer grabar en su cerebro su imagen para toda la vida. Una tarde Dale se hallaba como de costubbre en el negocio de Durante aguardando en compañía de otros periodistas, la hora para ir a esperar a Ruth, cuando la puerta se abrió y dos hombres entraron. Uno de ellos era ex-

(Continúa en la pág. 59)

CUENTO PARA LOS NIÑOS

Los dos ositos golosos

TITA y Tito eran dos ositos traviesos y alegres. Siempre andaban en aventuras. Un día resolvieron ir al bosque en busca de miel. Eran muy hábiles para obtenerla. Buscaban los árboles en que las abejas ocultaban sus colmenas. Sin temor a ser picados, porque los salvaba su espesa piel, retiraban los panales con el mayor cuidado.

Para llevar la miel a su casa, llevaron dos baldes colgados de la manija de un largo palo que sostenían sobre sus hombros. Tuvieron la suerte de encontrar dos colmenas, que saquearon concienzudamente. No les dejaron ni un poquito de miel a las pobrecitas abejas.

De regreso a su casa, depositaron los baldes en el suelo con toda precaución para que no se volcaran.

— Ahora — dijo Tita, — vamos a buscar unos frascos de vidrio con tapas automáticas para guardar la miel, a fin de que no se nos llene de moscas y hormigas.

— En la despensa hay uno muy grande, que está vacío — recordó Tito.

La osita aplaudió con alegría y exclamó:

—¡Magnífica idea! Vamos a buscarlo.

El frasco era grande y pudieron vaciar en él el contenido de los dos baldes, cerrándolo después herméticamente.

Tito era muy goloso, y viendo que en el fondo y en los costados de los baldes quedaba algún poco de miel, levantó uno de ellos y se puso a lamerlo por dentro. Tanto se entusiasmó y tan adentro metió su cabecita peluda, que cuando quiso sacarla no le fué posible hacerlo. Entonces gritó:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! Ayúdame, Tita, que me ahogo.

La voz resonaba tan fuerte dentro del balde que nuestro osito se asustó y se quedó quieto.



Tita se reía a carcajadas de la figura ridícula que hacía su hermano con el balde de sombrero. El se enojó y la regañó, diciendo:

—¡Eres una sinvergüenza! Debías ayudarme en lugar de reírte de mí.

— Bueno; quédate quieto y te pondré en libertad — le aconsejó Tita.

Con un poco de trabajo logró librarlo del balde, pero el osito estaba muy enojado y quiso pegarle a su hermanita.

— No te hubiera pasado eso — le previno Tita — si hubieras tratado de comer lentamente, sacando bien la lengua para llegar al fondo.

— Muy bien, maestrita ciruela, ahí tienes el otro balde: enséñame cómo se hace.

La osita imprudente aceptó el desafío y se metió el balde hasta el cuello, riéndose siempre del hermanito:

— ¿Conque te ríes? — protestó éste. — Ya verás cómo yo lo hago mejor que tú.

Volvió a tomar el balde que tan mal

(Continúa en la página 48)

Las fiestas populares en el balneario



Celebrando el día de San Martín de Tours, se efectuaron en el Balneario Municipal grandes fiestas populares. Durante la realización de las carreras de patinadores, que fueron muy celebradas por el público.



Los niños tuvieron su adecuada distracción con las representaciones del teatro infantil Labardén, cuyos intérpretes fueron muy aplaudidos por los pequeños espectadores.



El palo jabonado también atrajo la atención del numeroso público que se había reunido para presenciar el desarrollo de los festejos en honor del patrono de Buenos Aires.



Volando en correcta formación se ve en esta fotografía a los aviones militares que hicieron diversos vuelos sobre el río y realizaron simulacros de bombardeo.

Fotos Cabada.

Nuestro Gran Concurso Escolar

El número de composiciones recibidas para nuestro GRAN CONCURSO ESCOLAR ha sido sorprendente. Niñas y niños de todas las escuelas del país han respondido a nuestro llamamiento para rendir el homenaje de su admiración y cariño a SARMIENTO, EL GRAN MAESTRO AMERICANO. Tan intensa ha sido la tarea del Jurado, que hasta el número próximo no podremos dar la nómina definitiva de los autores premiados. Por lo pronto, en la primera selección que se ha hecho, entran a disputar los premios los que figuran en la lista que publicamos más abajo, y entre los cuales se hallan los ganadores del concurso.

En esta primera selección el Jurado ha eliminado aquellas composiciones que no son más que una serie de datos biográficos de Sarmiento. El Jurado desea premiar las que demuestren un esfuerzo intelectual, aquellas composiciones que revelen cabalmente qué concepto se han formado nuestras niñas y niños de la personalidad del gran argentino. La simple enumeración de fechas o de los honrosos cargos que desempeñó en su laboriosa vida Sarmiento, no pueden constituir una composición en la que se note ningún esfuerzo digno de ser premiado. El Jurado premiará a los autores que hayan enviado algo más que una simple biografía.

He aquí la lista de la primera selección, entre la cual se encuentran los premiados, cuyos nombres destacaremos en el número próximo:

Delia Azucena Troncha (Bánfield), Alberto Llacay (Capital), Julio Isidro Barrera (Capital), Patricio Rodríguez (Lanús), Noemí María Zunilda Vetere (Las Flores), Miguel Angel Polo (Cap'tal), Antonio Manuel González (Capital), Débora Ruth Coconi (Paraná), Ruperto Henjes (Paraná), Roberto Augusto Cabral (Capital), Carlos Agras (Capital), Ofelia Bernardello (Capital), Francisco P. Moreno (Capital), Manuel Merillas (Cap'tal). Ricardo B. Zaina (Capital), Leonora Ciliberti (Capital). Rafael Seminara (Capital), Amelia Sn'dero (Capital), Herminia Conti (Capital), Marta Casas (Alberdi). Rolando René Donato (Capital), Flora Victoria Moreno (Villa Devoto), Julio A. Lapola (Capital), Ofelia Marcos Cambón (Mar del Plata), Horacio Giberti (Capital), Guillermo Pastor Taboada (Capital), Héctor Clavere (Rosario), Eduardo Brugo (Paraná). María Bergonzi (Charata, Chaco), Lía Esther Barzingette (Lobos), Clara Florencia Amézaga (Capital), Ana Romanoff (Capital), América Yolanda Salazar Repetto (Capital), Carlos J. Lotti (Capital), Carmelo Nicola Rodríguez (Santa Fe), Lucía Uroz (Capital), Aurora D. Quintana (Capital), Héctor Sánchez (Cap'tal). José A. R. Valdés (Capital), Hilda Ledesma (Resistencia), Rosa Prado (Capital), R. Miguel Colombo (Capital), Alfredo R. Vizcaya (Charata), Margarita C. Langoy (Santa Teresa), María Inés Ricci (Capital), María Malgariños (Capital), Francisco María Palermo (Capital), Juan R. Arqueta (Coronel Vidal), Elsa Ortigosa (Capital), Ernesto Menéndez (Capital). Carlos J. Salgado (Capital), Pura C. Muniagurría (Mendoza), Rosa Bruño (Capital), Juan Alberto Cociolo (Capital), Hebe Marta Fauchild (Capital), Juan Damián Ortigosa (Capital), Hilda Giuliano (Capital) Francisco Néstor Fuertes (Teodolina). Héctor C. Molino (Capital), Luis Bergonzi (Charata), Amalia Ambrosini (Capital), María Emilia Otero (Sáenz Peña), José Antonio Curia (Capital), Delia J. Fernández (Florida), Justiniano Balmaceda (San Juan), Elsa Marta Mesquida (Capital), Angel J. Pérez (Cruz del Eje), Antonio Luis Cumini Sondero (Paraná), Juan Manuel Jozami (Paraná), Rosa Loterstein (Capital), Aralia Rosa Figueroa (Capital), Victoria Eugenia Oreiro (Capital), Julia Evangelina Salerno (Liniers), Aida Adela Villambrosa (Capital).

MINERAL, EL CABALLO DEL PUEBLO, GANA



Desde los tiempos de Old Man y Botafogo, los carreristas de Buenos Aires no habían tenido una sensación tal de superioridad en un caballo, como en el caso de Mineral. En un tiempo récord y en una forma que no deja lugar a dudas, "el caballo del pueblo", como se le llama, en razón de su tipo "malacara", dió cuenta de sus serios rivales de punta a punta, sin demostrar flaqueza en ningún momento. Ganó como quiso y cruzó el disco, donde un hornero ha construído su casa, moviendo las orejas tal si estuviera en un apronte. (En primer término, Mineral; le siguen Firmeza, Pilero, Salsifí, y atrás viene Sipo.)



Cuando Mineral llegó al pesaje, en medio de los aplausos de la concurrencia entusiasta, el propietario, señor Rocca, y el cuidador, Santestevan, se abrazaron para felicitarse mutuamente; el caballo acababa de consagrarse como el mejor animal de las pistas argentinas y con su victoria en el Pellegrini, había ingresado a las arcas del afortunado propietario la bonita suma de 60.000 pesos. El doctor Joaquín S. Anchorena, presidente de la comisión de carreras, asiste, de galera gris, a la emocionante escena.



Aquí está el "pampa" Mineral, en la puerta de su pesebre. El fenómeno tiene la mirada atenta y penetrante de los caballos criollos. La mancha en la frente le da el clásico aspecto del caballo criollo. De ahí la enorme simpatía que despierta en el pueblo.



Se explica la sonrisa del propietario de Mineral, señor José María Rocca, al que conduce de la brida después de haberse adjudicado la extraordinaria victoria del premio Carlos Pellegrini. Por su parte, el jockey Solari agradece emocionado el saludo que le tributa el público.

Fotos de Louzán

EL PELLEGRINI EN UN TIEMPO RECORD



Casi en el fondo de la recta se inició la carrera de los tres mil metros del gran clásico internacional Carlos Pellegrini, una de las pruebas más importantes del año y donde se consagran definitivamente los verdaderos cracks. Esta fotografía ha sido obtenida en el momento difícil de la largada. Mineral, el ganador, ocupa el segundo lugar del lado de los palos, y contenido por su jockey, se dispone a dar el salto inicial para ocupar el primer puesto, que no habrá de abandonar luego un solo instante.



Cada cual sigue el desarrollo de la carrera, de acuerdo a la "boleteada"; todos alientan una última esperanza hasta el momento en que los caballos cruzan el disco como una saeta. Algunos, sin embargo, como el que aparece en primer término apoyando su cara en la mano izquierda, ya ha visto la cosa perdida, como lo demuestra su expresión.



Las niñas que van al recinto de los socios en los grandes premios, tienen un programa reducido. Se sientan cómodamente en un banco y se enteran por los comentarios de cuanto ocurre en la pista. Poco saben de Mineral y sólo conocen de nombre a Leguísamo.



Y como sucede siempre en las reuniones clásicas, faltan las sillas en la "pelouse" y escasean los bancos. Pero las niñas saben que eso no es obstáculo, y a riesgo de echar a perder los hermosos modelos que estrenan en cada una de estas oportunidades, se sientan en el suelo.

Frente a las ventanillas la multitud se agolpa para tentar la suerte. Van a ellas con una fe ciega en sus "pálpitos" y en los "datos" del amigo que todo lo sabe. Y se oye así en un permanente tumulto de palabras: "Es una fija"... "No puede perder"... Es casi el optimismo de que hacen alarde los políticos antes de la elección...

INFORMACIONES GRAFICAS DE LA CAPITAL







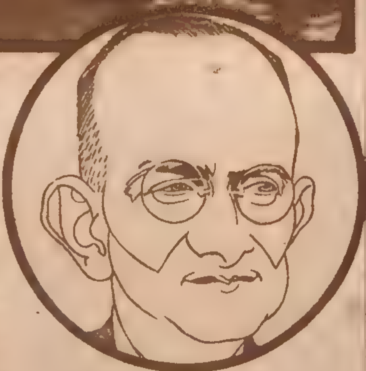
Nuestro compañero de tareas Augusto González Castro acaba de publicar "En el amor del viento", volumen de versos en el que se manifiesta su fina sensibilidad.

El tenor rosarino Antonio Carrión ha regresado de Italia, habiendo obtenido éxitos en teatros de Roma, Milán y Turín. Cantará en el Colón de Rosario y en el Rivera Indarte de Córdoba.



La compañía de Lola Membrives dió a conocer "El ladrón indiscreto", comedia de nuestro colaborador Agustín Remón, que fué bien recibida por el público. Una escena del estreno. Foto Padilla

"Azul de mapa" es el título del nuevo tomo de poesías que acaba de publicar Horacio Rega Molina, que en años anteriores ha publicado libros tan estimables como "La víspera del buen amor" y "Domingos dibujados desde una ventana".



Agustín Remón, autor de la comedia "El ladrón indiscreto", estrenada en el Odeón por la Membrives.



A los polistas argentinos del Santa Paula les fué ofrecido un banquete en el restaurante el Trocadero, asistiendo los ministros de Guerra y de Agricultura y un distinguido núcleo de caballeros. Foto Padilla

¿Cómo termina este cuento?

En el número próximo daremos a conocer el resultado

Teníamos que haber dado el resultado en este número del **SEGUNDO CONCURSO DE CUENTOS CORTOS**; pero ha sido tan grande la cantidad de finales que hemos recibido, sobre todo a último momento, horas antes del término de su clausura, que nos vemos obligados a postergar hasta el número próximo el resultado, publicándose entonces, como de costumbre, el nombre del autor y su retrato.

No se tomarán en cuenta los finales demasiado extensos

De acuerdo con lo anunciado en nuestras bases, los desenlaces que no reúnan las condiciones de brevedad y claridad, quedarán fuera de concurso, como asimismo aquellos que no se ajusten a la más estricta moralidad.

LEA EL PROXIMO NUMERO DE "MUNDO ARGENTINO", PUEDE SER QUE USTED HAYA GANADO **100 PESOS**

MENÚ
PARA TODA LA SEMANA

En nuestro propósito de contribuir a hacer menos pesadas las tareas de las amas de casa, en lo que a las comidas se refiere, continuamos en este número la publicación de nuestro menú diario para toda la semana. Seleccionado con el mejor criterio, estamos seguros que ha de resolver satisfactoriamente este problema, que es, sin duda, uno de los más engorrosos de cuantos se plantean en todos los hogares.

MIERCOLES

Almuerzo	Comida
Ensalada de langosta.	Sopa de arroz.
Consomé de legumbres.	Filet de pejerrey.
Tortilla de arvejas.	Rabanitos en ensalada.
Ganso asado.	Riñones con vino.
Fruta. Café.	Dulce de peras.
	Fruta. Café.

JUEVES

Almuerzo	Comida
Jamón cocido.	Sopa a la condé.
Macarrones.	Besugo frito.
Espinacas con jugo.	Ensalada de berros.
Guiso de liebre.	Pato con puré.
Queso y dulce.	Fruta. Café.
Café.	

VIERNES

Almuerzo	Comida
Fiambre con ensalada.	Sopa de fideos finos.
Sopa de crema.	Pescado con crema.
Pollos rellenos.	Zapallitos rellenos.
Ensalada de escarola.	Bifes a la portuguesa.
Salchichas con huevos fritos.	Flan.
Fruta. Café.	Café.

SABADO

Almuerzo	Comida
Salmón con mayonesa.	Crema de garbanzos.
Tallarines con tuco.	Langosta son puré.
Filet de pescado con salsa tártara.	Sesos con mayonesa.
Pichones con arvejas.	Pastel de guindas.
Fruta. Café.	Fruta. Café.

DOMINGO

Almuerzo	Comida
Canapés de langosta.	Sopa de queso.
Sopa de legumbres.	Pescado a la inglesa.
Ravioles.	Alcauciles con crema.
Lomo con ensalada.	Gallina a la cacerola.
Fruta. Café.	Crema borracha.
	Café.

LUNES

Almuerzo	Comida
Canapés de paté foi.	Sopa de verduras.
Sopa colonial.	Pescadillas al horno.
Perdices fritas.	Ensalada porteña.
Cardos al jugo.	Chateaubriant con papas.
Mondongo a la española.	Empanadas.
Torta genovesa.	Fruta. Café.
Café.	

MARTES

Almuerzo	Comida
Ensalada rusa.	Sopa a la parmesana
Sopa de sémola.	Croquetas de pescado.
Guiso de pollo con arvejas.	Pechito de ternera a la cazuela.
Espinacas a la mejicana	Papas con salsa blanca.
Hígado de ternera frito.	Jalea de frutas. Café.
Manzanas asadas.	

EL PLATO DEL DOMINGO

Almuerzo

RELLENO DE RAVIOLES

Lomo, medio kilo, espinacas, acelgas o escarola (una de las tres cosas), un pequeño manojo; la cuarta parte de un seso de cordero; aceite o manteca, leche, nueces, ajos, queso y orégano.

Bien dorado el lomo en aceite o manteca sin sal, las espinacas o lo que sea hervidas, tres dientes de ajos, el seso cocido, una miga de pan mojada en leche cruda, todo suavemente picado, se le agrega dos o tres huevos y queso bueno rallado.

Cena

POSTRE, CREMA BORRACHA

Se baten doce yemas de huevo con un cuarto kilo de azúcar; aparte se baten cuatro claras a punto de nieve; se acaramela una budinera y se le pone el huevo, añadiéndole dos cucharadas de coñac; se pone al bañomaría, veinte minutos, se saca y se deja enfriar; al servirla se le echa azúcar molida por encima, un poco de coñac y se quema.

MEDITE USTED SOBRE ESTE PROBLEMA DIARIO, *por Misia Remedios*

El sometimiento *de la* mujer *a la* tiranía *de la* moda *es* paradojal

HAY una frase muy grata a los economistas y sociólogos, es uno de sus tantos "caballitos de batalla", verdaderos recursos efectistas a que recurren con frecuencia para salir del paso y convencernos de su magna sapiencia. Esa frasecita tan usada, tan gastada, es "poder adquisitivo".

El "poder adquisitivo" de la mujer es de rigurosa actualidad.

Al parecer las mujeres forman un porcentaje siempre creciente de compradoras en la organización industrial contemporánea. Ellas van de compras; adquieren las provisiones, la ropa y los muebles, y también comienzan a figurar en el mundo de los negocios.

En otros términos, podemos asegurar que las mujeres están íntimamente relacionadas con la oferta y la demanda. Constituyen el metrónomo que marca el paso, crean el gusto y por su patrocinio elevan y afirman cualquier industria o comercio, o lo obligan a una forzada liquidación abandonándolo.

¡Extraña paradoja! Mientras la influencia femenina gravita poderosamente en el hogar y aun fuera de él, desde otro punto de vista el sexo débil es el más subordinado y sumiso a la más absurda de las tiranías.

Si nos fuera dado penetrar en la intimidad de una cantidad de viviendas escogidas al azar, nos sorprendería una comprobación rarísima.

Ante todo, constataríamos que todas esas viviendas son idénticas. Las mujeres, en la gran mayoría de los casos, son constructoras de hogares; vale decir, que su criterio y sus preferencias en la elección de la casa se imponen a las de los hombres.

El hombre deja, en última instancia, la elección de la casa a su mujer, y se desliga gustoso de la responsabilidad que entraña el adorno y amueblamiento.

Prosiguiendo el examen de una serie de hogares urbanos comprobaremos que el proceso igualitario de la "standardización" de la mentalidad femenina, por parte de la industria, es sumamente sencillo: cuestión de imponer tipos y nada más.

No es aventurado deducir del conocimiento que tenemos de la psicología de las compradoras que en materia de amueblamiento, objetos de arte, contenido de heladeras y de estantes de libros, si los hubiere, de armarios y roperos para la ropa, hay muy poco de distintivo de una casa a la otra.

Marcas habilidosamente anunciadas de alfombras, de aparatos de radio, comestibles en las despensas y lencería en los roperos, son casi siempre lo que se impone. En todo hogar se ponen en evidencia los dictados de los fabricantes de muebles y de ropas. Esto es lo que entendemos por "standardización" del gusto, someterlo a un casillero común, y lo que prueba la pasiva conformidad de la mujer.

Una de las pruebas más recientes e irrefragables del sometimiento pasivo de las mujeres a las imposiciones industriales que ella podría controlar, pero que, por lo contrario, la tiranizan, fué la actualización de los vestidos largos.

En el transcurso de los últimos años las mujeres han entonado loas a su liberación del obstáculo y la molestia que significaban los metros y metros de tela que trababan el libre juego de sus pies.

Hasta puede aseverarse que esa liberación favoreció el estado de salud de la mujer. En virtud de la mencionada simplificación de la indumentaria, les fué dado dedicarse a nuevas actividades que apreciaron y disfrutaron.

Parecía inconcebible que toleraran, aun por imposición del déspota mayor que las domina, la moda, el retorno a nada que siquiera se asemejara a lo antiguo.



He aquí, empero, que el sexo fué derrotado otra vez más, inesperadamente, de la noche a la mañana.

Es que durante años las industrias textiles y del vestido, de acuerdo con los grandes modistos y modistas, se afanaban en provocar un retorno de las antiguas modas.

La tarea parecía difícil, porque jamás, en los tiempos pasados, las ventajas de determinado "estilo" habían sido tan obvias y de tan poderoso influjo sobre la psicología y la fisiología femeninas. Sin embargo, hoy esa dificultad aparente ha desaparecido en medio del mayor ludibrio, dejando al sexo convertido en hazmerreír del mundo por su resignada sumisión.

Una vez más la mujer, el más formidable valor adquisitivo, se sometió a la tiranía de fuerzas que debían serle subordinadas, y en un período de tiempo relativamente breve volvimos a verla deslizarse sobre los "parquets" de los salones de baile con sayas de volumen tal que llenaban las más cumplidas aspira-

(Continúa en la página 48)



El fiscal leyó su acusación; pero Lolita, con unas cuantas palabras emitidas con voz débil deshizo el argumento elocuente y apasionado del fiscal...

Un cuento de MARGARITA MAY

EL CONVENIO

La vida ofrece a los hombres terribles enseñanzas. Tal le ocurre al protagonista de este relato, cuya esposa, carente de escrúpulos, no titubea en poner en la picota el buen nombre de su marido.

CON el ceño fruncido y la cabeza hundida entre los hombros, Juan Carleton, desde su butaca, observaba, pensativo, a su mujer. Lolita, que así se llamaba ella, era blanca como un lirio, grácil, fragante y rubia como el oro. Es increíble que él no llegara nunca a quererla. La conoció muy pobre, cuando apenas había comenzado su carrera de actriz. Y se casó con ella en un arrebato juvenil provocado por una borrachera. Desde entonces vivía agobiado por el peso espantoso de aquel paso que no debió dar nunca.

Su resentimiento se había traducido en un desdén grosero y abominable. Pero Lolita no se quejaba. Su marido era inmensamente rico, y ella había conocido en su niñez los mordiscos de la pobreza. Por eso decidió compartir con él su dinero, ya que no otra cosa.

Juan no se preocupaba mayormente de su mujercita. Frecuentaba con sus amigotes los clubs náuticos, los campos de golf y las reuniones sociales. A su vez, Lolita pasaba sus horas en los teatros, en las academias de belleza y en las tiendas. Nunca se la había visto acompañada. Era amante de los bombones franceses y leía muchísimas novelas. El matrimonio tenía un perro Chow, cuatro automóviles, veinte habitaciones, diez sirvientes y ningún hijo.

Era Juan un hombre muy extraño. Siempre se hallaba concentrado en sí mismo. Un afecto fuerte, constante y apasionado dominaba su vida. Era el cariño inmenso que sentía por su amigo Daniel Kent. Y la situación de Kent era en aquellos momentos sumamente delicada. Terriblemente delicada, podría decirse. Lo habían detenido y encerrado en un calabozo por sospechársele autor del asesinato de un tío suyo con quien, se supo, había tenido un altercado muy serio. El juicio iba a tener lugar de un momento a otro.

Juan Carleton se puso súbitamente de pie y metiendo las manos en los bolsillos de su smoking de terciopelo, comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación japonesa, murmurando entre dientes:

—La salvación de Daniel está en que pueda probar su coartada.

Mordisqueando su inevitable bombón, Lolita miró a su marido con ojos muy abiertos y translúcidos. Al cabo de un rato dijo:

—¿Y cómo podría probarla?

Juan frunció el ceño. Su irritación había llegado al límite. No era para menos. ¡Vaya una mujer ignorante y estúpida que había elegido!

—Muy fácilmente — dijo por fin, con sequedad. — El proclamará su inocencia manifestando que a la hora del crimen se encontraba con una mujer en la posada del Buho Negro. Ahora bien, si dijera el nombre de esa mujer...

—¡Oh! — murmuró Lolita entre asombrada y turbada. — Eso sería una infamia.

Juan encendió un cigarrillo al tiempo que contestaba con acritud:

—Eso mismo piensa él... ¡Ni que fuera Don Quijote!

—¿Y si la mujer estuviera casada? — sugirió Lolita, aparentando la mayor indolencia. — Eso arruinaría su reputación.

Juan, con su gesto lleno de desdén, replicó:

—¡No digas bobadas! ¡Cómo se ve que no conoces a Daniel! No es de esos que se dedican a destruir hogares.

A esta altura de la conversación se produjo un silencio, durante el cual Lolita siguió mordisqueando sus bombones y Juan se paseó impaciente. Deteniéndose de pronto, rompió el silencio:

—¡Cuando pienso en esto, creo volverme loco!

Su mirada indómita se perdió en la lejanía. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. ¡Daniel Kent, su compañero de estudios, su camarada de juergas, iba a ser condenado a muerte!

Con un fuerte gruñido se dejó caer en la butaca, ocultando el rostro entre las manos. Al cabo de un rato dijo:

— Tengo que ayudarlo. Ya que él no hace nada por salvarse, lo haré yo. Hay un solo camino a seguir. El dinero puede hacer maravillas, y yo soy muy rico. Quizá...

Deteniéndose aquí, levantó su rostro descompuesto y grisáceo. Miró sin pestañear a su esposa, y con un movimiento brusco se puso en pie encaminándose hacia donde ella estaba. La tomó de la mano y le dijo:

— Lolita, yo nunca te amé.

La aludida contestó riendo suavemente:

— No es necesario que lo digas, Juan.

— Y tú nunca me amaste.

Otra vez Lolita dejó escapar su risa armoniosa y sibilante, parecida a un batir de alas.

— También es verdad — repuso ella.

Juan se sonrió. Y sentándose en una silla de laca junto a su esposa, dijo con buen humor, al tiempo que se inclinaba hacia adelante:

— Hablemos con franqueza, Lola. Si me casé contigo, fué porque en ese momento yo estaba borracho. En cambio tú permitiste que te hiciera mi esposa, por mi dinero. Nuestro matrimonio no es tal. Es una farsa. Los dos estamos hartos el uno del otro; ¿no es así?

Lolita dejó escapar por tercera vez su risa suave y cantarina, al tiempo que meneaba su linda cabeza.

— Sí; tienes razón — replicó. — Nuestro matrimonio ha sido un completo fracaso.

— Indiscutiblemente — convino él. — Pero hay una puerta de escape. Acabo de descubrirla. Es una puerta que a mí me abre el camino de la libertad, y a ti el de la riqueza.

A través de sus párpados entrecerrados, Juan examinó el rostro ovalado y sutil de Lolita. Un destello de ansiedad cruzó por su frente. Y prosiguió:

— Mira, Lolita; si consientes en lo que voy a proponerte, la mitad de mi fortuna será para ti.

Ella lo observó primero sobresaltada y después embobada. El eterno bombón cayó de entre sus dedos. Asombrada, ofendida, y sin dar crédito a lo que oía, miró fijamente a Juan, mientras éste le confesaba con frialdad que le importaba más Daniel Kent, que su honor y que le entregaría la mitad de su inmensa fortuna siempre que jurara ante los jueces, la mentira que iba a ser la salvación de su amigo.

— Es muy sencillo, ¿sabes? — explicó él. — Daniel ha dicho en su descargo que él no puede ser el asesino de su tío, puesto que en el momento del crimen se hallaba en la posada del Buho Negro con una mujer con quien pasó la noche. Si revelara el nombre de la dama, la coartada sería estupenda; pero como no lo hace, queda reducida a una mentira estúpida. Ahora supongamos que tú atestiguaras ser esa...

— ¡Juan!... — gritó Lolita, pero él la contuvo, agregando gentilmente:

— La mitad de mi fortuna por media hora de humillación. No es un mal negocio, Lolita.

Al fin de cuentas terminaron por llegar a un acuerdo. Visitaron a un discreto abogado, ante el cual firmaron el contrato de rigor. Y aquella misma noche, para conjurar toda sospecha, Juan partió para su casa de campo, a esperar en ella el resultado del juicio.

Al separarse de Lolita, le dijo cariñosamente:

— Ahora estamos a mano. Tú sigues tu camino y yo el mío. Tan pronto como hayas declarado, mi abogado te entregará en los mismos tribunales, lo que te corresponde. Espero que esto sea el punto de partida de tu felicidad. Siempre has anhelado la fortuna y la independencia. Ahora posees ambas cosas. — Y agregó mirándola extrañamente. — Puede que el amor venga más tarde.

La sonrisa de Lolita era amarga. Sus largas pestañas cubrían cual obscuro velo sus ojos entreabiertos. Y moviendo sus largas y afiladas manos en un gesto trivial e irónico, replicó:

— El amor llega por caminos extraños y difíciles.

— Es verdad. Pero el dinero hace transitables todos los caminos que conducen al amor. Y tú tendrás dinero que será muy tuyo.

Ella se rió. El la miró inquisitivo. Decididamente, para él su esposa seguía siendo la mujer estúpida de siempre.

En su casa de campo, mientras se dedicaba a matar el ocio, jugando al golf y cabalgando a pleno sol, veía subjetivamente el cuadro del tribunal reunido en el momento en que juzgaban a Kent.

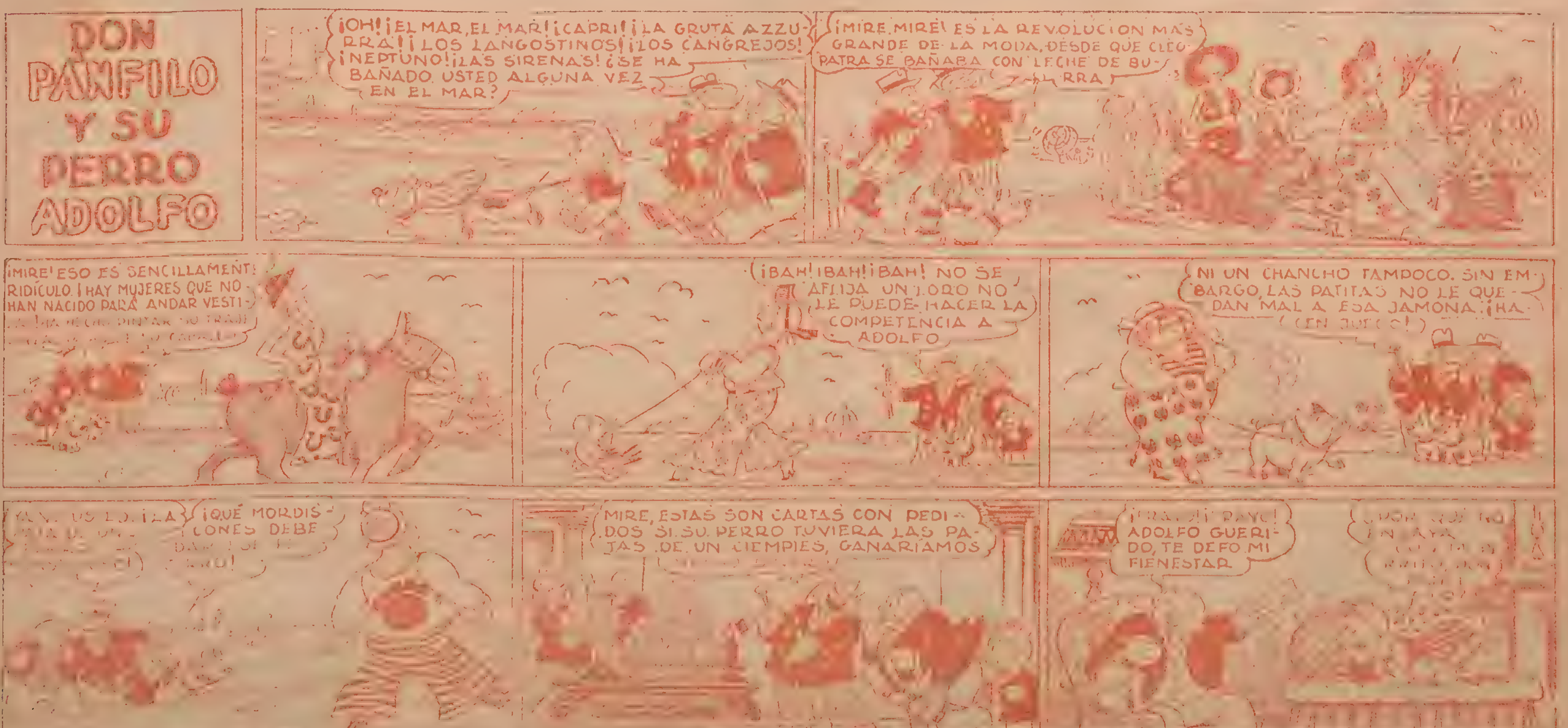
Daniel Kent, deportista y hombre de mundo, era un muchacho que la naturaleza dotó de gracia y vigor. Pero la diosa Fortuna no le fué nunca propicia. Era pobre. Sus amigos formaban una legión, y, claro está, llenarían el salón del juicio. Y codeándose con los amigos, se hallarían los curiosos, ávidos de sensaciones fuertes.

También veía a los repórters deslizar sus lápices velozmente sobre las cuartillas, y a los dibujantes llevando al papel la súplica llena de decepción de Daniel, y la fragilidad de Lolita, la mujer blanca como un lirio y rubia como el oro.

Tampoco faltarían las mujeres, hermanas en el dolor, ansiosas de no perder un detalle, así como las "flappers" con sus melenas y sus ojos entornados a lo Greta Garbo, y los peliculeros con sus cámaras, listos para llevar al celuloide las escenas escandalosas que pudieran producirse.

Todo esto lo veía Juan en su cerebro con una claridad meridiana. Y esperaba amargado que Daniel Kent, su camarada, su amigo más querido que un hermano saliera decididamente absuelto.

Y así fué. Obtuvo la absolución de culpa y cargo. Lolita, con unas cuantas palabras emitidas con voz débil, deshizo el argumento elocuente y apasionado de la acusación fiscal. Pura como un lirio y bella como las azucenas, donó a cambio de la vida de Kent, su buen nombre y honor. Y Juan, mientras leía el testimonio expuesto con tan espléndida similitud



de verdad, sintió por primera vez admiración por Lolita. Lo había hecho por dinero, claro está, pero en forma tan brillantemente impresionante, que más pareció un acto cometido por amor.

De todos modos, Kent fué absuelto; y Juan regresó a su casa tan pronto como el abogado le comunicó que todo había salido a las mil maravillas. A su llegado se dirigió inmediatamente al club del cual era socio y Kent pensionista.

—¿Está el señor Kent? —preguntó a uno de los porteros.

El empleado, sacudiendo la cabeza, contestó:

—No, señor. Partió ayer para Europa.

Juan frunció el seño. Su frente estaba aún ensombrecida por la desilusión y el asombro cuando por el correo de la mañana le llegó una carta de su amigo.

Su rostro se iluminó. Sonrió. Rasgó el sobre con ansia y nerviosidad. Sacó la carta y la leyó. Decía:

"Querido Juan: Lolita acaba de comunicarme el convenio que hicisteis. Nadie niega la valentía de esa mujer, que por salvar a un hombre no vaciló en hundirse en el fango y ser pasto de la maledicencia pública. No espero tu perdón. Mi única disculpa es que hace muchos años amo a Lolita. Partimos hoy para Europa, y, no bien se resuelva el divorcio, que lógicamente debes pedir, nos casaremos en Venecia."

FIN

LOS DOS OSITOS GOLOSOS (Continuación de la página 40)

rato acababa de darle, y se dispuso a comer. Al poco rato los dos forcejeaban por arrancarse los sombreros de latón, pero con tan mala suerte, que se los hundían más a cada nuevo esfuerzo.

Así disfrazados, empezaron a dar vueltas y tumbos, luchando por libertarse de las curiosas capuchas que los cubrían. Caminaban de un lado al otro dando saltos y cayendo al suelo a cada momento. Por fin, en una de sus vueltas desatinadas por el patio, chocaron el uno con el otro y abrazándose se quedaron quietos y consiguieron quitarse los improvisados sombreros el uno al otro. Estaban tan cansados que se sentaron en medio del patio, vueltos de espaldas el uno al otro y sosteniéndose mutuamente y se durmieron en esa posición. No se sabe cuánto tiempo permanecieron así, porque es sabido que cuando los osos se duermen, lo hacen durante todo el invierno.

Lo cierto es que Tita y Tito fueron, desde ese día, moderados para comer, y aunque la miel sigue gustándoles mucho, la comen con una cuchara y sin apresurarse.

FIN

EL SOMETIMIENTO DE LA MUJER A LA TIRANIA... (Continuación de la pág. 45)

ciones de sus dictadores, de sus tiranos.

Este desastre, que es el más risible de que se tenga memoria, debería servir de ejemplo como uno de los más divertidos y tristes espectáculos de entrega incondicional y vergonzosa derrota.

Tras de años de emancipación, después de haber manejado ambulancias de guerra vestidas de kaki, y de haber reducido tal vez en un cincuenta por ciento su vestimenta, las vemos claudicar y ataviarse con vestidos largos y volver a arrastrar por los salones las largas y ridículas colas de sus vestidos.

¡Así se afirma el poder adquisitivo de la mujer! ¡Así se afirma, aceptando la dictadura que se le impone en vez de crear una propia, que sería de poderoso imperio!

Hasta los pretextos con que disculparon su entrega les fueron impuestos. Juntamente con las faldas largas, la industria se ocupó de que se hicieran circular frases de autojustificación.

"¡Hay que volver a lo femenino!", se dijo. ¿Qué significaba esa frase?... Poco importaba. Lo que sí importaba era que las mujeres, al ponerse otra vez de largo, para desvirtuar la ridiculez del espectáculo, repitieran la frase consagrada: "¡Más femenino!"

Después de eso fué fácil el retorno del corsé. "¡Más feminidad!"..., y los cuerpos volvieron a ser oprimidos por la dureza de las ballenas de acero. ¡Pobres cuerpos acostumbrados a la libertad y a la soltura en años de emancipación!

La mujer adopta, no crea. Cuando la moda lo dispone se convierte en grey, en rebaño; cría a sus hijos en majadas y se alimenta en hordas. Por influjo, por sugestión externa responde a cualquier estímulo antiguo presentado con habilidad a que se la quiera someter, y ordena su vida y la de su familia según las exigencias de cualquiera, excepto las de su propio raciocinio.

FIN



DE SIMPLE SOLDADO... (Continuación de la página 7)

zar el portón de entrada. ¡Aquello era una horda! Dos mil hombres y mujeres, ebrios de vino y entusiamo, se entregaron al pillaje. Dieron con la esposa del Príncipe de la Paz, pero como era público y notorio que odiaba a su marido, la dejaron que se retirara sin molestarla. Toda la noche buscaron al príncipe por los aposentos. El fuego consumió casi todo el palacio, pero Godoy pudo salvar la vida oculto entre unas alfombras.

Apaciguada la sublevación, el Príncipe de la Paz pretendió salir de las ruinas humeantes de su residencia. Un soldado lo detuvo y lo condujo a Madrid. Había orden de prisión contra él. El rey lo había despojado de su puesto y de todas sus dignidades. Varios guardias de corps fueron encargados de conducirlo hasta la cárcel. En camino, alguien lo reconoció y dió la voz de alarma. En un momento la plebe enfurecida rodeó a los guardias y les arrebató su prisionero. Un navajazo le cortó el rostro. Recibió veintitrés heridas de arma blanca. Un garrotazo lo desmayó. Llegaron refuerzos y lo rescataron, pero creyéndolo muerto.

Pocos días después de los sucesos narrados, Carlos IV y Fernando fueron invitados a trasladarse a Bayona para conferenciar con el emperador y obligados a abdicar en favor de José Bonaparte.

Godoy, restablecido de sus heridas, fué libertado y llamado a acompañar a sus soberanos en el destierro. Los siguió con rara abnegación. Su esposa lo abandonó y regresó a España. En igual forma procedió Pepita Tudo, su amante. Murieron Carlos y María Luisa, y el favorito quedó en la mayor miseria. A pesar de ser un hombre anciano, Fernando VII lo trató con inaudita crueldad.

Trasladado a París, Godoy murió en la indigencia durante el año 1851. Se le enterró en el cementerio del Pere Lachaise. Señala su tumba una lápida sobre la cual se lee la inscripción:

"Lo favoreció prodigiosamente la suerte y lo persiguió cruelmente la adversidad."

FIN



Cartas de amor

La HISTORIA DE DOS VIDAS

SEGUNDA PARTE

Por JOSUE QUESADA



RESUMEN DE LO YA PUBLICADO

Todo lo actuado hasta el presente por los protagonistas de esta novela epistolar — Graciela y Horacio, — sintetiza la historia de dos vidas a las cuales parece separar la ruta distinta en que la fatalidad las coloca. En efecto, Horacio, joven médico, ha cedido a la sugestión de un amor más fuerte que su voluntad, y es Diva, su enferma, la que lo conquista por entero. Graciela, mujer moderna, que llega a enterarse de la deslealtad de su esposo, opta por reconquistarlo, modificando su manera de vivir y mostrándose como una mundana; quiere batir a Horacio con sus mismas armas, pero carece de la experiencia necesaria y cae en la lucha con un colega y amigo de su esposo, el doctor Ricardo Vargas. En esta situación, Diva, la causante de todo, es llevada a Europa por sus padres.

DE HORACIO A ALBERTO.

Querido Alberto: Hace un mes que Diva partió para Europa. Creo mucho que ella no pueda sobrevivir al golpe que este desgarramiento ha de haber producido en su espíritu, porque es tan frágil, sabe sentir con tanta intensidad, que herirla de esta manera, es acercarla a la muerte. Antes de irse me escribió para suplicarme que acudiera en su auxilio; los padres la llevaban, sin duda, porque habían descubierto todo el drama interior de esta criatura y querían evitar el escándalo, y lo que ellos consideraban su deshonra. Yo no acudí a su llamado y no lo hice, porque estaba seguro que mi actitud hubiera hecho rebalsar la lógica indignación de esa buena gente, a la que yo, luego de haberle proporcionado la dicha inmensa de salvar su hija, le infería el castigo de mi traición, haciéndola mía. Sufría lo indecible durante todo el primer tiempo, y yo mismo noté que mi carácter se iba tornando taciturno, casi retraído. Mi situación, frente a Graciela, no era menos cómoda y cordial; ella seguía su nueva vida de incesante actividad y estaba en casa el menor tiempo posible. Todo contribuía a exaltar mis pobres nervios, no tanto por lo que ella pudiera hacer en mi daño, sino porque yo estaba convencido de la imposibilidad que me asistía de contenerla.

Era evidente que yo podía expresarle de este modo mi pensamiento: "Oyeme, Graciela: ya es tiempo que pongamos punto final a todo esto. Considera que hemos vivido una pesadilla, y que ahora reiniciamos el camino, sin que nada se oponga a nuestra dicha." Pero tal cosa, querido Alberto, que puedo decírtela a ti, no era posible intentarlo con Graciela, ni con ninguna mujer. He debido, en cambio, optar por una conducta que pudiera llamar de "buena política", para "reconquistar" a mi mujer.

Hemos pasado los últimos quince días en Mar del Plata, que está en plena "season", y a pesar del esfuerzo que este paseo ha significado para mí, no he logrado gran cosa en mi propósito. Graciela es ahora la mujer más mundana que puedas imaginar: no solamente fuma, sino que baila sin descanso y se baña en el mar con un "maillot" muy llamativo. Como es natural, he debido intervenir en su conducta, pero mi observación, dicha en tono amistoso, provocó en Graciela una sonrisa triunfal.

—Es tarde — me dijo en un tono firme — para que pretendas de nuevo convertirme en una cenicienta, resignada y humilde... ¡Tú tienes la culpa de esta metamorfosis que ahora te sorprende!...

Y tras de algunas frases más o menos parecidas, me soltó las indirectas más mordaces sobre mi conducta. Yo, que tenía cargada de faltas mi conciencia, debí moderar los impulsos que por momentos amenazaron con echar todo a perder. Porque es el caso, querido Alberto, que no quiero llevar las cosas a extremos irreparables y destruir con un campanazo todo mi porvenir. Creo que la "gravedad" de mi falta no es tanta como para determinar el derrumbe definitivo. Además, tú sabes bien que mi afecto por Graciela es profundamente sincero y que si pude alejarme de ella para ceder a una pasión superior a todo razonamiento, no significa que haya dejado de quererla, y mucho menos que le desee infortunio alguno. Al contrario, luego que Diva desapareció tan bruscamente de mi existencia, me propuse encauzar mi conducta dentro de los límites normales. He tropezado, como te he dicho, con la actitud de Graciela, rebelde a toda lógica. Comprendo que estos alardes obedecen a un plan que se propone desarrollar hasta el fin, con el propósito de "vengarse" así de mi deslealtad. Pero es que ya va colmando la medida de lo tolerable, y si por las buenas no consigo volverla a su quicio, entonces, querido Alberto, no habrá más remedio que aplicar el bisturí y cortar por lo sano... ¡Será lo que Dios quiera! Ya debo soportar las primeras consecuencias de esta situación; me han llegado desagradables bromas telefónicas, y uno que otro anónimo, con calumnias tan viles que me han producido náuseas... ¿Cómo puede haber gente tan ruin y miserable, que pueda escribir tales cosas? Imagina, querido Alberto, que en esas líneas — escritas a máquina, naturalmente, — se afirma que Graciela tiene un amante, y que ése es, nada menos, que mi amigo y colega Ricardo Vargas. ¿Te das cuenta? Yo sé que ella ha debido visitarlo en su consultorio; me lo ha dicho él mismo y me ha informado que su mal era puramente nervioso, lo que, por otra parte, yo no lo ignoraba, porque conocía las causas determinante. Pero, ¡de ahí a lo otro!... Graciela busca que las apariencias la condenen, porque de este modo está segura de provocar mi reacción. Desde luego que lo ha conseguido, a medias, aunque dispuesto a pasar una esponja por el pasado y encauzar mi vida por el camino normal que corresponde a un médico joven y, ¡alábate!, de prestigio. Nada de complicaciones en el futuro; seré como todos los maridos de este siglo, y los líos que puedan sobrevenir no pasarán de la epidermis; no intervendrá para nada el corazón, y mucho menos el espíritu.

Y ahora, como punto final: si logras saber algo de Diva, en ese París tumultuoso y alegre, escríbeme. Quiero saber de ella; me apena pensar que esa pobre criatura pueda llegar a morir de dolor. Es un crimen que no me perdonaría nunca y que pesaría para siempre en mi conciencia. Te abraza,

HORACIO.

DE GRACIELA A MARINES.

Querida Marinés: Estoy librando la más cruenta de las luchas íntimas que pueda sostener una mujer. Mientras por un lado hago esfuerzos sobrehumanos para mantenerme en mi papel de mujer frívola, por el otro, mi corazón sangra de angustia y de dolor. Me he colocado en una encrucijada sin salida y no advierto por ninguna parte la posibilidad de una solución. A veces estoy a punto de decirle a Horacio toda la verdad, y terminar cuanto antes con nuestro vínculo; pero me contiene el temor de un escándalo, que habría de repercutir únicamente sobre mí, ya que en estos trances, somos nosotras las que más sentimos el castigo. El puede haber hecho lo que hizo y el mundo considerará su falta como una "calaverada" sin importancia; en nada sufre su reputación, y mucho menos su honor. Por el contrario, los méritos del hombre se acrecientan a medida que se conocen sus aventuras donjuanescas y las mujeres gustan asomarse un poco a estos espíritus apasionados que revelan aptitudes atrayentes y capaces de influír en la sensibilidad femenina. Nosotras, si caemos, premeditadamente o no, somos mil veces culpables y no se tiende una mano para ayudarte a subir. Y si dejándote vencer por el remordimiento te aniquilas, entonces todo ese mundo pequeño y mezquino que te rodea, concluye de aplastarte. Yo he podido sobreponerme a él, gracias a mi gran voluntad; pero ella es la máscara. Por dentro, siento abierta la herida, y pienso que no puedo reanudar otra vez mi existencia con Horacio. Ante mis propios ojos, me considero indigna, porque tú sabes bien, gorda querida, que él es, a pesar de todo, el único a quien quiero con toda el alma. Cuando no se quiere, no se tienen escrúpulos de ninguna naturaleza; fácil resulta, entonces, seguir representando la comedia de la fidelidad. Pero este no es mi caso, desgraciadamente, y es a causa de ello que vivo atormentada por el suplicio de recordar a cada instante mi torpeza. No otra cosa ha sido mi delito, porque si yo hubiera caído atraída por el amor de Ricardo, a estas horas estaría ra-

(Continúa en la página 52)

Al fin los hombres feos dominan a los buenos mozos

LOS FEOS


Wallace Beery


George Bancroft


Víctor Mac Laglen


Gary Cooper


Charles Bickford

La legión de los que triunfan, hombres toscos de rostros rudos, que arrebató el cetro de la pantalla a los apolíneos ídolos que parecían haberse adueñado del pedestal del séptimo arte para siempre.

"La belleza del hombre es un regalo inútil...", dice un proverbio árabe, que ya se está cumpliendo hasta en el último moderno refugio de los hombres hermosos: la pantalla.

La invasión de los feos se produjo... Y ante la fiera avalancha, reciamente sostenida por más sólidas virtudes masculinas que la belleza del rostro o la dulzura del ademán, los galanes apolíneos de otrora han cedido la plaza.

Y hoy son los feos los que dominan completamente en ese baluarte del ensueño y la ilusión que es Hollywood. Son los feos como **Maurice Chevalier**..., **George Bancroft**..., **Clive Brook**..., **Jack Holt**..., **Gary Cooper**..., **Ralph Graves**..., **Wallace Beery**..., **Víctor Mac Laglen**..., **Chester Morris**..., **William Powell**..., **Charles Bickford**..., **Richard Dix**..., **Warner Baxter**...

Millones y millones de corazones femeninos de todos los ámbitos de la tierra laten emocionados cuando contemplan en la pantalla los rostros fuertes, de facciones toscas y las maneras nada distinguidas de estos nuevos astros del séptimo arte. Mientras que los apolíneos mancebos de cabello ondulado, de largas pestañas y perfiles impecables, han quedado desplazados, relegados al olvido como los inútiles bibelots de adorno sin importancia para la vida práctica.

Y todo el mundo contempla como la cosa más natural que después de haber alternado con ocho galanes, la más famosa y discutida estrella de la pantalla, Greta Garbo, caiga al fin en los brazos de un feo, **Clark Gable**, encumbrado a la cúspide de la fama cinematográfica a pesar de sus cejas espesas, de su boca grande, de su cuello corto y sus desmedidas orejas...

PARA EL 99 % DE LAS JOVENES ACTUALES, LA HERMOSURA DEL HOMBRE NO TIENE IMPORTANCIA

Una famosa escritora norteamericana de argumentos de cine, Frances Marion, viuda del malogrado astro de películas del Far West, Fred Thompson, y autora del argumento del film "Presidio", premiado en 1930, declaró recientemente, refiriéndose a esta preeminencia de los feos en la pantalla:

—Cuando yo era una adolescente, siempre que nos hablaban de un joven, lo primero que preguntábamos nosotras era: ¿Es un muchacho lindo?... ¿Sabe bailar bien?... Aquella era la época de los buenos mozos. Las muchachas creíamos, ingenuamente, como en los cuentos de niños, en los príncipes hermosos y arrogantes...

"Ahora las cosas han cambiado mucho. Yo tengo tres sobrinas, las tres menores de veinte años, y no gastarían un segundo de tiempo en pensar en un hombre bonito. Cuando les sugiero la presentación de algún joven, lo primero que me preguntan es si sabe nadar bien y qué deportes practica, pero muy especialmente, si es un buen conversador...

¡Feo... pero simpático!... He ahí el hombre ideal de los corazones femeninos en la actualidad.

Y en el cinematógrafo, que al fin es un reflejo de la vida real, este anhelo del público femenino se ha puesto en evidencia con una decidida preferencia por los artistas feos pero con simpatía y con talento.

La belleza física es sólo una cualidad pasiva del ser humano, indigna de cotejarse con cualidades activas como el talento y la simpatía, que son las que hacen mérito en la calificación de un hombre. Por eso es que la mujer actual reserva la belleza para sí misma, y prefiere, en cambio, los hombres de facciones toscas y rudas, pero vigorosos y dinámicos.

A los bellos galanes del film mudo los desalojan del cine hablado

LOS LINDOS

Barry Norton

John Gilbert

Neil Hamilton

Gilbert Roland

Nils Asther

Es en balde que les diga, recordando mis buenos tiempos: "Es el muchacho más guapo que ustedes han visto en su vida..." ¡Se me ríen en la cara! Y de más está decir que mis sobrinas son igualitas, ni más ni menos, que el noventa y nueve por ciento de las jóvenes de esta época, para quienes la hermosura del hombre no tiene ninguna importancia."

MIENTRAS LOS FEOS SE COTIZAN MEJOR, LOS BELLOS VAN CAYENDO EN EL OLVIDO Y HASTA EN EL DESPRECIO...

Es realmente asombroso el extraordinario desprestigio en que han caído los artistas cinematográficos que no contaban con otras cualidades que su cara bonita. Pueden citarse a montones los nombres de esos deslumbrantes efebos que han caído no sólo en el olvido sino que hasta en el desprecio del público cinematográfico, que ahora conceptúa la belleza del rostro como un rasgo de afeminamiento. Ahí están, sin ir más lejos, los casos de **John Gilbert,** el más famoso galán del cabello ensortijado y la mirada ardiente, que sólo ha hecho un par de pobres películas en los últimos dos años. Y, ¿qué se hizo también del sucesor de Valentino, el famoso **Nils Asther?**... ¿Cuál de sus múltiples admiradoras de ayer clama hoy por el retorno de **Gilbert Roland?...** ¿Quién lamenta la ausencia de **Don Alvarado?**... ¿Cuántos son los que recuerdan a **George Lewis,** a **Donald Reed,** a **Ian Keith,** a **Roland Drew,** a **Duncan Renaldo,** a **Lawrence Gray,** a **Neil Hamilton** y a tantos otros?... Todos ellos, o han desaparecido totalmente del firmamento cinematográfico o han pasado a una ínfima categoría indigna de su prestigio de otro tiempo.

Y aquí mismo, entre nosotros, en nuestro propio país, tenemos el caso de nuestro compatriota **Barry Norton,** que tan simpático debiera ser al público argentino por razones fáciles de comprender, pero que, sin embargo, cuenta con un gran obstáculo en su propia belleza. Así, es frecuente oír decir:

—Barry Norton sería muy simpático..., si no fuera tan bonito...

EL FILM PARLANTE HA CONTRIBUIDO A DERROTAR A LOS BELLOS EN BENEFICIO DE LOS FEOS

Vencidos tras una lucha de largos años, los hermosos astros que consagró el cine mudo no han podido hacer primar la atracción de su físico para mantenerse en el primer plano en el cine parlante y van rápidamente hacia el olvido.

Lo más notable en todo este asunto de la "desvalorización de los bellos" y la "culminación de los feos" en el cinematógrafo, es que ello se debe en gran parte al advenimiento del film parlante.

En los días del cine mudo, los artistas hermosos actuaban e influían en los corazones femeninos del público por sugestión. Su belleza física se aureolaba, además, de una hermosura inmaterial por el misterio del silencio. Pues se les imaginaba dotados de una voz acariciadora, suavemente modulada para decir cosas bellas, lo mismo en los arrebatos de pasión que en los desbordes de ternura...

Pero llegó el film parlante, y el micrófono se encargó se descubrir la verdad, desenmascarando a estos falsos ídolos. Les desnudó la voz y la manera de decir, y entonces a sus admiradoras de antaño les chocó horriblemente comprobar que hablaban de muy distinto modo al que soñaban... Voces desagradables, chillonas, gangosas o afeminadas, y sin inflexiones, que derrumbaron estrepitosamente todos los castillos de nuestra imaginación. Y entonces comenzaron a surgir los hombres feos, menos amanerados, menos distinguidos, quizás, que los lindos, pero más naturales, más espontáneos, y que por eso mismo producen la impresión de ser más sinceros.

LA PREPOTENCIA DEL TALENTO HA VENCIDO A LA DULZURA DEL GESTO

En realidad, lo que ha pasado en el cine no es más que un reflejo de lo que ocurre en la vida real, en que los verdaderos buenos mozos no son siempre los más afortunados

Método para depurar la sangre

Nadie debería ignorar que la sangre impura trae como consecuencia inmediata las molestas afecciones cutáneas, tales como granos, manchas, sarpullido, eczema, forúnculos, etc., que recrudecen por esta época.

El tratamiento de estas afecciones es fácil. Todo consiste en depurar la sangre mediante el azufre termado, que se toma en dosis de una cucharadita por la mañana en ayunas, ya solo o mezclado con miel o agua azucarada. Es agradable y no exige régimen.

Sus benéficos efectos se notan en seguida; corrige el estreñimiento, aumenta el bienestar orgánico y limpia el rostro y piel de las molestas afecciones cutáneas.

con el bello sexo. Parecería que por una de esas leyes superiores que rigen el mundo, se hubiese establecido un principio de compensación entre las cualidades físicas y las morales e intelectuales.

Y así como sucede frecuentemente en la realidad, que los hombres bellos cansan pronto, así también han cansado en el cine que es un arte en el cual se requieren condiciones y cualidades activas, como son el talento y el temperamento, muy superiores siempre a cualidades pasivas como son las del físico cuando se trata de seres masculinos.

FIN

LA HISTORIA DE...

(Continuación de la página 49)

diante; pero fué este maldito instinto que llevamos en nuestro interior, y que al despertar, aniquiló por completo, toda facultad a mis sentidos, toda rebeldía a mi pudor...

No he vuelto a ver más a Ricardo desde entonces y, sin embargo, no logro borrarlo de mi recuerdo un solo instante; es como una martirizante obsesión que me oprime y llena de angustia mi vida. Regreso recién de Mar del Plata, donde he mantenido con voluntad inquebrantable — ¡que ojalá me hubiera servido para salvarme!, — la apariencia de mi frivolidad. A no haber mediado aquel momento, que no concluyo de maldecir, esta era lo hora en que Horacio y yo, habríamos reanudado nuestra existencia en común. Todo se hubiera desarrollado como en esas comedias de Niccodemi, suaves y amables, donde la mujer triunfa siempre gracias a sus encantos y a su ingenio. Pero en esta comedia mía, comedia que es la realidad misma, presenta una escena ilógica y brutal; ella impide cualquier razonamiento que tenga por finalidad hallar una solución. Hasta este momento, lo único que sé, es que no puedo..., no debo ser otra vez la esposa de Horacio. ¿Pero... se ha de prolongar hasta el infinito esta actitud de guerra franca y declarada? ¿No es preferible poner término a todo y que cada cual vaya por el rumbo que su destino le marcó...? Yo quisiera esto último, pero sin que Horacio conociera nunca la verdad horrible de mi falta; por eso, voy llevando a extremos insospechados esta conducta mía, de aparecer como la criatura menos púdica que haya bajo el sol. Pero nada logro, gorda querida, más que acercarlo. Al principio, cuando aún estaba bajo la sugestión de ese cariño que le inspiró su enferma, no advirtió nada anormal en mí; más tarde, cuando ella partió a Europa y Horacio quedó de nuevo frente a la realidad de su hogar deshecho, comenzó a notar que yo no era la misma de antes. No halló mal el cambio, pero él se volvió un marido lleno de atenciones; le sobró tiempo para invitarme a los teatros y a las fiestas. En cada oportunidad, le hice saber que yo tenía mis compromisos con amigas y fué entonces, cuando me propuso un viaje a Mar del Plata. Salvó de inmediato todos los inconvenientes de mi "toilette" con una largueza que revelaba bien a las claras sus propósitos de conciliación y fuimos a ese gran escaparate de vanidades de que es Mar del Plata, para seguir representando allí mi papel de esposa ofendida... Ya de nuevo en esta tranquilidad de mi casita, mi pobre cabeza sufre indecibles torturas. Horacio quiere volver a mí... me lo demuestra en cada uno de sus gestos y de sus palabras. Se reconoce culpable y no se atreve a dar el paso definitivo, porque adivina, sin duda, que yo no puedo otorgarle mi perdón...

Te besa fuerte

GRACIELA.

(Continuará en el próximo número)

Hojeando los últimos libros

Comentarios de LUCAS GODOY

Manuel Gálvez: "El gaucho de "Los Cerrillos"

Editor Roldán. Buenos Aires. — Hace algunas semanas comentando en esta misma página el libro del doctor Cárcano sobre Juan Facundo Quiroga, señalábamos el interés cada vez más evidente por la figura y la época del Restaurador. En nuestra historia breve, la tiranía es sin duda alguna, el período más rico en colorido y en dramaticidad. Adelantándose a su hora, y coincidiendo en un todo con la actual, Sarmiento lo declaraba así casi al día siguiente de Caseros: "Para mí no hay más que una época histórica que me conmueva, afecte o interese, y es la de Rosas. Este será mi estudio único en adelante, como fué combatirlo mi solo estimulante al trabajo, mi sólo sostén en los días malos."



Después de haber consagrado a la guerra del Paraguay varios libros de gran éxito, Manuel Gálvez inicia hoy con "El gaucho de "Los Cerrillos" una serie de novelas consagradas a la evocación de Rosas y su época. Escritor a conciencia, heredero del naturalismo en su preocupación por el documento humano, el doctor Manuel Gálvez prepara minuciosamente sus novelas: frecuenta las bibliotecas, maneja viejos libros, hojea detenidamente la colección de diarios olvidados. Procura de tal modo descubrir los detalles elocuentes, los caracteres singulares, las expresiones con sabor de tiempo. Sus reconstrucciones dan por eso a veces, más la impresión de la historia que la de la novela, y sin llegar a desconocerle como algunos las dotes superiores de la imaginación, fuerza es reconocer que hay en el reproche una buena dosis de verdad.

La novela se inicia con el gobierno de Dorrego y se cierra cuando ya don Juan Manuel empieza a señorear desde la casa de gobierno. Agüero, Lavalle, Juan Cruz Varela, Viamonte, desfilan por sus páginas; y entremezclándose a las figuras reales de la historia, algunos seres de imaginación como los Montellano y los Hinojosa entretejen con aquéllos sus pasiones y sus entusiasmos. Más que una novela sobre fondo histórico, "El gaucho de "Los Cerrillos" se nos antoja, pues, como una historia con ingredientes novelescos. Sería injusto, sin embargo, apreciarla en sí misma, desligada de las otras novelas de la serie; pero tal como aparece ahora, en su aislamiento relativo, la nueva obra de Gálvez reafirma sus prestigios de evocador y narrador.

Arturo Cambours Ocampo: "La novísima poesía argentina"

Edición de la revista "Letras". Buenos Aires. — La colección de poesías que el señor Cambours Ocampo presenta hoy al público argentino aspira a una fisonomía literaria muy distinta de la que suelen presentar los panoramas, los parnasos y las antologías. En vez de un libro grave y patético en que se vayan saludando sombras al pasar, el coleccionador se ha propuesto mostrar un grupo de hombres jóvenes que recién se inician en las letras o que lo hicieron a lo sumo en los alrededores de mil novecientos veintiocho. "La novísima poesía argentina" ni clausura una época ni inicia una escuela. Quiere a lo sumo que el lector se interese por algunos de los nuevos y que los acompañe en los viajes que hoy inician.



Pero una antología sin su manifiesto correspondiente sería un poco difícil de concebir, aunque se presente con la sospechosa modestia de esta última. No ya bajo la forma expresa y ruidosa, pero sí con la suficiente eficacia, los poetas de la "Novísima" exponen por boca de Cambours, Radaelli y Cerretani algunas de las ideas que tienen por esenciales. El error fundamental de los neosensibles — dicen — "fué el de tomar a la literatura en broma". Dejaron de creer en su enorme trascendencia artística y social, y la llevaron por eso a la arbitrariedad. Ni clasicismo ni cubismo, parece ser la nueva enseña. "La inquietud del momento, afirman, desea un arte sin artificio."

Nos cuidaríamos muy bien de certificar que las composiciones incluídas en el libro responden ampliamente a tal declaración, y que los recién llegados sean tan juiciosos en el verso como parecen proponérselo en la teoría. Pero de cualquier manera, bastaría esa sola actitud para demostrar cómo un grupo en el que hay ya varias figuras meritorias vuelve conscientemente hacia una más seria concepción del arte y rompe para siempre con el deporte y con el jazz.

Son muy vistosos los almohadones estampados

He aquí diversos modelos de almohadones con vistosos estampados de flores. En diversas formas, tamaños y colores, todos son agradables. Trabajando el género empleado con la máquina de coser sobre el lado derecho, la tarea resultará fácil. Las almohadas cuadradas miden 45 centímetros; las oblongas 50 × 11; las redondas 42 de diámetro. El acolchado contribuirá a realzar la belleza de cualquiera de estos modelos.

INAUDI

EL CALCULISTA QUE ASOMBRO AL MUNDO HA PERDIDO LA MEMORIA

"Ya ni siquiera sabrá sumar"



INAUDI!... Tal vez este nombre nada evoque, no signifique nada, o muy poco, para las nuevas generaciones. Su fama, empero, llenó el mundo en las postrimerías del siglo pasado y principios del presente. Sabios y matemáticos de nota examinaron "el caso Inaudi" y no le encontraron falla ni explicación científica.

Jacobo Inaudi es de origen humildísimo. Su padre era organillero del Piamonte. Jacobo nació en el pequeño pueblo de Onorato en el año 1867. De muy niño tuvo que trabajar. Siguiendo a su progenitor llegó a la Turena y se colocó con un pastor. Descalzo, semidesnudo, guardaba ovejas y puercos. Asombraba a las gentes por su facilidad para los cálculos. Un día el viejo organillero decidió trasladarse a Marsella, donde cosecharía abundantes "sous" tocando en los cafés de la Cannebiere y de la Joliette. Mientras iban de salón en salón, la clientela de marineros quería hacer cantar al niño, y algún oficial de mar, curioso, le interrogaba sobre su educación, y, tal vez por divertirse, le proponía sencillos problemas de aritmética. Jacobo, sin pensar siquiera, daba la respuesta exacta. Su fama se acrecentó y pronto salió de las cercanías de los muelles e invadió la ciudad: era un niño prodigio que realizaba instantáneamente los más sorprendentes cálculos mentales. Las gentes acudían a verlo y le proponían intrincados problemas que el niño resolvía sin necesidad de recurrir al planteamiento gráfico. Su padre, viendo el negocio, abandonó el organillo y se dedicó a exhibir al hijo.

Un día llegó a la ciudad el doctor Broca, médico eminente. Le hablaron del calculista prodigioso y resolvió verlo. Era en 1881. Broca compartió la admiración y el entusiasmo general, e invitó a los Inaudi a ir a París. Una vez allí lo presentó al joven en la Sociedad de Antropología. En todas partes triunfó. No había cálculo, por difícil que fuera, que no resolviera instantáneamente. Se le pregunta cómo lo hace y él responde, tocándose el cráneo.

—Está aquí; pero no sabría explicar cómo se me presentan las soluciones.

Los procedimientos que emplea son originales y sumamente complicados; mediante ellos obtiene sus soluciones milagrosas con mayor seguridad que por medio de los procedimientos lógicos habituales.

Continúa exhibiéndose, ya en escenarios. Vuelta la espalda a la pizarra, alguien escribe en ella cifras que se le van leyendo a medida que se anotan. Apenas terminado el último número, Inaudi da el resultado preciso que se le pide; no se equivoca nunca.

Un día M. Darboux va a verlo; escribe en la pizarra las cifras siguientes: 4.123.547. 238.445.523. 831 — 1.248. 126.138.234. 128.910, y le pregunta cuál es la diferencia entre ambas.

Inaudi invita a los concurrentes a que hablen entre sí y con él mientras él efectúa la operación. Así, entre otras cosas, declara qué día de la semana era el 8 de agosto de 1840. De repente, el calculista manifiesta que la cifra pedida por M. Darbox es: 2.875.421.100.211.394.921.


Jacobo Inaudi, en 1920, época en que asombró a nuestra capital con sus dotes extraordinarias.

Darboux, entusiasmado, se lo lleva a París y lo presenta a la Academia de Ciencias. Raymond Poincaré le plantea el siguiente problema:

—Elevado al cuadrado el número 4.801, restando del resultado 1 y dividiendo la diferencia por 6, ¿cuál será la raíz cuadrada resultante?

Después de declarar que la operación será algo larga, tres o cuatro minutos, Inaudi responde:

—El número pedido por M. Poincaré es 1.960.

Charcot somete al joven calculador a un severo contralor y llega a la conclusión de que posee una inteligencia mediocre, pero que está dotado de una memoria auditiva extraordinaria.

El famoso matemático y astrónomo, abate Teófilo Moreux, también se interesa por verlo y dice:

—Las operaciones que resolvió instantáneamente cubrían un gran pizarrón al cual daba él la espalda. Después de una sesión de una hora, fué capaz de repetir de memoria el enunciado de todas las operaciones propuestas con su resultado exacto.

"Al final de la sesión le propuse un problema algebraico cuya solución conducía a una ecuación de segundo grado, en la cual era preciso despejar cierta incógnita. En un minuto, reloj en mano, dió un número exacto que respondía a la pregunta hecha."

En adelante, Inaudi se dedicó a recorrer el mundo, exhibiéndose en los escenarios teatrales. Dos veces visitó Buenos Aires, en 1904 y en 1920. Todo el mundo acudió a verlo y a admirar a aquel fabuloso e incansable calculador.

En París se le ofreció un importante cargo en los Grandes Almacenes del Louvre, sólo para comprobar los balances, pero él lo rechazó porque desdeñaba la vida sedentaria. Y así se pasó la vida viajando y luciendo sus dotes naturales de calculista.

—Si se me escriben las cantidades —decía, — me resulta más difícil el cálculo. En cambio, dictándomelas, se me facilita la tarea, pues mi memoria es auditiva y no visual.

En el Instituto de Ingenieros de Francia,

(Continúa en la pág. 61)

LAS LLAVES DEL EXITO

Los IDEALES *guían a los* HOMBRES

LOS ideales son la fuerza más poderosa del hombre. Son más poderosos que los ejércitos más aguerridos. La grandeza de ninguna nación sobrevive mucho tiempo al rebajamiento de la grandeza de sus ideales. Y como sucede con las naciones, pasa con cada hombre. Ideales bajos y posición elevada no pueden estar en compañía mucho tiempo.

El mundo de negocios, el mundo financiero, industrial y comercial nunca ha observado y nunca ha exigido ideales tan elevados como hoy en día. Las ideas en los negocios, para tener un éxito hoy, deben participar de un ideal.

Este signo: "$" no es ya más todopoderoso.

Las firmas comerciales, las instituciones, las compañías, las corporaciones que tienen los ideales más altos son las que se reconoce hoy en día que tienen más éxito. Es lo mismo con los jefes: los que están en mayor demanda, los que ganan los mejores sueldos, son los que se han destacado por su rectitud, su integridad y su carácter.

Hemos vencido muchas de las viejas e indignas prácticas. Las rebajas, las coimas y corrupción de los legisladores, la licencia de los compradores, el "arreglo" de los jueces, los competidores ilegales o tramposos: tales prácticas secretas, bajas, nocivas, no son ya corrientes ni apoyadas por nadie. Los abogados reciben ahora menos honorarios por enseñarles a las compañías: "Hecha la ley, hecha la trampa"; se pagan ahora mejores honorarios a aquellos que enseñan a las compañías a cumplir con la ley.

En los negocios, la mera inteligencia está en descrédito. El hombre que tiene ideas no es buscado si sus ideas no armonizan con los ideales.

Debemos todos tener ideales: únicamente que nos satisfagamos en seguir la corriente, sin ambiciones, sin llegar a un fin, ineficazmente. ¡Los ideales vitalizan, los ideales dan energías!

Debemos establecer claramente nuestros ideales, y luego presionar hacia ellos, como el capitán dirige el barco hacia el puerto. Sin ideales navegamos sin brújula, hollamos un camino indefinido, sin defensa, en el cual estamos en constante peligro de caer o perdernos. Los ideales iluminan el viaje de la vida. Son "como lámparas para nuestros pies."

La vida estéril de ideales es tan negra como el cielo falto de estrellas. Los ideales nos sostienen. Los ideales son para la vida lo que el aire para los neumáticos, lo que es el gas para el dirigible, lo que son las alas para el aeroplano.

Los ideales nos capacitan para separar la escoria del precioso metal, el carbón de los brillantes. El hombre sin ideales es como un reloj sin maquinaria. El hombre con ideales, el hombre que rehusa mancillar o traficar con sus ideales, no importa cuán alto sea el precio que se le haya ofrecido, nunca puede sentirse abyectamente pobre, nunca puede sentirse arruinado en su mente ni en su espíritu. Retendrá un sentido de riqueza y dignidad que ninguno podría infundir en un Creso sin escrúpulos.

No es necesario que los ideales sean una cosa insubstancial, intangible, no práctica. El idealista no necesita ser un soñador ocioso.

Ningún hombre, en realidad, puede llegar a la cumbre si no ha sido primero un idealista, si no ha tenido ante él un ideal fijo hacia el cual está avanzando valerosa y constantemente. Y en el mundo de mañana los ideales desempeñarán un papel aun más importante, más vital, más práctico que el que desempeñaron en el mundo de ayer.

La diferencia entre la persona con ideales y aquella que carece de ellos, es la que existe entre la persona que guía su vida por lo que ve, sabe y puede tocar con sus manos, y la persona que tiene bastante de soñador como para adoptar como guía un sueño que aún no ha realizado y que quizá nunca realice. Es la diferencia que existe entre una persona encerrada mentalmente entre cuatro paredes y la que se para bajo el cielo y contempla el horizonte; la diferencia entre la persona que nunca quita sus ojos de las cosas materiales que le rodean y la que siempre está mirando hasta los mismos límites de su visión, aun cuando sabe que nunca podrá llegar al lejano país que descubre vagamente.

¿Dónde están sus ojos? ¿En los pesos y centavos que está manoseando, o en su horizonte mental? O cambiando el cuadro: ¿cuántos centímetros del suelo eleva sus ojos? Si usted camina siempre con los ojos bajos, pudiendo ver solamente la tierra bajo sus pies, usted no tiene ideales.

Si tiene posados los ojos habitualmente en su horizonte mental, es guiado por ideales. La persona cuyos ojos están en el cielo todo el tiempo, no enfocados en el horizonte, es un visionario, camina sin nada firme para guiarlo. Pero el hombre cuyos ojos están en el horizonte, se halla imbuído con el misticismo que debe tener un ser cuerdo y vive una vida llena, tolerante, humana. Se reconoce como parte del Universo, con una sensación de desempeñar su papel como ciudadano, como un ser humano en parte responsable de todos los otros seres humanos.

El siglo XX es el siglo de los ideales, y si usted no es una persona de ideales tolerantes, es tiempo que se despabile y se convierta en una de ellas.

Estudiemos punto por punto su caso. ¿Cómo trata usted a su muchacho de oficina, a su dactilógrafa, a su tenedor de libros? ¿Les da usted un poco más de lo que le parece que realmente valen actualmente? ¿O tiene el orgullo mezquino de conseguir sus servicios por un poco menos de lo que valen? Esté seguro que si les paga menos, usted conseguirá aún menos; pero si les da más, conseguirá mucho más.

NUEVOS Y DELICADOS



2. — Modelito de verano para niña. Es en tela blanca, con adornos azules.

3. — Pantalón de niño, en lanita. Tricota a rayas.



1. — Pantalón en paño-cuero. Camisa en zefir cuadriculado.

4. — Abriguito de bebé, en piqué blanco, formando pellerina.

5. — Abrigo inglés, en lana de fantasía, para niño.

6. — Vestido-pellerina, en lanita, para la nurse.



7. — Vestidito en tela amarilla. Adornos rojos, en punto de cruz.

8. — Pantalón en lana naranja, con breteles del mismo color.

9. — Pantalón en lana verde. Camisa del mismo color algo más claro.



10. — Abrigo inglés, en lana mezclada, para niño.





11. — Trajecito en franela rayada. Cuello y mangas azules.

12. — Pantalón en sarga. Breteles cruzados. Camisa moteada.

MODELOS PARA NIÑOS



13, 14 y 15.—Lindo modelo, en lana de fantasía, para la hermanita mayor. La misma tela, aunque dispuesta diversamente se emplea en la blusa del hermano y en la falda y breteles de la nena.



16.—Pantalón de niño, en lana. Tricota azul.

17.—Vestidito de niña, en tela de algodón, sin mangas. Cinturón y cuello blancos.

18.—Trajecito de niño, en tela blanca. Manguitas kimono. Adornos rojos.







19.—Vestidito bolero, para niña mayor, ejecutado en lana de fantasía.
20.—Vestido para niña, en tela blanca. Saco en jersey

21 y 22.—De lana moteada multicolormente son estos dos modelos, para dos hermanas de distinta edad.
23.—Modelito muy chic, que forma bolero y cuya falda a pliegues está ceñida por un cinturón. Cuello blanco, con corbata azul.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

DOS CONTRA UNO. — La fórmula para hacer helados de crema rusa es la siguiente: Se pisa medio kilo de avellanas, se le agrega un poco de azúcar molida, un vaso de leche caliente, dos cucharadas de manteca, una de kirsch o coñac, se hace una crema de vainilla y se agrega a la mezcla anterior, agregándosele pedacitos de guindas secas, y pudiéndose hacer con nueces pisadas en vez de avellanas. Luego se pone a helar.

Para preparar la crema de vainilla se hace hervir litro y medio de leche con 400 gramos de azúcar y media barra de vainilla. Luego se le agrega 8 yemas y dos claras, y se vuelve la mezcla nuevamente al fuego, sin que hierva.

●●

GRAFOLOGO BARATO. — Según los grafólogos, la letra de padres e hijos tiene, a veces, también, un "aire de familia". Darwin — y conste que esta no es la opinión de un grafólogo, — en sus "Variaciones de los animales y de las plantas" escribió: "La escritura, ¿de cuántas combinaciones múltiples de conformaciones, de disposiciones mentales y de hábitos no depende? Y, sin embargo, ¿no se ve con frecuencia una gran semejanza entre las escrituras del padre y del hijo, auque aquél no sea quien le haya enseñado a su hijo?"

●●



La plaza Bristol a la hora del baño.

●●

LECTORA DEL BARRIO. — Tiene usted una idea equivocada de lo que constituye una estrella doble. Esta, como las triples y las múltiples, es que forman sistemas físicos. Las estrellas observadas con el telescopio son comúnmente simples, pero "no son raras, dice Comas en su "Astronomía", las que aparecen acompañadas de una o algunas estrellas situadas a pequeña distancia angular de la primera. Muchas veces estas estrellas compañeras son sencillamente estrellas próximas por perspectiva, no existiendo, por lo tanto, ninguna relación sensible entre ellas. Pero, otras veces, lo que ocurre con frecuencia cuando las dos estrellas compañeras están muy próximas y son de magnitudes semejantes, forman "sistema físico", es decir, que las dos giran alrededor de un centro común de gravedad."

●●

VARIOS. — Diríjanse al Departamento Nacional del Trabajo, secretaría general, Azcuénaga 1038, o a la Sección Accidentes e Informes, que funciona en el mismo local. Teléfono 44 Juncal, 3750.



Esta de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la Dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

●●

UNO QUE VA A VERANEAR.—Se ha hablado mucho, en efecto, acerca de los errores de construcción cometidos en la hermosa y monumental rambla de Mar del Plata. En el año 1897, don Eduardo Peralta Ramos se dirigió al gobierno de la provincia, en su calidad de intendente del partido de General Pueyrredón, pidiendo autorización para ensanchar una manzana y aduciendo: "Cuando mi señor padre fundó este pueblo, las aguas del mar llegaban a las barrancas, pero desde hace aproximadamente veinte años se observa que la mar se retira y la playa se extiende considerablemente, al punto que se podría formar en el terreno ganado al líquido elemento una nueva fila de manzanas." La rambla, pues, está levantada sobre ese suelo arenoso, así como el edificio del Club Mar del Plata, en la manzana número 106. Pero el asunto es demasiado complicado y serio y ha motivado recias polémicas entre técnicos, para que nosotros pretendamos aclararlo desde estas columnas. Lo cierto e indiscutible es que la verdadera playa, natural, de Mar del Plata, comienza en la barranca ocupada hoy por el Paseo General Paz, la plaza Ezquina, etcétera.

●●

ESTUDIANTE EN EXAMENES. — En la "Gramática Castellana" de Bello, con anotaciones críticas de Cuervo, que podrá usted consultar en cualquier biblioteca, encontrará observaciones relativas a las construcciones del relativo quien, objeto de su pregunta. Lamentamos no poder transcribirlas por falta de espacio.

X. X. — Los teatros griegos eran enormes. Nuestro Teatro Colón tiene una capacidad total para 3.500 espectadores. Una idea de la amplitud de los teatros griegos la tendrá al saber que el de Atenas, que no era de los mayores, podía reunir 17.000 espectadores. El de Efeso 30.000 y en el de Megalópolis se supone que cabían hasta 40.000

●●

GENEISE. — La industria de la seda, que representa un buen papel en la vida económica de muchas familias humildes, en grandes regiones italianas, fué introducida por los árabes, quienes la llevaron a Sicilia, desde Asia. De allí pasó al Sur de Francia, donde ha adquirido también un gran desarrollo. En la llanura del Po y en la Toscana es donde se cría, actualmente, con preferencia, el gusano de seda.

●●

PORFIADO. — Las palabras almacén, zoco, bazar y fanega, son árabes y perduran vivamente en el vocabulario desde la época de la denominación de los musulmanes en España.

●●



Un ejemplar de tarántula.

AMA DE CASA. — La famosa araña tarántula es completamente inofensiva. Es cierto que hay especies de arañas como la selenocosmia javanensis, cuya mordedura puede ser mortal para el hombre, pero no se da en estas tierras en forma que constituya un real peligro.

EL ARTE DE CONTESTAR

RECITADORA. — Evaristo Carriego nació el 7 de mayo de 1883 y murió el 13 de octubre de 1912.

●●

GOYA.— El hecho de que, generalmente, en los días destemplados, el agua del mar parezca tibia a los veraneantes y a la inversa, los días calurosos esté más bien fresca, es debido a que, mientras la temperatura ambiente varía sensiblemente, la del agua se mantiene fija, pues la diferencia térmica es de 1 a 2 grados.

●●

MADRE AFLIGIDA. — Exija a esa ama el certificado correspondiente. La ordenanza del caso establece que toda nodriza que ejerza la lactancia debe estar provista del certificado legal que la acredite.



Los galgos en plena carrera.

DOS ENTUSIASTAS POR LAS CARRERAS DE GALGOS. — No sabemos, realmente, cuál es el canódromo más grande del mundo, pues las carreras de galgos no están tan generalizadas como para permitir la difusión de cuadros comparativos y estadísticas, pero tenemos entendido que el de Wimbledon, con capacidad para 100.000 espectadores es el más importante. En Londres el estadio de la White City tiene cabida para 60.000. El adiestramiento de los galgos requiere análogo o mayor cuidado, quizá, que el de los caballos de carrera. La liebre artificial que los mismos persiguen es movida a electricidad. No es este género de carreras enteramente nuevo, pues ya se sabe que no hay nada nuevo bajo el sol. La primera temporada oficial de carreras de galgos tuvo lugar en 1927, pero ya en 1876 se jugaron algunas en Hendon.

●●

TENNISWOMAN. — Toda buena cancha de tennis debe estar ubicada enteramente al sol o a la sombra. No debe elegirse jamás un lugar en el que se proyecten sombras de árboles o de construcciones. El eje mayor debe quedar de Norte a Sur, pudiéndose admitir otra orientación si se trata de una cancha que quede enteramente a la sombra, o alumbrada artificialmente.

●●

ESTUDIANTE. — Sí, señor, en el Delta existe un museo Sarmiento inaugurado el 7 de octubre de 1928, en la casilla, reconstruída, de madera que habitara Sarmiento. Contiene muebles y objetos de uso personal del maestro. En la misma isla funciona una escuela.

LOS BRILLANTES PERDIDOS

(Continuación de la página 39)

cesivamente alto y corpulento. Dirigió su vista a la mesa y preguntó:

— ¿Quién es Dale?

— Yo.

Los dos hombres se le aproximaron, y colocándose uno de cada lado, el más alto habló:

— Venimos enviados por Ruth Castelli. Dice que necesita verlo inmediatamente.

Dale, desconfiado, iba a negarse cuando sintió que algo se hundía en su carne apretándose contra las costillas. Se dirigió a la percha, tomó su sombrero y salió acompañado de los dos hombres. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Durante se dirigió hacia los dos repórteres que quedaban:

— ¿Ustedes conocen a ése? Es Juan Brandan.

Los otros dos retrocedieron.

— Entonces debemos hacer algo por ese pobre muchacho — exclamó uno de ellos.

— Sí — contestó el otro. — Tú vete al departamento y da el aviso. Yo lo seguiré.

Ninguno de los dos gastó más tiempo en palabras y salieron corriendo del negocio.

Diez minutos más tarde Ruth Castelli entraba. Parecía excitada y preguntó por Dale.

—¡Tengo que encontrarlo inmediatamente! — dijo. — ¡Necesito decirle algo importante!

— Acaba de salir hace unos minutos — contestó Durante, que era el único que se hallaba presente. — Brandan estuvo aquí y se lo llevó.

Un gran espanto se pintó en el rostro de la joven, que con un grito de angustia salió corriendo del negocio.

Mientras tanto Dale era conducido a una habitación de la calle del Censor. Había allí tres hombres más de los de Brandan cuando él entró. Podía verse allí una mesa con naipes diseminados y una que otra botella de vino. Brandan fué el primero en hablar.

—¿De manera, joven, que le hace usted el amor a mi novia?

— Sí. Y es posible que la merezca mejor que usted.

— Eso lo veremos.

Brandan rió y sus secuases hicieron lo mismo.

— Usted es muy bravo, Brandan, mientras tiene a su lado a estos gorilas y un revólver en la mano.

El bandido se adelantó y Dale retrocedió, poniéndose en guardia.

—¡Vamos, atrévanse! ¡Puedo luchar con todos al mismo tiempo! — Hizo una breve pausa. — Pero ya veo que es usted demasiado cobarde para atreverse solo conmigo.

Brandan se enardeció.

— Váyanse todos y esperen en el auto. ¡Yo me las arreglaré con éste!

Los hombres dudaron, pero Brandan volvió a ordenarles que se fueran. Cuando el último hubo desaparecido, Dale se dirigió a la puerta y la cerró con llave. Volviendo al pistolero, exclamó:

—¡Ya sé todo lo que has tramado, Brandan! ¡Estás intrigado por saber por qué me he metido en todo esto, y te lo diré!

—¡Voy a matarte, Dale!

—¡Eso es demasiado para ti!

Lanzando un juramento Brandan sacó un revólver de su bolsillo.

— No. Estoy seguro que no dispararás — exclamó Dale. — Sé que has muerto a Daniel Roberts. Pero no es eso lo que me interesa. Conmigo no lo harás, porque no estoy dado vuelta; porque mis espaldas no miran hacia ti.

Brandan vaciló por un momento:

—¡Pues contigo haré lo mismo, miserable!

Dale nunca recordó lo sucedido después. La lucha fué terrible. Pero Brandan era fortísimo, con su gigantesca estatura y sus musculosos brazos. El detective creyó por un momento que todo había terminado para él. Pero de pronto, cuando apenas tenía fuerzas suficientes para permanecer de pie, la puerta de la habitación fué echada abajo a empellones para dar paso al sargento Harding acompañado de dos policías más y uno de los repórteres del negocio de Durante. Pero Brandan también había recibido su parte en la contienda, como se pudo comprobar por su estado físico al ser detenido. Después, su habitación fué inspeccionada, pero sólo se pudo encontrar una prueba de evidencia. Fué llevada al Departamento. Era una carta escrita de puño y letra de Berón. ¡Y junto con la carta otro billete de mil pesos!

Dale leyó:

"Mi buen Branda: Aquí te dejo lo último que te debo. Parto hoy para siempre y quiero que sepas una cosa; que Daniel Roberts trabaja ahora para la policía. Recién hoy lo he descubierto. Tú siempre fuiste sincero conmigo y es por eso que quiero ponerte en guardia. — Oliverio Berón."

Dale observó atentamente la carta durante algunos segundos; después fijó su atención en el billete de banco.

— Sin embargo, Harding — exclamó, — algo falta en este asunto. Algo que nos sirva para unir los eslabones de esta cadena de misterio.

El sargento iba a contestar, cuando alguien se acercó a Dale:

— Lo llaman por teléfono.

Extrañado tomó el auricular. Pero a las primeras palabras sus ojos brillaron alegremente:

—¿Es usted, Robin? Habla Ruth. Me asusté tanto cuando no lo encontré en el negocio de Durante...

—¡Oh; no es nada! Estoy perfectamente bien.

— Me alegro, Robin. ¡Pero tengo que decirle algo! ¡Escuche! Ya sé lo que le sucedió al señor Berón. Fué...

Pero la voz femenina se convirtió de pronto en un horroroso grito. Dale alcanzó a oír algo que parecía el ruido producido por el teléfono al caer. Gritó, pero nadie contestó.

— Era Ruth Castelli, y sabe quién mató a Berón. Iba a decírmelo cuando algo raro sucedió. ¡Voy en seguida para su casa!

Dos agentes partieron tras él. Tomaron un automóvil y pronto llegaron al modesto y pequeño departamento de Ruth. Encontraron la puerta abierta, que Dale atravesó de un salto. Al entrar en la salita, lo que vió fué algo que quedará grabado en su mente hasta el día de su muerte. Puede que haya sido ese cuadro lo que decidió a Dale a convertirse en el enemigo más grande de los criminales. Ruth estaba tendida sobre la cama con el brazo derecho colgando. Había signos de lucha. Dale se aproximó a ella. Primero le habló dulcemente para terminar, gritando, su nombre:

—¡Ruth! ¡Ruth! ¡Ruth!

Pero ella no contestó. En su garganta había huellas de dedos.

—¡Está muerta!

Miró su mano blanca y pequeña. La levantó y suavemente abrió los dedos. En la palma de la mano tenía las mitades de dos billetes de mil pesos. Dale se levantó y se dirigió a una mesa. Ninguno de los dos policías intentó cortar sus pensamientos. Por espacio de quince minutos permaneció allí, moviéndose apenas. Finalmente se volvió a sus amigos.

—¡Jamás he odiado a los criminales, pero juro que de hoy en adelante ninguno dejará de recibir su castigo, si en mí está el librárselo! ¡Ya se quién es responsable de todo esto! ¡Esta misma noche será mío! No..., iré solo. Ustedes pueden quedarse aquí, cuidando... a Ruth.

Y después, con paso firme, salió a cumplir su promesa.

¿A quién iba a buscar Dale? ¿Por qué tenía la seguridad de conocer al criminal? ¿Quién mató a Berón?

(Véalo en la página 61)

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR







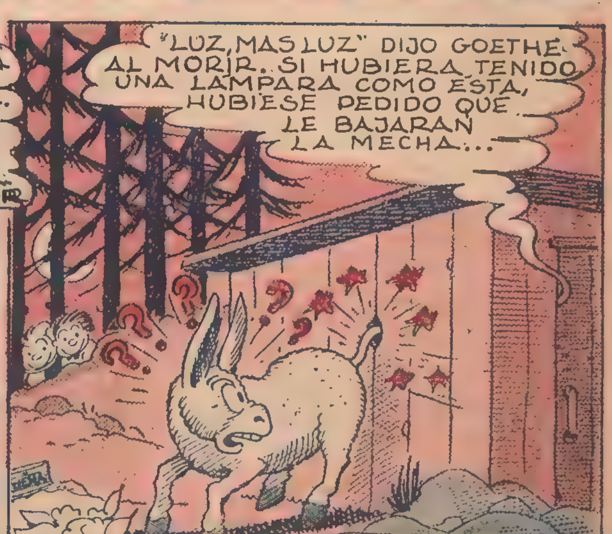


















CORREO CINEMATOGRAFICO (Continuación de la página 34)

cluyan estampillas por valor de diez centavos oro. *a* **Dos L'Phollithes.**

Esa parte que usted cita de **Angeles del infierno** es un truco como lo son otras muchas cosas que se ven en esa película. **STAN LAUREL** y **OLIVER HARDY** hace más o menos tres años que filman. *a* **B. K. Jack III.**

¿ADMIRA USTED A GRETA GARBO?
¿CREE QUE MARLENE DIETRICH ES SUPERIOR A ELLA?

Participe en nuestra encuesta escribiéndonos una carta explicando por qué es una mejor que la otra, y si es interesante la publicaremos. Semanalmente daremos una a publicidad.

EL CALCULISTA QUE ASOMBRO AL MUNDO...

(Continuación de la página 54)

bajo la presidencia de M. d'Ocagne se midió con máquinas de escribir. Comenzó por resolver casi instantáneamente problemas aritméticos complicados, como ser, la substracción de cantidades de 21 números y extracción de raíces cuadradas y cúbicas o de un exponente entero superior, y, al fin de la sesión, repitió las cantidades que se habían dado para operar. Indudablemente, en las sumas, las máquinas lo aventajaron, pero él triunfó en las restantes operaciones.

Han existido varios calculadores instintivos que llamaron la atención, como ser, Bidder, Zerah Colbarn, Vinckler, Mondeux y otros más, pero ninguno aventajó a Inaudi ni conservó durante más años sus extraordinarias facultades. Durante cincuenta años actuó y se exhibió en todos los escenarios del mundo, pero acaba de retirarse, porque ha experimentado la primera falla de su vida. El mismo lo dice:

—Fué mi esposa la que me pilló en renuncio. Me regaló una corbata tejida, y yo no sabía a qué atribuir el obsequio. Entonces ella me lo aclaró: era el día de mi cumpleaños.

"Ve usted la ironía del asunto: yo, el formidable memorista, no recordaba la fecha de mi nacimiento.

"Es que estoy cansado de números; tan cansado que ni siquiera cuento el cambio cuando hago alguna pequeña compra o pago un taxi. En adelante será mi mujer la que lleve la contabilidad en casa. Yo me ocuparé de las gallinas y de los loros que poseo en mi quinta de Champigny. Desgraciadamente, uno de esos loros parece tener inclinación por el cálculo mental. Cualquier día de estos lo regalo o le retuerzo el cuello. Odio los números. No quiero que me hablen más de ellos. Sólo deseo descansar y olvidarme de Inaudi, el calculista de fama mundial. Así seré feliz. Me alegro, por eso, de haber perdido la memoria. Ya ni siquiera sabré sumar..."

FIN

VIVE EN BUENOS AIRES LA PRIMERA SACERDOTISA...

(Continuación de la página 23)

es esencialmente la doctrina del alma, de Atmán, de esa porción de divinidad espiritual que existe dentro de nosotros mismos.

"Por lo general, se cree que el budismo es de hielo, porque cuando no se le interpreta totalmente, suele colocarnos en un estado de soledad y desesperanza que a duras penas podemos soportar en buen equilibrio; pero lo cierto, lo real es que se trata de una religión de acero. Por eso, en el futuro que nos aguarda, enorme y caótico, ha de alcanzar mayor preponderancia aún, y su importancia será mucho mayor, aunque en la actualidad ya la practican 560 millones de seres humanos.

Y poniendo punto final a esto que bien podíamos llamar una definición maestra, añade:

—Como síntesis, repito mis propias palabras de la "Novela de una Deva": "Buda es el único Dios verdadero, aquel que se encuentra solo por el Silencio y que se expresa con lo inexpresable".

LOS METODOS DE ENSEÑANZA

Pasamos luego a conversar de las enseñanzas que imparte la señorita de Baldrich.

—En las enseñanzas — nos expresa — no quiero que los discípulos se limiten a una sola fuente de conocimientos. En la India hay vastedad de ellas y de las más diversas. Expliqué claramente, cuando tuve la honra de traer este colegio desde el fondo de las pagodas indostánicas hasta las tierras que baña el radioso sol de América, que mi propósito no era el de implantar la religión, sino el de hacerla conocer.

"He dividido la enseñanza en tres grados — agrega. — El primero comprende estas materias: bosquejo de Oriente, civilizaciones de Egipto, Persia y China. En el segundo: civilizaciones de la India, brahmanismo, las grandes religiones, las sectas, creencias, fundamentos rituales, estudio particular de la teología y civiliciones prevédicas (100 siglos antes de Jesucristo), y en el tercero: budismo, análisis de las filosofías de la India, desde el albor de la raza aria hasta nuestros días. Eso es lo que podríamos llamar mi buddhapantha exotérica. Cada grado no tiene duración obligada; cuando un discípulo acaba de aprenderlo, pasa al superior en cualquier época del año.

ALGO SOBRE LOS RITUALES

Como al descuido, llegamos al tema de los rituales de la religión que entre nosotros tiene por sacerdotisa máxima a nuestra entrevistada, quien responde:

—En el aspecto lamaico, sumamente imponente y en el cual parece haberse inspirado la Iglesia cristiana moderna, el ritual, es de gran solemnidad. En el budista puro, resulta algo más sencillo; pero, por decirlo así, más hondo, más sincero. En el primero se utiliza el Mani sagrado, una de las magnas expresiones religiosas que ha concebido la humanidad, y en el segundo es el Mamtram divino, que vibra entre Buda y el adorante, uniéndolos en una comprensión realmente conmovedora. Yo no podría elegir entre uno y otro: ambos poseen la misma sublimidad, tienen el mismo objeto y adoran el mismo Mesías.

Y como ya hemos charlado demasiado sobre el mismo tema y el diálogo se va haciendo demasiado largo, sacamos a Zulita de Baldrich la última respuesta.

—Todo lo que soy y lo que pueda llegar a ser se lo debo al genio de mi gran maestro Ramacharaka, sin cuya influencia nunca hubiese llegado a ser nada. Si algo hay en mí que pudo agradar al Dalay Lama del Tibet, no es otra cosa que un modesto reflejo de mi maestro, a quien corresponde el premio, y no a mí.

Diez minutos más tarde, cuando se nos presenta Zulita sin su túnica de sacerdotisa, nos habla llena de alegría de su entusiasmo por la aviación, por el automovilismo, por el yachting... Y se queda extasiada en el recuerdo de una tarde llena de sol en que cometió la audacia de lanzar a toda velocidad, en plena avenida Alvear, la elegante silueta de un 80 caballos...

FIN

LOS BRILLANTES...

(Continuación de la página 59)

Al salir tropezó con Jorge Castelli.

—Necesito que venga usted conmigo, Jorge. Así sabrá usted dónde encontrar al hombre que necesito.

Durante el trayecto Dale narró todo al hermano de su novia, sin ocultarle la muerte de ésta.

Dos horas más tarde Robin Dale entraba en el Departamento de Policía casi arrastrando a un hombre con él. Ambos parecían haber sostenido una lucha terrible. Cuando el prisionero levantó la cabeza, Morgan pudo ver su rostro. ¡Era Alejo Terán!

—Esta noche yo también casi me convierto en criminal. De no ser por Jorge habría dado muerte a este miserable. El es quien estranguló a Ruth. Pero ya que él no tiene fuerzas para confesar, yo lo diré todo.

"Terán era cómplice de Oliverio Berón en el robo del banco. Lo obligó a que hiciera tal cosa cuando descubrió que el cajero había jugado y perdido algún dinero que pertenecía a los fondos de la Institución. Terán viajaba en el coche de Daniel Roberts en el que, posiblemente, a causa de una discución acerca de la forma cómo sería repartido el dinero, mató a Berón. Previamente, para evitar toda sospecha que sobre él pudiera recaer en el robo, y preparando al mismo tiempo su plan para quedarse con todos los fondos, obligó a Berón a escribir las cartas que recibieron Jorge y Brandan. Tal como él lo anticipó, Roberts trató de quitarle dinero en premio de su silencio, ya que era el único testigo de aquel crimen. Esto explica por qué el taxi estaba detenido frente al banco. Pero Terán sabía lo que a éste le sucedería cuando Brandan se enterara de que trabajaba ahora con la policía. Y como Brandan también le estorbaba (Terán frecuentaba también el garito de juego de éste), hizo que Berón escribiera a Jorge la carta que haría que éste se decidiera a tomar venganza sobre aquél. Todo salió muy bien, pero, por desgracia para Terán, Jorge se equivocó al elegir el día para su venganza. Sin embargo, a pesar de esto, no había aún pruebas contra Terán, hasta que Ruth descubrió que dos billetes de los robados habían sido devueltos al banco. Sólo había una persona que pudiera hacer eso. Ruth indudablemente debía tener otra evidencia contra Terán. Y fué por eso que me llamó para decírmelo. Terán, comprobando que los dos billetes habían desaparecido del banco, fué a la habitación de Ruth para interrogarla. En la lucha los billetes se rompieron y él, ansioso por huir, dejó dos mitades aprisionadas en la mano de Ruth. Fueron estos dos trozos los que constituyeron el eslabón necesario para acabarlo todo."

Después se aproximó a Morgan:

—Ahí lo tiene, capitán — murmuró tristemente, — ahora debo ir a velar... a la que dió su vida.

FIN

Una moda que se ha impuesto

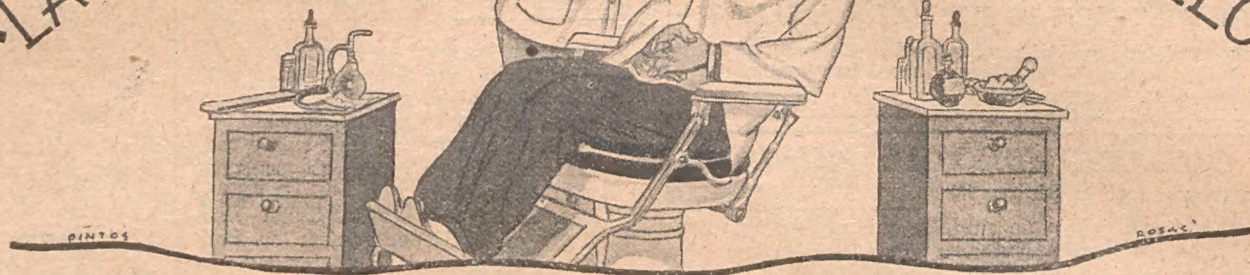
Nos referimos a los cabellos claros, que hoy están en boga y hacen furor en las grandes ciudades europeas.

Personas recién llegadas de Paris nos afirman que toda niña y hasta las damas que se precian de elegantes, lucen sus cabellos color oro, obteniendo así en el rostro ese aspecto agradable de juventud y belleza, no igualado por ningún otro medio.

Con este motivo se han preparado productos de tocador que realizan a la perfección el maravilloso cambio de los tintes del cabello.

Entre los más renombrados cabe destacar la Manzanilla Verum, que hasta ahora ha dado entera satisfacción por su resultado insuperable y su sencilla aplicación. Se usa en casa como una loción y en 3 o 4 días da al cabello el tono de color deseado. En las buenas farmacias se obtiene la Manzanilla Verum, pronta para el uso y envasada en frasco que alcanza para varias aplicaciones.

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA



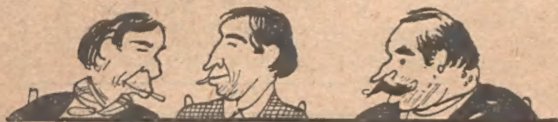
El lunes el "salón" de don Giácomo estaba sumamente concurrido. Me tocó hacer "cola" más de media hora, y cuando me llegó el turno, mi fígaro me dejó listo de dos nerviosos navajazos, de modo que apenas me dió tiempo para cambiar breves palabras. Pero la clientela había hecho mesa redonda para entretener la espera, y charlaba animadamente sobre las elecciones, cuyas alternativas e incidencias son el tema obligado de los comentarios, en todo el país, sin que escapen a su sugestión ni los más indiferentes.

●●●

— El otro día estuve en lo del "ingeniero" — dice un criollito melenudo, de pañuelito al cuello, con pinta de haragán o de cesante.

— ¡Araca! — exclama un compañero que podría definirse retratando al anterior. — ¿Y cómo hiciste pa dentrar?

— No, si no dentré: me quedé en la vedera... Pero dentró el "dotor", que me ha prometido ubicarme en la Municipalidá de en cuanto agarremos el gobierno.



— ¿Y de qué te tirás el lance?

— Anque sea de sepolturero.

— Salí de ahi, salí.

— No te creás, che; lo sepoltureros tienen muchas gangas. Mirá: los deudos te dan la propina, cuando no anda la gripe y se muere poca gente, se hace sebo, y cuando se vacían las sepolturas, te arreglás con el cochero de las pompas y le vendés las cruces.

●●●

— Pues yo sí que astuve a lo del general — interviene un catalán con aspecto de choricero. — Fuimos un grupo de vecinos a presentarle los saludos dal gremie de industriales de desperdicios dal matadero, y había allí tanta gente, ¡me cachi en brena!, que después de dos horas de espera tuvimos que volvernos como habíamos ido.

— Sin cumplir su delicada misión.

— Naturalmente. ¡Había que ver! Suerte que la mayoría de los visitantes habían sacade las pilches de cristianar dal fondo del baúl y



el olor a naftalina disimulaba los olores de la aglomeración, ¿me entiende usted?

— Y ¿qué haría allá tanta gente?

— Por las conversaciones que escuché, eran postulantes, y cada uno se llevaba una larga historia de cómo y por qué lo dejaron cesante y de cómo y por qué lo ascendieron a Fulano, que es un traidor pulítique, y de cómo y por qué el jefe, que era coimero, les tiraba a matar a los que no querían acomodarse con él. An fin, muchachos, que si estas histories tuvieran repercusión en el gobierno, en las oficinas públicas no queda títere con cabeza.

— ¡Y qué me dice, amigazo, de los votos "cantados" de Mendoza!

— Y... es natural, como allá tienen tonada, habrán cantado nomás.

— No, zi no ez ezo: ez que a los opozitores en vez de dejarlos entrar en el cuarto ozcuro, lez hacían poner el voto en el sobre delante de la meza; y al que no metía el de la "concordancia" no lo dejaban votar.

— ¡Ah! Muy bien: eso es progreso cívico.

— ¡No diga barbaridades, amigo!

— Cálmese, que le voy a explicar: ¿quién inventó el voto cantado?

— Borzani.

— ¿Quién lo inventó a Borzani?

— Yrigoyen.

— ¿Quién lo inventó a Yrigoyen?

— El plebiscito.

— Ahí tiene, amigo; el voto cantado es el voto plebiscitario.

●●●

— ¿Usted no cree en una sorpresa electoral?

— Yo no.

— Yo sí — interviene un ciudadano que hasta entonces había permanecido mudo en un rincón.

— ¡Ah! ¿Usted cree en una sorpresa de la "Alianza"?...



— No, señor, yo recibí una sorpresa de la policía. Yo había sido designado fiscal de la "Alianza" en una mesa de la provincia, cuando me presenté, la policía me sacó a empujones. ¿Le parece poca sorpresa?

●●●

— Y usted, don Leandro, ¿en qué tendencia se embarcó?

— Yo me embarqué en una canoa, y de ahí trasbodé a una chata.

— Déjese de bromas; le estoy hablando de las elecciones.

— Y bueno, pues, a mí me tocó votar en la Boca, y como estaba todo inundado, en el comité me hicieron subir en una canoa y me llevaron a una chata, donde se había establecido la mesa.

— Mal augurio.

— ¿Por qué, don Tobías?

— Porque una elección "embarcada" puede naufragar, amigo.

— ¡Que pase el primero!

Y atropello yo, antes que el malevo de la melenita, con aspiraciones a enterrador "coimisionista" me gane de mano.

— ¿Ha visto, don Giácomo? No hubo abstención. Se ha registrado el porcentaje más alto de votantes, desde hace quince años.

— ¡Eh!, la política..., la política... Ahí tiene descifrado, don Mandinga, el misterio de una frase célebre.

— No acierto cuál.

— ¿No se recuerda que cuando "subió" Yrigoyen la segunda vez los radicales dijeron que tenían que cumplir una "misión histórica"?

— Es verdad.

— Y después, cuando en el Congreso y los diarios les pidieron explicaciones, ellos repitieron que era una "misión histórica", y nada más. Bueno: ya está explicado el secreto.

— Todavía no comprendo.



— La "misión histórica" era votar por otro partido para librar al país del "personalismo".

●●●

— ¡Qué fenómeno más raro! Cada vez que los radicales se abstienen, triunfa el gobierno.

— No le veo minga de raro.

— Pero, ¡cómo no! Dicen que se abstienen y van a los comicios, y en vez de votar por la oposición, votan por el oficialismo.

— ¡La forza de la costumbre, don Mandinga! Como ellos saben bien lo que es estar en el "candelero", la única vez que son realmente sinceros es cuando tienen que abstenerse. Y entonces, en vez de mandar al "candelero" a los extraños, los mandan a los de su



familia! De este modo todo queda en casa, y no hay peligro de que la vaca lechera se vuelva toro.

— Es graciosa su filosofía.

— Ma ¡claro! ¿Qué tendrían que esperar los radicales de un governo demócratasocialista? ¡Nada! El queso se les acaba para siempre. Dándoselo a la "concordanza", en cambio, dentro de poco se hará la "reorganización" y por lo menos les van a alcanzar las cáscaras, e después se hará otro queso para todos.

— Sí, pero...

Plaf, plaf... Dos toallazos al aire.

— ¡Que pase el primero!

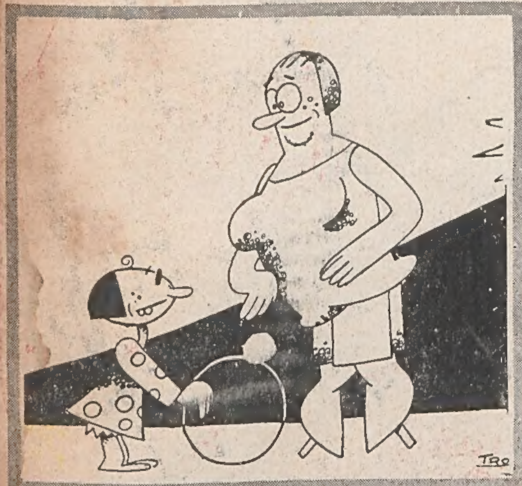
Por

El Viejo Mandinga

SALPICON

FRASES DE MUJERES CELEBRES

—¡Venda funesta, ni siquiera puedes prestarme este flaco servicio! — *De Monima, esposa de Mitrídates, que no pudo estrangularse con su diadema de seda.*



— Mamá, ¿qué es eso del bello sexo?
— Nosotras, hija, nosotras.

(De "Papitu", Barcelona)

— Sí; mis voces eran de Dios. Todo cuanto he hecho, lo hice por orden de Dios. No; mis voces no me han engañado. — **De Juana de Arco, en la hoguera.**

Entre amigas:
— Hace tres meses, me habría echado al fuego por Arturito, y ahora, ya ves, no puedo ni soportar su presencia.
— ¡Quién habría de decirlo! ¡Dios mío, qué inconstantes son los hombres!



— ¿Y tú para qué lees ese libro "Cómo se debe educar a los niños"?
— Para ver si ustedes me educan bien.

(De "Moustique", Charleroi)



El pintor. — Vea usted: este cuadro representa una bonita vista de Tandil.
El visitante. — ¡No diga! ¡Y pensar que mi mujer se ha empeñado en que pasemos allí el verano!

(De "Buen Humor", Madrid)

UNA SALIDA DEL GRAN QUEVEDO

Cierto caballero cortesano dijo un día al gran don Francisco de Quevedo, que, como nadie ignora, tenía fama de improvisador y de agudo:

— Amigo mío, decid algún verso que nos haga reír.

— Dadme pie — le dijo el poeta.

— Ahí lo tenéis.

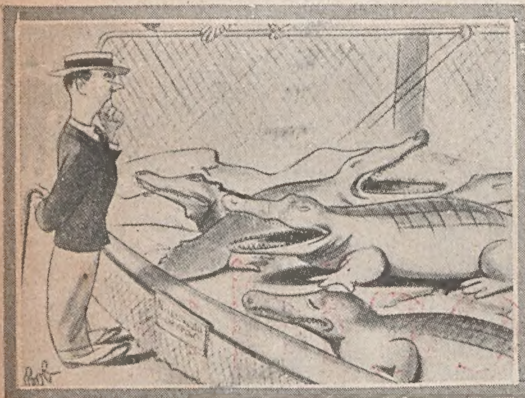
Y el cortesano le dió su pie, levantado por detrás. Quevedo lo asió inmediatamente, y, con la espontaneidad que le distinguía, dijo:

Buen pie, mejor coyuntura;
parece, noble señor,
que yo soy el herrador
y vos la cabalgadura.



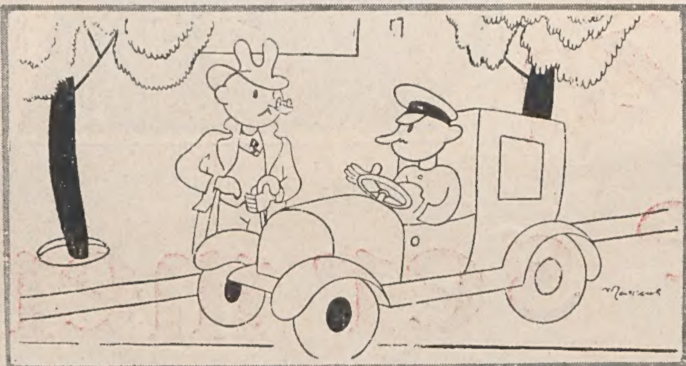
— ¡Qué noche! Se me murió mi suegra y me encontré una cartera con un vigésimo de la lotería que estaba premiado con los dos millones.
— Entonces, no hay duda: fué en Nochebuena.

(De "Muchas Gracias", Madrid)



El dentista. — Si tuviera que emplomarles los dientes a todos éstos, sí que haría un buen negocio.

(De "Lustige Blatter", Berlín)



— ¿Once pesos? No, hombre, no; usted no me entiende. Lo que yo le pregunto es el importe del viaje y no el precio del coche.

(De "Gutiérrez", Madrid)

CUENTO JUDIO

Por la noche, durante la cena, llaman a la puerta de Bloch. Es Samuel.

— ¿Otra vez usted, Samuel? ¿Pero no se acuerda usted de lo que le he dicho?

— Sí, señor Bloch; me acuerdo perfectamente. Usted me ha dicho que venga cada vez que reine una gran alegría en su casa.

— Exacto.

— Y me he dicho que eran ustedes tan felices con que yo no viniera más, que me he permitido venir sabiendo cuán grande era su alegría.



— ¿No crees tú, Ernesto, que lo pasamos mejor desde que no tenemos sirvienta?

(De "Le Rire", París)

EL CRISTAL DE AUMENTO
FABULA

De los lentes de un botánico
cayó un cristal, se hizo piezas
y quedó sobre una hormiga
un pedazo al dar en tierra.
Las hormigas al pasar
deteníanse y, sorpresas,
contemplaban a una hermana
de tal rara corpulencia,
y la pequeñuela hormiga,
debajo del cristal presa,
convertidas en gigantas
miraba a sus compañeras;
en tanto el sabio reía
del terror de todas ellas.

Entre cristales de aumento,
¡cuánta gente se pasea!

Joaquín Ma. Bartrina.

CHISTE

— Mi marido se murió hace ya un año.
— ¿De qué enfermedad?
— No sé, señora.
— ¡Cómo! ¿No llamó usted al médico?
— ¡Qué esperanza, señora! Allá, en mi tierra, nos morimos sin necesidad de médico.



— Su esposa está enferma por exceso de trabajo.
— ¿De veras, doctor? ¿Y eso es contagioso?

(De "Fantasio", París)





Tanta confianza debe ser merecida



HACE más de medio siglo que la casa Bayer ofreció por primera vez, un producto que hoy se consigue en cualquier parte del mundo. Desde el primer momento, su popularidad ha aumentado en tal forma, que ahora, cuando todo el universo proclama sus bondades a través de tantos años de éxito, no es posible dudar de su eficacia.

La confianza no se improvisa

Afirmamos con toda razón que Ud. puede ***confiar*** en la eficacia de Cafiaspirina para quitar dolores de ***cabeza, oídos o muelas, neuralgias, jaquecas, resfríos, reumatismos y malestares de la mujer.***

Cafiaspirina no afecta el corazón, el estómago ni los riñones.

CAFIASPIRINA

el producto de confianza

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.